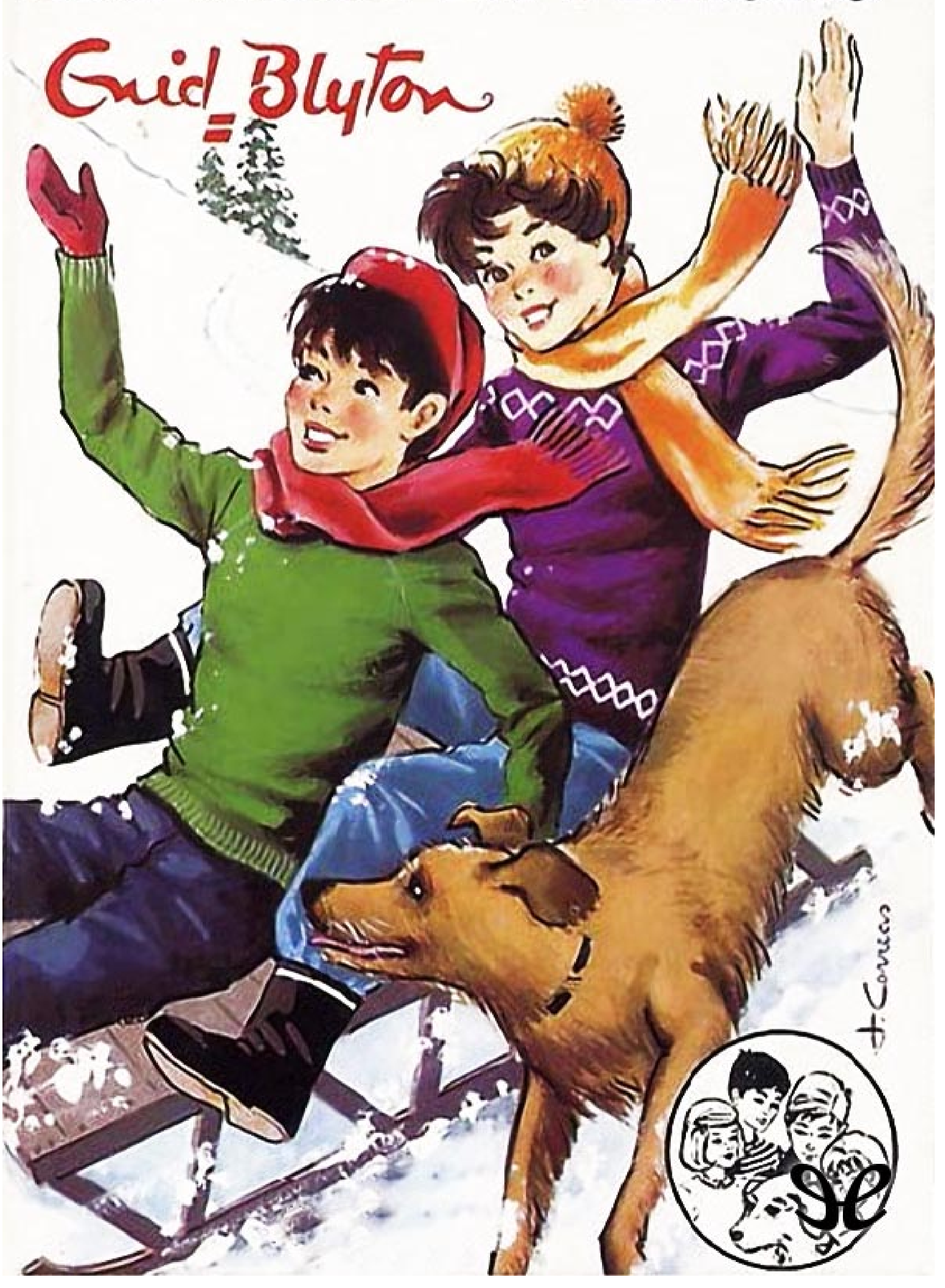
# LOS CINCO EN PELIGRO

Enid Blyton



Los Cinco pasaron el día de Navidad en cama. *Tim* fue el único que se libró del espantoso catarro que aún hace toser a sus amigos. Por suerte, el doctor les receta aire puro y los envía a todos a las montañas de Gales. ¡Al fin van a disfrutar de estas vacaciones! Así piensan los chicos cuando llegan a su destino, la granja de la señora Jones.

Pero en una montaña vecina pasan cosas extrañas y algo oculta la misteriosa casa que hay en ella. Guiados por la pequeña Aily y sus mascotas, los Cinco salen a investigar en trineos.

¡Cuidado amigos: es una aventura peligrosa!



Enid Blyton

# Los Cinco en peligro

## Los Cinco - 17

**ePub r1.0**
**liete** 02.06.14

Título original: *Five get into a fix*
Enid Blyton, 1958
Traducción: Isabel Ulsamer
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



# LOS CINCO

Enid Blyton



**LOS CINCO EN PELIGRO**



# Capítulo I

UNAS TRISTES VACACIONES

—¡Estas vacaciones de Navidad son las peores que hemos pasado en nuestra vida! —exclamó Dick.

—¡Y vaya mala suerte que ha tenido *Jorge*! ¡Mira que venir a pasar las Navidades con nosotros y ponernos todos enfermos con este catarro tan espantoso y esta tos tan horrible! —añadió Julián.

—Sobre todo tener que pasar en cama el día de Navidad… —dijo *Jorge*—. Y lo peor fue que no pude comer nada de nada. ¡Figuraos, no tener hambre el día de Navidad! Nunca pensé que semejante cosa pudiera pasarme a mí…

—*Tim* fue el único que no cayó enfermo —comentó Ana acariciándolo—. Te portaste muy bien mientras estuvimos en cama, *Tim*. Repartiste tu tiempo entre nosotros admirablemente.

—¡Guau! —asintió *Tim* con solemnidad. Tampoco él se había sentido muy feliz durante aquellas Navidades. Que cuatro de los cinco se pasaran todo el tiempo en cama tosiendo y estornudando resultaba bastante desagradable.

—Bueno, de todos modos ya volvemos a estar levantados —intervino Dick—. ¡Aunque me da la sensación de que mis piernas aún no son capaces de sostenerme!

—¡Ah! ¿También te pasa a ti? —preguntó *Jorge*—. ¡Estaba tan preocupada por mis piernas…!

—A todos nos ocurre lo mismo —replicó Julián—. Estaremos bien dentro de uno o dos días. De todas maneras tenemos que volver al colegio la semana que viene, así que será mejor que nos encontremos bien para entonces.

Los cuatro se quejaron y, acto seguido, rompieron a toser.

—Esto es lo peor de este microbio, sea el que sea —se lamentó *Jorge*—. Tanto da que riamos o gritemos o nos quejemos. En seguida empezamos a toser. Me volveré completamente loca si no me curo pronto. No me deja dormir en toda la noche.

Ana se acercó a la ventana.

—Ha nevado otra vez. No mucho, pero todo está precioso. ¡Y pensar que podíamos haber jugado con la nieve toda la semana pasada! ¡No hay derecho a pasar unas vacaciones como éstas!

*Jorge* se unió a ella junto a la ventana. Un coche se había estacionado fuera y un hombre corpulento y de aspecto alegre salía de él y entraba apresuradamente por la puerta principal.

—Aquí está el médico —anunció Ana—. Apuesto a que dirá que todos estaremos bien para volver al colegio la semana próxima…

Pasados unos instantes, se abrió la puerta y entró el doctor seguido por la madre de Julián, Dick y Ana. Ésta parecía cansada. ¡No era de extrañar! Cuidar a cuatro niños enfermos y a un perro desesperado durante todas las Navidades no suponía un trabajo fácil.

—Bueno, aquí los tiene a todos de pie —anunció la señora Barnard—. Aún parecen estar bastante abatidos, ¿verdad?

—Pronto estarán perfectamente —la tranquilizó el doctor. Se sentó y examinó a los cuatro, uno por uno—. *Jorge* parece ser la que se encuentra peor. En mi opinión, no es tan fuerte como los demás.

*Jorge* enrojeció molesta y Dick exclamó entonces en tono burlón:

—¡Pobre *Jorge*! ¡Es la debilucha de la familia! Es la que tiene la fiebre más alta, el peor catarro, la tos más fuerte, y…

Fuese lo que fuese lo que pensaba añadir, se perdió bajo el almohadón más grande de toda la habitación, que la enojada *Jorge* le había arrojado con todas sus fuerzas. Dick se la devolvió y todos se echaron a reír, incluida *Jorge*. Esto, como es natural, les hizo toser a los cuatro y el doctor se llevó las manos a los oídos.

—¿Estarán pronto lo bastante bien como para volver al colegio, doctor? — preguntó ansiosamente la señora Barnard.

—Bueno… Creo que sí… Aunque primero tendrán que curarse esa tos —respondió el doctor. Miró por la ventana hacia la nieve—. Me pregunto si… No, no creo que sea posible… Pero…

—Pero, ¿qué? —todos agudizaron los oídos—. ¿Nos va a mandar

a Suiza para pasar unas vacaciones en la nieve, doctor? ¡Estupendo! ¡Absolutamente fantástico!

El doctor se echó a reír.

—¡Corréis demasiado! No, no estaba pensando en Suiza, pero sí en algún lugar montañoso, no muy alejado del mar. Un lugar que sea tonificante, pero no excesivamente frío, donde haya nieve y podáis deslizaros por ella y esquiar, sin necesidad de ir tan lejos como a Suiza. Suiza resultaría muy caro, ¿sabéis?

—Sí, claro —asintió Julián—. No, no podemos esperar unas vacaciones en Suiza sólo por haber pescado un buen catarro. ¡Pero creo que una semanita en cualquier parte sería fenomenal!

—¡Sí! —añadió *Jorge* con los ojos brillantes—. Eso nos compensaría de estas horribles vacaciones. ¿Vamos a ir nosotros solos? ¡Sería estupendo!

—De ningún modo. Alguien tendrá que acompañaros, por supuesto -repuso el doctor Drew—. Aunque eso tendrán que decidirlo vuestros padres.

—Creo que es una magnífica idea —comentó Julián—. ¿No te parece, mamá? Estoy seguro de que estás deseando librarte de nosotros por una temporada. ¡Pareces agotada!

Su madre sonrió.

—Bien, si lo que necesitáis es eso, unas vacaciones para sacaros el resfriado de encima, las tendréis. Y no digo que no me venga mal un descanso, mientras vosotros os divertís una temporada. Hablaré de ello con vuestro padre.

—¡Guau! —ladró *Tim*, mirando inquisitivamente al doctor, con las orejas enhiestas.

—Dice que también él necesita unos días de descanso en alguna parte —tradujo *Jorge*—. Quiere saber si puede venir con nosotros.

—Déjame ver la lengua, *Tim*, y dame esa pata para comprobar cómo va el pulso — pidió solemnemente el doctor Drew. Le tendió la mano y *Tim* puso su pata en ella obedientemente.

Los cuatro niños rieron. Inmediatamente empezaron a toser. ¡Cómo tosían! El doctor meneó la cabeza.

—¡Qué ruido armáis! No debería haberos hecho reír. Bueno… Ya no volveré a veros hasta que tengáis que regresar al colegio. Vuestra madre me dirá qué día es. Así que hasta entonces. Y

disfrutad mucho, dondequiera que vayáis.

—¡Lo haremos! —asintió Julián—. Y gracias por preocuparse tanto de nosotros. Le mandaremos una postal cuando nos encontremos completamente bien.

Tan pronto como el doctor hubo salido, comenzaron los comentarios.

—Podremos irnos en seguida, ¿verdad, mamá? —exclamó Dick, impacientemente—. ¡Lo más pronto posible! Debes de estar agotada, después de habernos cuidado día y noche.

—Sí. Estoy segura de que os vendrá bien salir una semana o quizá diez días — asintió su madre—. El problema es adonde… Podríais ir a casa de *Jorge*, a Kirrin, supongo… Pero no es demasiado montañoso… Y además el padre de *Jorge* no va a celebrar precisamente la llegada de cuatro resfriados como los vuestros.

—No. Se pondría hecho una furia —confirmó *Jorge*—. Abriría de golpe la puerta y gritaría: «¿Quién ha…?»

Pero cuando *Jorge* empezó a gritar, la tos la acometió de nuevo. Esto acabó con su pequeña imitación.

—Ya está bien, *Jorge* —le reprendió su tía—. Por favor, bébete un vaso de agua.

Durante un buen rato continuaron discutiendo adonde podrían ir. Entre tanto, la nieve iba cayendo lenta y regularmente. Dick se acercó a la ventana, complacido.

—Si pudiéramos encontrar un lugar en la montaña, un lugar donde pudiéramos usar los trineos y los esquís, tal como dijo el doctor… ¡Cielos! —exclamó—. ¡Sólo de pensarlo ya me siento mejor! Espero que siga nevando.

—Me parece que lo mejor será consultar con una agencia de viajes y excursiones y ver si nos ofrecen algo interesante —opinó su madre—. Quizás un lugar de veraneo en la montaña. Ahora estarán todos vacíos y podríais elegir una cabaña, un chalet o algo por el estilo.

Pero todas las llamadas telefónicas tuvieron un resultado negativo.

—No —respondían de las agencias—. No podemos sugerirle nada. Nuestros campamentos están cerrados y no conocemos

ninguno de invierno en este país.

Y de pronto, como sucede muchas veces, el problema fue solucionado por alguien a quien no se les había ocurrido preguntar: Ifor Jenkins, el jardinero.

Aquel día no tenía nada especial que hacer, excepto abrir un camino a través de la nieve. Al ver a los niños que le observaban por la ventana, les hizo una mueca y se aproximó.

—¿Cómo estáis? —gritó—. ¿Os gustarían unas manzanas? Están en su punto. Y ya son las últimas. Vuestra madre me dijo que no os apetecían ni las manzanas ni las peras. Pero quizás ahora os comeríais alguna.

—¡Sí! —repuso Julián a gritos. No se atrevía a abrir la ventana por si su madre le reñía por sacar la cabeza haciendo tanto frío—. Tráigalas, Jenkins. Y venga a charlar un rato con nosotros.

Así que el viejo Jenkins entró con un capazo lleno de amarillas y duras manzanas y de jugosas peras.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó con su dulce acento galés, pues era natural de las montañas de Gales—. Estáis pálidos y habéis adelgazado. ¡Os convendría un poco del aire de las montañas galesas!

Una sonrisa iluminó su rostro arrugado y curtido. Les ofreció su cesto y los niños se sirvieron fruta.

—Aire de montaña… Eso fue lo que el doctor nos recetó —dijo Julián, mordiendo una apetitosa pera—. ¿No conoce usted algún sitio adonde pudiéramos ir, Jenkins?

—Tengo una tía que alquila habitaciones durante el verano —replicó Jenkins—. Mi tía Glenys es una gran cocinera. Lo malo es que ahora es invierno y no sé si continúa teniendo huéspedes a pesar de la nieve. Su granja está en una montaña que desciende directamente hacia el mar. Un lugar precioso en verano… Ahora no debe haber más que nieve. Tan seguro como que os estoy hablando.

—¡Pero si eso es lo que queríamos! —saltó Ana, encantada—. ¿Verdad, Ju? ¡Llamemos a mamá! ¡Mamá, mamá! ¿Dónde estás?

Su madre llegó corriendo, temerosa de que alguno de los niños se sintiera enfermo otra vez. Se quedó asombrada al ver allí a Jenkins y aún más asombrada cuando los cuatro niños intentaron contarle a la vez lo que aquél les acababa de decir. *Tim* añadió sus

excitados ladridos a aquella algarabía y Jenkins, bastante sobrecogido, se quedó callado, dando vueltas al sombrero entre sus manos.

La excitación hizo que Julián y Dick empezaran a toser angustiosamente.

—Ahora, escuchadme —anunció su madre con firmeza—. Subid inmediatamente a vuestro cuarto y tomad una dosis de jarabe. Hablaré con Jenkins para ver si consigo enterarme de lo que ocurre. No, Dick, no me interrumpas. ¡Sube!

Obedecieron sin rechistar, dejando a su madre conversar con el aturdido jardinero.

—¡A la porra con esta tos! —exclamó Dick sirviéndose una dosis de jarabe—. ¡Cielos! Ojalá mamá se ponga de acuerdo con la tía de Jenkins. Si no me voy pronto a alguna parte y me libro de este catarro, voy a volverme loco, completamente loco.

—Apuesto a que iremos a casa de la tía de Jenkins —aseguró Julián—, si ella nos admite. Esta clase de soluciones imprevistas son las que dan resultado, ¿no os parece?

Julián estaba en lo cierto. La idea «cuajó». Su madre había conocido a la tía de Jenkins durante la primavera, cuando ella había venido para visitar a sus parientes. Jenkins la había traído a casa orgullosamente para presentarla a la cocinera. Así que cuando Dick y Julián bajaron se encontraron con la buena noticia.

—Voy a telefonear a la tía de Jenkins, la anciana señora Jones —les dijo su madre—. Y si no tiene inconveniente, os podréis marchar dentro de un par de días. ¡Vosotros y vuestros resfriados también!

# Capítulo II

HACIA «LA CAÑADA MÁGICA

Pronto todo estuvo solucionado. La anciana señora Jones, cuya voz llegaba perfectamente clara a través de la conferencia telefónica, se mostró encantada de recibir a los cuatro niños.

—Sí, señora, comprendo. Sus resfriados no durarán aquí ni un día siquiera. No se preocupe, señora. ¿Cómo está mi sobrino Ifor Jenkins, señora? Supongo que todavía estará satisfecha con él. Era un chico bastante salvaje, pero…

—¡Mamá! Dile que también llevamos un perro —murmuró Julián al oído de su madre. *Jorge* le había estado haciendo gestos, señalando primero a *Tim*, después al teléfono, en el que su tía escuchaba pacientemente el parloteo de la señora Jones.

—Esto…, señora Jones, quiero que sepa que también va a recibir un perro — informó su tía—. ¿Cómo? ¿Que ya tiene siete perros? ¡Cielos! Claro, para las ovejas, comprendo…

—¡Siete perros, *Tim*! —explicó *Jorge* en voz baja a su perro, que empezó a menear el rabo inmediatamente—. ¿Qué te parece? ¡Siete! ¡Vas a disfrutar como nunca en tu vida!

—¡Chist! —susurró Julián al captar la enfurecida mirada que su madre dirigía a *Jorge*. Estaba agradecido por estas inesperadas vacaciones que se habían arreglado tan rápidamente. Como los demás, también había empezado a sentirse muy irritable y desanimado. Sería maravilloso irse de excursión. Se preguntaba dónde estarían sus esquís…

Todos aparecían radiantes cuando todo quedó solucionado. ¡Varios días sin colegio! ¡Se acabó el rondar por la casa esperando y deseando que sucediera algo! Por fin *Tim* podría dar largos paseos.

Estarían de nuevo a solas, cosa que los cinco adoraban.

Jenkins resultó muy útil en la búsqueda de los trineos y los esquís. Los metieron en la casa para revisarlos y limpiarlos. ¡Por fin había algo emocionante que hacer! Sus esfuerzos les hicieron toser de nuevo violentamente, pero ya a nadie le importó demasiado.

—Sólo faltan dos días. ¡Y nos iremos! —exclamó Dick—. Deberíamos llevar también nuestros patines, ¿no?

—No. Jenkins dice que por los alrededores de la granja no hay ningún sitio donde patinar —explicó *Jorge*—. Ya se lo he preguntado. Oye, Ju, mira ese montón de ropa de lana que acaba de traer tu madre. ¡Ni que fuéramos al Polo Norte!

—¡Cáscaras, mamá! Si nos vestimos con todo eso nunca podremos esquiar — comentó Julián—. ¡Caray, mirad! ¡Seis gorros! Incluso si a *Tim* le ponemos uno, todavía sobra otro…

—Es posible que se os moje alguno —replicó su madre—. No os preocupéis por cuánta ropa lleváis. Iréis en coche y no hay ningún problema con la carga.

—Meteré mis gemelos —dijo Dick—. Nunca se sabe cuándo se pueden necesitar. *Jorge*, compañera, espero que *Tim* se haga amigo de los perros de la granja. Sería terrible que se peleara con ellos. A veces ya sabes que se pone muy fiero con los otros perros, especialmente si nosotros armamos alboroto con ellos.

—Se portará perfectamente —aseguró *Jorge*—. Y no tenemos ninguna necesidad de jugar con los otros perros. Nos basta con *Tim*.

—Muy bien, maestra —exclamó Dick. *Jorge* dejó su tarea de limpieza para tirarle el plumero. Sí, ciertamente, las cosas volvían a marchar bien.

Cuando llegó la hora de acostarse, los niños se sentían mucho mejor, aunque sus toses eran casi tan fuertes como antes.

—Supongo que olvidaréis esa terrible tos antes de regresar, Julián —exclamó su madre—. Me inquieta mucho oíros toser, toser y toser, día y noche…

—¡Pobre mamá! Lo has pasado muy mal —exclamó Julián abrazándola—. Has sido muy buena. ¡Qué alivio sentirás cuando nos veas instalados en el coche!

Por fin llegó el coche, entrando por la nevada calzada hacia la casa. Era un coche de alquiler, muy grande por fortuna, ya que el

equipaje de los niños resultaba realmente colosal.

El chófer era un alegre hombrecillo y entre él y Jenkins pronto colocaron las maletas, trineos, esquís y todo lo demás en el portaequipajes, asegurándolo convenientemente.

—¡Ya está, señora! —exclamó el chófer, finalmente—. Todo ha quedado bien sujeto. Vamos a salir en seguida y estaremos en «La Cañada Mágica» antes de que oscurezca.

—¡Ya estamos a punto! —anunció Julián.

El hombrecillo asintió y, sonriendo, se sentó frente al volante. Dick iba junto a él y los otros tres en la parte trasera, con *Tim* a sus pies. Seguro que no permanecería quieto durante mucho rato. Le gustaba tanto como a los niños sacar la cabeza por la ventanilla.

Todos lanzaron un suspiro de alivio cuando el coche se puso en marcha. ¡Por fin en camino! Jenkins les esperaba junto a la verja y agitó la mano en un gesto de saludo.

—¡Recuerdos a mi tía! —gritó mientras cerraba la puerta de la verja.

El conductor era muy charlatán. Pronto le explicaron sus desgraciadas vacaciones y lo contentos que se sentían por este inesperado respiro antes de volver al colegio. A cambio, él les habló de sí mismo y de su familia. Tenía once hermanos y hermanas. Su charla no cesó durante la mayor parte del viaje.

Al cabo de un rato, se detuvieron para tomar un tentempié sin salir del coche. Se dieron cuenta de que estaban hambrientos por primera vez desde que habían enfermado.

—¡Caramba! Realmente me apetecen estos bocadillos —exclamó *Jorge* con sorpresa—. ¿Y a ti, Ana?

—También. Y no me saben a cartón como todas las comidas que nos daban hasta ahora —repuso Ana—. *Tim*, ahora que hemos recuperado el apetito ya no vas a tener tanto que comer.

—Parecía una aspiradora mientras hemos estado enfermos, ¿verdad? —intervino Dick—. No hacía más que tragarse todo lo que nosotros no podíamos comer. ¡Pescado hervido! ¡Sabía a lana estofada!

Todos rieron y rompieron a toser a coro. Al oírlos, el chófer meneó la cabeza.

—¡Vaya unos resfriados más desagradables que habéis pescado!

—comentó—. Esto me recuerda cuando mi familia y yo cogimos la tosferina. La pasamos doce de nosotros a la vez. Y cuando tosíamos todos, parecíamos la sirena de los bomberos a toda potencia.

Esto hizo reír a los niños, con lo cual volvieron a toser. Pero, por raro que parezca, nadie le dio la menor importancia a estas irritantes toses. Estaban seguros de que pronto se les quitaría, en cuanto se vieran en el campo y pudieran estirar las piernas y saltar, correr y esquiar.

Fue un viaje largo. Después del refrigerio, todos los niños se sintieron soñolientos y el chófer sonrió al verlos apoyados unos en otros, durmiendo pacíficamente. Sólo *Tim* permanecía despierto. Trepó silenciosamente al lugar que quedaba entre *Jorge* y la ventanilla, que se hallaba abierta, para poder sacar su gran nariz al viento, cosa que le encantaba hacer. Se detuvieron temprano para tomar el té en el restaurante de un pueblecillo.

—Será mejor que estiréis un poco las piernas —sugirió el conductor—. Por mi parte, voy a hacerlo ahora mismo. Mirad, me voy allá a tomar mi té. Allí están muchos de mis compañeros y podré charlar un rato con ellos. Vosotros meteos en este restaurante de aquí y pedid los bollos de mantequilla. ¡Son los mejores del reino! Procurad volver dentro de un cuarto de hora como máximo. De lo contrario, no podremos llegar a la granja antes de que oscurezca. Aún nos queda una hora de viaje… aunque más tarde saldrá la luna…

Todos se alegraron de estirar las piernas. *Tim* saltó como si ya estuviera en pleno campo, ladrando alocadamente. Se sintió muy disgustado al darse cuenta de que se trataba de una parada corta, pues había creído que era el final del viaje. Pero le gustó mucho recibir un bollo de mantequilla para él solo. Lamió toda la mantequilla primero, ante el regocijo de los niños.

—¡También a mi me gustaría hacer lo mismo!—exclamó Ana—. Pero no sería de buena educación. ¡*Tim*! ¡Que me manchas el zapato de mantequilla! ¡Aparta el bollo de mi pie!

Tuvieron tiempo para tomar una taza de té caliente y dos bollos cada uno. Julián compró además galletas de chocolate porque se sentía inesperadamente hambriento, incluso después de haberse comido los dos bollos.

—Es maravilloso tener apetito después de haber sido incapaz de mirar siquiera el pan con mermelada —exclamó—. Debíamos estar realmente enfermos aquel día que no pudimos ni tomarnos el helado a pesar de lo que mamá insistió para que comiéramos un poco.

—Mis piernas todavía están un poco temblorosas —dijo Ana—. Pero empiezan a dar la sensación de que conseguirán sostenerme. ¡Gracias a Dios!

Se pusieron en marcha. Habían entrado ya en Gales y en el horizonte empezaban a divisarse las montañas. Era un atardecer muy claro y, aunque las montañas aparecían blancas de nieve, el campo que cruzaban no estaba tan nevado como su casa cuando la dejaron.

—Espero que la nieve no empiece a derretirse justo cuando lleguemos —comentó Dick—. Hay bastante en las montañas, pero en los valles apenas queda.

Pasaron un poste señalizador. Julián trató de leerlo, pero sólo consiguió ver una palabra que parecía algo así como «Cymrymyhlli». Preguntó al chófer:

—¿Ha visto usted el poste señalizador? ¿Ya estamos llegando a «La Cañada Mágica»?

—Sí. Éste debe de ser el camino —repuso el chófer—. No he dejado de mirar un momento. Me extraña que aún no la hayamos visto.

—¡Caramba! Espero que no nos hayamos perdido —suspiró Ana —. Ya está oscureciendo.

El chófer siguió delante.

—Será mejor que nos dirijamos a algún pueblo —opinó Julián.

Pero no aparecía ninguno. Ni siquiera encontraron ningún poste indicador. Estaba anocheciendo y había salido ya la luna, que daba una suave luz.

—¿Está seguro de que estamos en el buen camino? —preguntó Dick al chófer—. La carretera se vuelve cada vez peor y hace años que no hemos pasado ninguna granja.

—Bueno, puede que hayamos equivocado el camino —admitió el conductor, aflojando la marcha—. Aunque no tengo ni idea de en dónde nos extraviamos. Me parece que estamos cerca del mar.

—¡Mirad! Hay un desvío a la derecha —gritó *Jorge* mientras avanzaban lentamente—. Y también hay un poste.

Se detuvieron junto al poste, que era muy pequeño.

—No dice «La Cañada Mágica» —leyó Dick, desilusionado—. Sólo «Viejas Torres». ¿Será el nombre de un lugar o de un edificio? ¿Dónde tiene usted el mapa?

El conductor no tenía ningún mapa.

—Normalmente no lo necesitamos —explicó—. Pero en este país no hay tantos postes señalizadores como debería haber. Y encima no me he traído mi brújula. Creo que lo mejor será que tomemos el camino de la derecha y vayamos a «Viejas Torres». Allí nos indicarán el buen camino.

Así que viraron a la derecha y el coche se deslizó lentamente por un camino largo, escarpado y serpenteante.

—Esto es casi una montaña —comentó Ana atisbando por la ventanilla—. ¡Ya veo algo! Es un edificio en la ladera del monte, con torres. Debe de ser allí.

Llegaron ante una puerta de madera maciza. Sobre ella había un cartelón con cuatro palabras en enormes letras negras:

SE PROHÍBE EL PASO

—Bueno, esto es lo que se llama educación —comentó el chófer, enfadado—. ¡Se prohíbe el paso! ¿Por qué? Esperad un momento, aquí hay un pabellón. Iré a preguntar el camino.

Pero en el pabellón recibió tanta ayuda como en la puerta de entrada. Estaba completamente a oscuras y cuando llamó no recibió la menor respuesta. ¿Qué podían hacer ahora?

# Capítulo III

EL FIN DEL VIAJE

—Bueno, tendremos que dar media vuelta y bajar la montaña —dijo Dick cuando el chófer regresó junto al coche.

—No, espere. Voy a ver si hay luces en alguna parte —exclamó Julián, saltando fuera del automóvil—. Podríamos avanzar un poco más y trataré de encontrar la casa. Al fin y al cabo, hemos venido mirando hasta llegar aquí mientras íbamos por el empinado camino y no hemos visto nada.

Se acercó a la puerta y la observó a la luz de los faros del coche.

—Está cerrada con candado —explicó—. Pero creo que podré trepar por ella. Hay una luz por allí, en alguna parte, aunque no sé a qué distancia.

Antes de que pudiera empezar a subir por la puerta, oyeron el rumor de unos pasos apresurados. De pronto, un ladrido y un aullido salvaje rasgaron la noche. Un animal gruñó al otro lado de la puerta.

El conductor volvió apresuradamente al coche y cerró de un portazo. Julián corrió también hacia el coche, dándose cuenta de que, pese a su debilidad, sus piernas eran capaces de correr tan rápidamente como deseaba.

*Tim* empezó a ladrar ferozmente y trató de saltar a través de la cerrada ventanilla. Los aullidos y ladridos del otro lado del portalón aumentaban, y el perro, que debía ser enorme, se arrojaba sin cesar contra la puerta, sacudiéndola de arriba a abajo.

—Será mejor dar la vuelta y marcharnos —opinó el chófer, asustado—. ¡Sopla! Me alegro de estar a este lado de la puerta. ¡Vaya un estrépito! Y vuestro perro es casi tan malo como el otro…

*Tim* estaba verdaderamente furioso. ¿Por qué no le dejaban salir y decirle al otro perro lo que pensaba de él? *Jorge* trató de apaciguarlo, pero él se negaba a dejar de ladrar. El chófer inició la maniobra para dar la vuelta, retrocediendo, adelantando y volviendo a retroceder. La carretera era bastante ancha, pero a la derecha había un escarpado precipicio. No se podía dudar de que «Viejas Torres» estaba construido en una montaña.

—Esa gente debe temer mucho a los ladrones para tener un perro así —exclamó Dick—. Aunque a un lugar tan solitario como éste no creo que venga mucha gente. Oiga, ¿qué es lo que pasa?

—Hay algo que no funciona —respondió el conductor, ahora con el coche vuelto hacia la carretera—. De pronto el coche parece haberse hecho muy pesado. Como si tuviera echado el freno.

—Quizá lo tenga… —sugirió Julián.

—En absoluto —cortó secamente el chófer—. Bueno, solamente lo justo para asegurarnos de que el coche no salga disparado montaña abajo. Ya veis que es muy empinado y que al lado tenemos un barranco. No quiero caer ahí en la oscuridad. ¿Qué diablos le pasará al coche? Sólo puede deslizarse.

—Creo recordar que subió demasiado lentamente —advirtió Dick—. Ya sé que el camino es muy empinado y da muchas vueltas, pero, ¿no le parece que el coche subía con demasiado esfuerzo?

—En efecto —admitió el chófer—. Aunque pensé que la montaña era más empinada de lo que había imaginado. ¿Qué le pasará al coche? No tengo puesto el freno y estoy pisando el acelerador a fondo. Y sin embargo sólo consigo que se deslice. ¡Como si estuviera acarreando una tonelada de peso!

Era algo realmente extraño. Julián se sintió horrorizado. No le hacía la menor gracia pasar la noche en el coche, perdidos en aquel paraje tan frío, especialmente ahora que empezaba a nevar suavemente. La luna había desaparecido tras negros nubarrones y todo estaba muy oscuro.

Llegaron al pie del monte y entraron en la carretera llana. El chófer exhaló un suspiro de alivio y lanzó una repentina exclamación.

—¿Qué habrá pasado? ¡El coche está bien de nuevo! ¡Va como una seda! ¡Vaya peso que me he quitado de encima! Creí que iba a

detenerse y a dejarnos aquí toda la noche.

El coche marchaba bien ahora y todos se mostraron aliviados.

—Sin duda había algo mal colocado en el motor —comentó el chófer—. ¡Pero que me maten si lo entiendo! Ahora estad atentos por si veis una casa o algún poste.

Poco después, llegaban junto a un poste señalizador. *Jorge* gritó al instante:

—¡Alto! Aquí hay un poste. ¡Alto!

El coche se detuvo junto a él y, al examinarlo, todos lanzaron un suspiro de alivio:

—¡«La Cañada Mágica»! ¡Hurra!

—Hacia la izquierda —exclamó el chófer. Y se metió por el camino. Era bastante áspero, obviamente sólo un camino de carro. Pero allí, en la cima del monte que estaban subiendo, había una casa cuyas luces brillaban a través de las ventanas. Sin duda era la casa de la anciana señora Jones.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Julián—. Parece que es aquí. Me alegro de haber llegado antes de que nevase con más fuerza. Ya es bastante difícil ver algo a través de este vendaval.

Sí, era la granja. Varios perros se pusieron a ladrar fieramente mientras el coche se acercaba. *Tim* les respondió como si de ello dependiera la vida de los ocupantes del auto.

El conductor llevó el coche hasta la puerta y atisbo cautelosamente por si alguno de los estrepitosos perros rondaba en torno al coche. Se abrió la puerta y, enmarcada por la luz, apareció una mujercita no más alta que cualquiera de los niños.

—¡Entrad! ¡Entrad! —llamó—. ¡Resguardaos del frío y la nieve! Morgan os ayudará con el equipaje. ¡Entrad en seguida!

Los cuatro niños saltaron del coche. De pronto se sentían muy cansados. Poco faltó para que Ana se cayera, pues de nuevo sus piernas parecían incapaces de sostenerla. Julián la sujetó por un brazo. Estaban todos agotados. Sólo *Tim* conservaba todas sus energías. Un hombre muy alto se apresuró a acercarse para ayudar al chófer con el equipaje, saludándolos al pasar.

La anciana les introdujo en una sala grande y caldeada y les hizo sentar.

—¡Qué viaje! —exclamó—. Estáis agotados, pobrecitos míos. Es

muy tarde para vosotros. Os tengo preparado un té estupendo. Pero antes os tomaréis la cena. Ya debéis estar deseándola.

Julián echó una ojeada a la pesada mesa preparada en un rincón junto al fuego. A pesar de lo cansado que estaba, se sintió repentinamente hambriento al ver aquella espléndida comida. Sonrió a la amable anciana, cuyo cabello resplandecía como la plata. Su agradable rostro estaba surcado de arrugas, pero sus ojos eran agudos y brillantes como los de un mirlo.

—Siento que hayamos llegado tan tarde —dijo Julián—. Nos extraviamos. Ésta es Ana, mi hermana, y ésta es *Jorge*, mi prima, y aquél es Dick, mi hermano.

—Y éste es *Tim* —añadió *Jorge*. *Tim* ofreció su pata a la señora.

—Es una maravilla ver a un perro tan bien educado —comentó —. Nosotros tenemos siete, pero ninguno de ellos ofrecería su pata ni a la propia Reina si viniera aquí.

El ladrar de los perros había cesado. No se veía a ninguno por la casa y los niños supusieron que vivían fuera, en casetas. *Tim* trotó por toda la habitación, husmeando cada rincón con gran interés. Por último, se encaminó a la mesa, puso sus patas sobre ella y observó atentamente la comida. Miró en dirección a *Jorge* y lloriqueó.

—Dice que le gusta esta comida —tradujo *Jorge* a la anciana—. Tengo que decir que yo estoy de acuerdo. ¡Es estupenda!

—Id a lavaros y arreglaros un poco mientras caliento el té —propuso la señora Jones—. Parecéis ateridos y hambrientos. Salid por aquella puerta y subid un tramo de escalones. Las habitaciones que encontraréis son las vuestras. Nadie os estorbará.

Los cinco salieron y se encontraron en un pequeño corredor de piedra, iluminado por una vela. Un estrecho tramo de escalones de piedra conducía a un pequeño rellano donde ardía otra vela. Los escalones eran muy altos y los niños tropezaban en ellos, dado que tenían las piernas agarrotadas tras el largo viaje en automóvil.

Dos habitaciones daban al rellano, situadas una frente a la otra. Parecían exactamente iguales y también estaban amuebladas de la misma manera. Había lavabos, con una jofaina y un jarro de agua caliente envuelto en una toalla. El fuego ardía en las pequeñas chimeneas de piedra y las llamas iluminaban las habitaciones con

mucha mayor claridad que las velas.

—Esta habitación será para vosotras, chicas. Dick y yo nos quedaremos con la otra —decidió Julián—. ¡Caray! Hasta tenemos chimeneas en las habitaciones. ¡Es estupendo!

—Me acostaré pronto y me quedaré despierta para contemplar las llamas — anunció Ana—. ¡Me alegro de que las habitaciones no sean frías! Con el frío, seguro que me daría la tos.

—Hoy no hemos tosido demasiado —comentó Dick.

Como es natural, inmediatamente empezaron a toser. La señora los oyó desde abajo y se apresuró a llamarlos:

—¡Corred! Venid aquí junto al fuego.

Pronto estuvieron abajo, sentados en la sala. No había allí nadie más que la señora Jones sirviendo el té.

—¿Va a venir alguien más a tomar el té? —inquirió *Jorge*—. Toda esta comida no puede ser para nosotros solos, ¿verdad?

—Pues sí que lo es —repuso la señora, cortando gruesas lonjas de jamón—. Éste es vuestro cuarto de estar, el que dejo a las familias a las que les alquilo habitaciones. Y tenéis también una cocina para vosotros solos. Podéis hacer lo que os parezca, todo el ruido que os dé la gana. Nadie os oirá, las paredes son muy gruesas.

Después de servirles, salió de la habitación, sonriendo y agitando la cabeza. Los niños se miraron unos a otros.

—Me gusta mucho —afirmó Ana—. ¡Debe de ser viejísima, ya que es tía de Jenkins! ¡Pero tiene los ojos muy brillantes y muy jóvenes!

—Ya me siento mejor —exclamó Dick, atacando el tocino—. *Jorge*, dale tú algo a *Tim*. Me está empujando con la pata y, si quieres que te diga la verdad, no puedo desperdiciar mi tocino con él.

—Tomará un poco del mío —replicó *Jorge*—. Creía que tenía hambre, pero veo que no. Me siento muy cansada.

Julián la contempló. Realmente aparentaba un gran cansancio y tenía los ojos agrandados por oscuras ojeras.

—Acaba tu cena, camarada —le recomendó Julián—. Y vete a la cama. Ya desharás las maletas mañana. Estás agotada después de este viaje. Ni siquiera Ana parece tan cansada como tú.

La anciana señora Jones entró y aprobó la idea de Julián de que

se fueran a la cama al terminar.

—Mañana os levantáis a la hora que os apetezca. Y cuando hayáis bajado, venid a la cocina a avisarme. Ya sabéis que aquí podéis hacer lo que queráis.

Pero todo lo que deseaban en aquel momento era meterse en la cama y dormir a la luz de los crepitantes troncos. ¡Qué alivio deslizarse entre las ásperas sábanas y cerrar los ojos! Todos, excepto *Tim*, que montó guardia junto a la puerta mucho rato después de que *Jorge* se durmiera. ¡Buen muchacho, *Tim*!

# Capítulo IV

## EN LA VIEJA GRANJA

Los cuatro niños durmieron como troncos toda la noche. Si acaso tosieron alguna vez, ni se enteraron de ello. Permanecieron en sus camas sin moverse apenas. Sólo *Tim* abría ocasionalmente un ojo, como hacía siempre la primera noche que pasaban en algún lugar extraño.

Saltó cuando un tronco ardiendo cayó hacia un lado. Contempló extrañado la brillante llama que lamía la chimenea mientras el tronco crepitaba. Alzó una oreja cuando una lechuza ululó junto a la ventana. Al fin se durmió también, tendido como de costumbre a los pies de *Jorge*. ¡Aunque seguramente la señora Jones no lo hubiera aprobado!

Por la mañana, Julián fue el primero en despertarse. Todos los ruidos de la granja le llegaban a través de la ventana cerrada: los hombres llamándose unos a otros, el mugido de las vacas, el ladrido de un perro, después de otro y, por fin, de todos a la vez, y el pacífico cloquear de las gallinas y los patos. Era estupendo quedarse tumbado oyéndolo todo y sintiéndose cómodo con aquella agradable sensación de pereza.

Observó su reloj. ¡Sopla! ¡Eran casi las nueve! ¿Qué pensaría la señora Jones de ellos? Saltó de la cama y sacudió fuertemente a Dick.

—¡Son casi las nueve! —le anunció y se dirigió hacia el lavabo. Para entonces sólo quedaba agua fría en el jarrón. Pero no importaba. La habitación estaba muy caldeada por el fuego de las chimeneas. Fuera brillaba el sol, pero debía de haber nevado intensamente durante la noche, porque todo aparecía

completamente blanco.

—¡Fantástico! —exclamó Julián—. Podremos deslizarnos en trineo. Despierta a las niñas, Dick.

Pero éstas ya estaban despiertas porque *Tim* había oído a los niños moverse en su cuarto y había acudido gimiendo junto a la puerta. *Jorge* se removió en la cama, sintiéndose muy distinta a la noche anterior.

—Ana, ¿cómo te encuentras? ¡Yo estoy estupendamente! —dijo complacida—. ¿Sabías que ya son las nueve? Hemos dormido más de doce horas. ¡No me extraña encontrarme tan bien!

—Yo también lo estoy —repuso Ana con un enorme bostezo—. ¡Mira! He hecho bostezar también a *Tim*. ¿Has dormido bien, *Tim*?

—¡Guau! —contestó *Tim*, y golpeó la puerta con impaciencia.

—Quiere desayunar —dedujo *Jorge*—. ¿Qué nos darán? Huelo a huevos con jamón. ¡Caramba! Nunca creí que volvería a comerlos. ¡Brrr! ¡Esta agua está helada!

Bajaron juntos y encontraron la sala caldeada por una hermosa hoguera. La mesa estaba preparada para el desayuno, pero sólo había en ella un gran pan crujiente, mantequilla, mermelada casera y un enorme jarrón de leche fresca y cremosa.

La señora Jones entró al momento, radiante.

—Buenos días a todos —saludó—. Y sí que hace un día perfecto, a pesar de la nieve que cayó anoche. ¿Qué os gustaría desayunar ahora? ¿Huevos con jamón, salchichas caseras, pastelillos de carne o…?

—Me gustaría comer huevos con jamón —decidió inmediatamente Julián. Los demás asintieron. La señora Jones salió de la habitación y los niños se frotaron las manos.

—Por un momento temí que sólo nos diera pan con mantequilla y mermelada — dijo Dick—. ¡Mirad! Fijaos cuánta crema hay en el jarro. Decididamente, cuando sea mayor, viviré siempre en una granja.

—¡Guau! —aprobó *Tim*. Oía a los otros perros ladrar fuera y se acercó a la ventana para verlos. *Jorge* se echó a reír.

—Tendrás que recordar que no eres más que un invitado cuando te presentemos a esos perros. Nada de empezar a dar vueltas alrededor de ellos, ladrando como un loco.

—Son perros muy grandes —dijo Dick, reuniéndose con *Tim* en la ventana—. Collies galeses, me parece. Son muy buenos pastores… ¿Qué clase de perro sería aquel que nos ladró tan ferozmente la otra noche en «Viejas Torres»? ¿Os acordáis?

—Sí. Y la verdad es que no me hizo ninguna gracia —replicó Ana—. Fue casi como una pesadilla el perdernos, subir a aquella montaña, encontrar el horrible cartel en la puerta, nadie a quien preguntar el camino y aquel perro oculto ladrándonos furioso desde el otro lado de las puertas. Y para colmo el coche resbalando por aquel extraño camino…

—Sí, todo fue un poco extraño —asintió Dick—. ¡Ah! Aquí llega nuestro desayuno. Pero… ¡Señora Jones! ¡Si aquí hay suficiente para ocho personas!

La anciana venía seguida de un hombre enorme, con una mata de pelo negro, brillantes ojos azules y boca severa.

—Éste es mi hijo Morgan —les presentó. Los cuatro niños contemplaron asustados al gigante.

—Buenos días —dijeron Julián y Dick al mismo tiempo, y Morgan hizo un gesto en su dirección con la cabeza tras echarles una rápida ojeada. Las niñas le dirigieron una sonrisa cortés y él volvió a mover la cabeza sin pronunciar una sola palabra. Inmediatamente salió de la habitación.

—No es muy hablador —explicó la anciana—. No, no es muy hablador mi Morgan. ¡Pero si vierais qué vozarrón tiene cuando se enfada! Os aseguro que os digo la pura verdad: puede oírsele a un kilómetro de distancia. ¡Espanta a las ovejas en un kilómetro a la redonda cuando grita!

Julián pensó que resultaba muy fácil creerla.

—Estos perros a los que oís ladrar son suyos —continuó la señora—. Los tres. Van con Morgan a todas partes. Se porta muy bien con los perros. ¡En cambio no hace mucho caso a las personas! Tiene cuatro perros más en las montañas con las ovejas. Y, creedme, si Morgan saliera al patio y les gritara, esos cuatro perros que están tan lejos le oirían y bajarían corriendo como flechas.

Los niños podían creerlo todo del gigantesco Morgan. Les hubiera gustado que llamara a sus perros. ¡Su voz debía de ser un verdadero trueno!

Se sentaron a desayunar y, aunque no consiguieron acabar con todo lo que había traído la señora Jones, se las arreglaron bastante bien y se despacharon a su gusto. También lo hizo *Tim*. El pan casero, que era muy bueno, les gustó de una manera especial.

—Podría comer días enteros a base de ese pan casero y mantequilla fresca —opinó Ana—. El pan de casa no sabe igual. Mamá se quedaría muy asombrada si viera el desayuno que nos hemos zampado.

—Desde luego. Sobre todo si pensamos que durante varios días no hemos podido tragar ni siquiera un huevo pasado por agua —aseguró Dick—. Oye, Julián, ¿no deberíamos telefonear a casa para decir que hemos llegado bien?

—¡Sopla! Pues claro que sí —exclamó Julián—. Ya quería haberlo hecho ayer. Voy ahora mismo, si la señora Jones me lo permite. ¡Eh, mirad! ¿No es ése nuestro chófer, el que pasa por allí? Seguramente habrá dormido aquí esta noche.

El conductor iba a meterse en el coche cuando oyó a Julián que golpeaba el cristal de la ventana. Se acercó a la granja y pronto entró en la sala de los niños.

—Me marcho —les dijo—. La anciana señora me ha ofrecido una cama en el granero. ¡Nunca he dormido más a gusto en mi vida! Por cierto, ya sé por qué el coche avanzaba ayer tan lentamente por la montaña de «Viejas Torres».

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó Julián, interesado.

—Bueno, no le pasaba nada al coche —repuso el chófer—. ¡Y me alegro mucho de saberlo! Era la montaña.

—¿Qué quiere usted decir? —intervino Dick, asombrado.

—Bien, la esposa del pastor me ha dicho que creen que hay algún mineral magnético bajo la montaña —explicó—. Porque cuando el cartero sube en bicicleta, le ocurre lo mismo. Su bicicleta parece de plomo y se vuelve tan pesada que no puede pedalear. Y si la empuja todavía es peor. Así que ha decidido dejarla siempre al pie de la montaña y subirla a pie.

—Ya… Así que ese mineral magnético, sea el que sea, fue lo que atrajo nuestro coche ayer. Y tiene tanta fuerza como para hacerlo ir así de lento —comentó Julián—. ¡Qué extraño! Tiene que tratarse de algún yacimiento de un metal muy poderoso.

¿Afecta del mismo modo a todos los coches?

—Sí, desde luego. Ningún coche puede arrancar sin ayuda —respondió el conductor—. A decir verdad, es una cosa muy rara. Una montaña rara de verdad, lo mismo que aquel cartel de la puerta…

—¿Quién vivirá allí? —preguntó Dick.

—Sólo una anciana —repuso el chófer—. Está un poco chiflada, por lo menos eso dicen. ¡No deja entrar a nadie! Bueno, nosotros lo sabemos por experiencia. Siento haberme extraviado ayer, pero ahora ya estáis bien. Estáis perfectamente aquí.

Se dirigió hacia la puerta, haciendo con la mano un gesto de despedida, y salió. Los niños le vieron meterse en el coche y marcharse agitando una mano enguantada por la ventanilla.

—¿Habrá suficiente nieve para bajar en trineo? —inquirió *Jorge* —. Desde aquí parece que no. De todas maneras, vayamos a comprobarlo. Pero será mejor que nos abriguemos. Apuesto a que el viento será muy frío y no estoy dispuesta a empezar otra vez a toser. Ya he tenido bastante de eso.

Así que se pusieron sus pesados chaquetones, gorros de lana y bufandas. La señora Jones meneó la cabeza y sonrió al verlos.

—Sois unos niños muy sensatos. Hoy hace frío y un viento que hiela. Sin embargo, éste es un tiempo muy saludable. Ten cuidado con tu perro, muchacho. No lo sueltes hasta encontrarte lejos de la granja por si se le ocurre enfrentarse a uno de los perros de Morgan.

*Jorge* sonrió, complacida de que la hubieran confundido con un chico. Empezaron a vagar por la granja. *Tim* se mostraba muy enojado porque le llevaban atado. Tiraba de la correa, pretendiendo ir a explorar por su cuenta. Pero *Jorge* se negaba a soltarlo.

—No te dejaré hasta que te hayas hecho amigo de todos los perros. ¿Dónde estarán?

—Habrán salido con Morgan —aventuró Dick—. Vamos a ver las vacas allí en la ladera. Me encanta su olor.

Erraron por la granja, disfrutando del pálido sol, del suave viento y de sentir que sus piernas les sostenían con firmeza y no daban la impresión de doblarse a cada momento. Ya apenas tosían y se sentían muy afligidos cuando uno u otro empezaba a hacerlo.

—Voy a soltar un ratito a *Tim* —anunció *Jorge*—. No veo a los

perros por ningún lado.

Así que soltó la correa del collar. *Tim* correteó alegremente husmeando aquí, acá y acullá. Al fin desapareció por una esquina con la lengua colgando.

¡Y entonces estalló un espantoso coro de ladridos! Los niños se pararon en seco. No se trataba de un perro o dos. ¡Parecían por lo menos una docena! Los cuatro doblaron la esquina a toda velocidad. ¡Y allí estaba el pobre *Tim*, de espaldas a la pared, ladrando, gruñendo y haciendo cara a tres feroces perros!

—¡No, *Jorge*, no te acerques a *Tim*! —advirtió Julián, viendo que ésta iba a rescatar a su perro, sin preocuparse por lo que pudiera pasar—. ¡Esos perros son salvajes!

Pero, ¿qué le importaba a *Jorge* eso? Corrió hacia *Tim*, se puso delante de él y chilló a los tres sorprendidos perros, regañándoles:

—¡CÓMO OS ATREVÉIS! ¡LARGAOS! ¡FUERA! ¡HE DICHO QUE FUERA!



# Capítulo V

¡LAS COSAS PODRÍAN IR PEOR!

Los tres vociferantes perros no repararon siquiera en *Jorge*. Ellos querían a *Tim*. ¿Quién era aquel extraño que osaba rondar por su casa? Trataron de alcanzarlo. Pero allí estaba *Jorge*, blandiendo la correa de cuero y golpeando primero a uno y luego a otro de los perros. Julián corrió a ayudarla. De pronto *Tim* exhaló un agudo chillido. ¡Le habían mordido!

Alguien llegaba a toda prisa por la esquina. ¡Era la señora Jones, corriendo como si tuviera doce años!

—¡*Tang*! ¡*Bob*! ¡*Dai*! —gritó. Los tres perros no le hicieron el menor caso. De pronto, de algún lugar indeterminado, llegó una voz. ¡Y qué voz! Resonó por todo el patio como si hubieran utilizado un megáfono.

—¡*DAI*! ¡*BOB*! ¡*TANG*!

Al oír la estentórea voz, los tres animales se detuvieron al instante. Luego dieron media vuelta y desaparecieron a toda velocidad.

—¡Gracias a Dios! Era Morgan —jadeó la anciana, colocándose bien el chal—. Debe de haber oído los ladridos. ¡Pobrecito mío! ¿Estás herido?— Cogió a *Jorge* de la mano y la observó ansiosamente.

—No sé, creo que no —repuso *Jorge* bastante pálida—. Es *Tim* el que está herido. ¡*Tim*, querido *Tim*! ¿Dónde te han mordido?

—¡Guau! —explicó *Tim*, que, a pesar de hallarse extremadamente nervioso, no parecía muy asustado. ¡Todo había sido tan rápido! *Jorge* se dejó caer de rodillas sobre la nieve y lanzó un breve chillido:

—Le han mordido en el cuello. ¡Mirad! ¡Pobrecito *Tim*! ¿Por qué te dejaría suelto?

—No es muy grave, *Jorge* —aseguró Julián, observando el lugar de la herida—. El otro perro mordió justo sobre el collar. Sus dientes lo atravesaron, pero apenas rozaron el cuello de *Tim*. No es más que un rasguño.

Ana estaba apoyada en la pared y aparentaba estar mareada. Dick sintió de pronto como si sus piernas fueran de gelatina. No se atrevía a pensar en lo que hubiera ocurrido si los perros hubieran mordido a *Jorge* en lugar de *Tim*. ¡Buena chica, *Jorge*! ¡Valiente como una leona!

—¡Qué cosas ocurren! —exclamó la señora Jones, trastornada—. Pero, ¿por qué le dejaste suelto, muchacho? Debías de haber aguardado a que llegara Morgan y dijera a sus perros que tu *Tim* es un amigo.

—Ya lo sé —repuso *Jorge*, aún arrodillada junto a *Tim* —. Fue culpa mía. *Tim*, me alegro tanto de que no sea más que un pequeño mordisco. Señora Jones, ¿tiene usted un poco de yodo? Tengo que ponérselo en seguida.

Pero, antes de que la anciana pudiera responder, apareció por la esquina del granero la gigantesca figura de Morgan, con sus tres perros, muy dóciles ahora, tras sus talones.

—¿Eh? —inquirió observando a los cuatro niños y a su madre.

—Tus perros atacaron al de los niños —le explicó esta—. Los llamaste justo a tiempo, Morgan. No está dañado. ¡Deberías haber visto a ese chico, el dueño del perro, defendiéndolo y ahuyentando a *Tang*, *Bob* y *Dai*!

Julián no pudo menos que sonreír al oír que no dejaba de confundir a *Jorge* con un chico, aunque la verdad era que, con sus pantalones y su abrigo y el gorro de lana sobre sus cortos cabellos, parecía realmente un fuerte muchacho.

—Por favor, tráigame yodo —insistió *Jorge* ansiosamente, viendo caer sobre la nieve blanca una gota de sangre del cuello de *Tim*.

Morgan dio un paso adelante y se agachó para examinar a *Tim*. Al cabo de un momento, emitió un pequeño gruñido y se irguió de nuevo.

—Está bien —sentenció. Y se fue.

*Jorge* le contempló enojada. ¡Habían sido sus perros los que habían atacado a *Tim* y ni siquiera se disculpaba! Se sintió tan enfadada que los ojos se le llenaron de lágrimas. Pestañeó para evitarlas, muy avergonzada.

—No creo que quiera quedarme aquí —dijo en voz alta y clara —. Esos perros atacarán de nuevo a *Tim*, Pueden matarlo. Así que me iré a mi casa.

—Bueno, bueno, ahora estás trastornado —dijo amablemente la señora Jones, cogiéndola del brazo.

*Jorge*, se sacudió enfurruñada.

—No estoy trastornada —protestó—. Sólo enojada de pensar que mi perro ha sido atacado sin razón. Además, estoy segura de que será atacado de nuevo. Quiero verle bien el cuello, así que me voy adentro.

Se alejó con *Tim* pegado a sus piernas, avergonzada cuando dos lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡No era propio de *Jorge* llorar! Pero aún no estaba restablecida de su enfermedad. Los otros tres se miraron unos a otros.

—Ve con ella, Ana —ordenó Julián. Y Ana corrió tras *Jorge* obedientemente, mientras Julián se volvía hacia la horrorizada dama.

—No debe quedarse aquí al frío —aconsejó al ver que temblaba y se arrebujaba en su chal—. *Jorge* estará bien pronto, ya lo verá. No haga caso de lo que ella dice.

—¿Ella? Pero, ¿no es un chico? —exclamó sorprendida la señora Jones[1]—. ¿Cómo puede una chica ser tan valiente? Bueno, pues la encuentro maravillosa. ¿Por qué haría Morgan eso? Pero… no querrá irse a casa de verdad… ¿Qué os parece a vosotros?

—No creo —la tranquilizó Julián deseando no equivocarse. ¡Nunca se podía estar seguro con *Jorge*!—. Pronto se le pasará. Y si le damos pronto el yodo, eso le ayudará. Siempre arma un escándalo terrible cuando alguien hiere o molesta a *Tim*.

—Vamos, pues —urgió la señora Jones. Y corrió hacia la granja, rechazando el apoyo de Julián. ¡Qué mujercita tan independiente!

*Jorge* se encontraba con *Tim* en la salita. Había llenado una palangana de agua y estaba lavando la herida con su pañuelo, tras haberle quitado el collar.

—Ahora te busco el yodo, muchacho —le dijo la señora Jones, olvidando de nuevo que *Jorge* era una niña.

Corrió a la cocina y regresó con una gran botella de líquido pardo. *Jorge* la cogió agradecida y roció con ella a *Tim*, que permanecía quieto, bastante complacido con aquellos cuidados. Sin embargo, dio un salto cuando sintió la quemazón del yodo. *Jorge* le tranquilizó acariciándolo.

—Va a querer que le estén echando yodo encima todo el día, *Jorge*, si le mimas tanto —comentó Dick con una risita.

*Jorge* le miró:

—Podía haber muerto —exclamó—. Y si esos perros le cogen de nuevo, ¡le matarán! Así que me vuelvo a casa. No a la vuestra, Julián, sino a Kirrin.

—No seas burra, *Jorge* —replicó Dick, exasperado—. Cualquiera creería que *Tim* ha quedado malherido. No tiene más que un rasponazo en la piel. ¿Por qué desperdiciar lo que podrían ser unas estupendas vacaciones sólo por eso?

—No me gustan esos tres perros —insistió *Jorge* con terquedad —. Estarán ahí fuera esperando para atrapar a *Tim* de nuevo, lo sé. Me voy a casa. Además, no voy a estropear tus vacaciones, sino las mías.

—Bueno, escucha, quédate por lo menos un día más —propuso Julián. Creía que, si se quedaba, terminaría por comprender lo estúpido de su comportamiento—. Sólo un día más. No es mucho pedir. Trastornarás terriblemente a la señora Jones si te marchas así. Y además te resultará muy difícil marcharte, sobre todo ahora que todo está cubierto por la nieve.

—Está bien —asintió *Jorge* con desagrado—. Me quedo hasta mañana. Le daré a *Tim* la oportunidad de que se le pase el susto. Pero SÓLO hasta mañana.

—*Tim* no está asustado en absoluto, *Jorge* —saltó Ana—. Hubiera vencido a los tres perros él solo, si tú no hubieras intervenido, ¿verdad, *Tim*?

—¡Guau! ¡Guau! —asintió *Tim* al instante. Meneó airosamente su rabo. Dick rió.

—¡Buen muchacho, *Tim*! Tú no quieres marcharte, ¿a que no?

—¡Guau! —respondió *Tim*, cortés, y agitó de nuevo su rabo.

*Jorge* frunció el ceño y Julián se apresuró a advertirles a los otros por señas que dejaran de meterse con ella. No quería que *Jorge* cambiara de idea de repente y se marchara corriendo.

—Voto por un paseo —sugirió Dick—. Es una lástima quedarse aquí dentro en un día nevado y soleado como éste. ¿Vienes, Ana?

—Si viene también *Jorge*, sí —repuso Ana. *Jorge* denegó con la cabeza.

—No, me quedaré con *Tim* esta mañana. Vete con los otros.

Pero Ana no quiso ir, así que los dos chicos dejaron a las dos muchachas y volvieron al suave y vigorizante aire de la montaña. Ya se sentían bien y casi no tosían.

¡Qué lástima que hubiera sucedido aquello! Esto frustraba los planes de todos, incluso los de la anciana señora Jones, que les esperaba ansiosa en la puerta principal.

—No se preocupe, señora Jones —la tranquilizó Julián—. Estoy seguro de que nuestra prima pronto se sentirá bien. Ya le he quitado la idea de marcharse hoy a casa. Mi hermano y yo vamos a dar una vuelta por la montaña. ¿Cuál es el mejor camino?

—Seguid por aquel sendero —señaló la mujer—. Y continuad hasta llegar a nuestro chalet de verano. Si no queréis volver a comer, podéis quedaros allí. Encontraréis provisiones en la alacena. Aquí tenéis la llave.

—¡Gracias! —exclamó Julián, sorprendido—. Me parece estupendo. Nos encantará comer allí, señora Jones. Volveremos antes de oscurecer. ¿Se lo dirá a las chicas, por favor?

Y se marcharon silbando. ¡Era maravilloso disponer de un día entero para ellos dos solos! Siguieron por el nevado sendero y empezaron a trepar por las vertientes de la montaña. El sol había derretido un poco la nieve, de modo que podían andar fácilmente. Pronto descubrieron que el camino estaba señalado acá y allá por gruesas piedras negras, que servían de guía a los habitantes de la granja cuando la nieve lo cubría todo.

La vista era maravillosa. A medida que trepaban, podían descubrir las cumbres de montañas y más montañas, todas ellas cubiertas de nieve que centelleaba bajo el pálido sol de enero.

—Con sólo que hubiera un poco más de nieve, podríamos bajar por esas laderas — exclamó Dick anhelante—. ¡Ojalá nos

hubiéramos traído los esquís esta mañana! Hay bastante nieve para ellos. ¡Nos podríamos lanzar como flechas!

Se alegraron de llegar al pequeño chalet de que les había hablado la señora Jones.

¡Después de subir durante dos horas, resultaba agradable descansar un poco y comer algo!

—¡Es magnífico! —exclamó Julián, mientras metía la llave en la cerradura—. ¡Una pequeña casita de madera, con sus ventanas y todo!

Abrió la puerta y entraron. Sí, desde luego era un lugar magnífico, con literas empotradas en las paredes de madera, una estufa y alacenas llenas de cacharros y latas de comida. Los dos chicos tuvieron la misma idea y se volvieron el uno al otro.

—¿No podríamos vivir aquí nosotros solos? A *Jorge* la encantaría —dijo Julián, traduciendo en palabras el pensamiento de Dick. ¡Si les fuera posible…!

# Capítulo VI

UNA EXTRAÑA CRIATURA

Los niños estaban cansados, pero no tanto como para que el cansancio les impidiera examinar concienzudamente toda la cabaña, aunque en realidad apenas era más grande que una habitación corriente. Estaba orientada de cara al profundo valle y el sol brillaba sobre su tejado. Julián abrió alacena tras alacena, enumerando con gran placer:

—¡Sábanas! ¡Toallas! ¡Cacerolas y cubiertos! Y mira esas latas de comida y esas botellas de naranjada… ¡Sopla! Los que vienen a «La Cañada Mágica» en verano se lo deben de pasar de maravilla.

—¿Por qué no encendemos la estufa para calentar la habitación? —propuso Dick, trasladando la estufa de petróleo al centro de la sala.

—No. No la necesitamos. El sol nos da de lleno y no hace frío aquí dentro. Y en todo caso podemos envolvernos en las mantas de aquel armarito, si queremos.

—¿Crees que nos dejarán venir aquí en lugar de quedarnos en la granja? —inquirió Dick abriendo una lata de jamón con un abrelatas que encontró pendiente de un clavo en una esquina—. ¡Es mucho más fabuloso vivir aquí, solos e independientes! ¡*Jorge* estaría encantada!

—Bueno, podemos pedir permiso —respondió Julián en tanto destapaba una de las botellas de naranjada— ¿Has visto si hay galletas o bollos para comer con el jamón? ¡Ah! Aquí hay galletas tiernas y crujientes. Estoy realmente hambriento. ¡Palabra!

—¡Y yo! —corroboró Dick con la boca llena—. Es una lástima que *Jorge* haya sido tan terca. Ella y Ana podrían estar disfrutando

de esto también.

—Pues quizá sea mejor que no hayan venido, al fin y al cabo —comentó Julián—. Me parece que Ana se hubiera cansado demasiado para ser el primer día y *Jorge* es la que ha pasado el catarro peor. ¡Caracoles! Es tremendamente valiente, ¿verdad? Nunca la olvidaré cuando se enfrentaba a esos tres perros salvajes. Yo estaba bastante asustado.

—Voy a envolverme en una manta y a sentarme en el umbral al sol —anunció Dick—. ¡Este paisaje es tan maravilloso que no puedo describirlo con palabras!

Así que los dos cogieron sus respectivas mantas y se sentaron en el escalón de madera que hacía las veces de umbral, masticando galletas con jamón. Contemplaron la gran montaña que tenían delante.

—¡Mira! ¿No es una casa aquello que hay allí, cerca de la cima? —señaló Dick de pronto.

Julián observó atentamente, pero no pudo sacar nada en claro.

—No puede ser una casa —sentenció—. El tejado estaría cubierto de nieve y no conseguiríamos verlo. Además, ¿a quién se le ocurriría hacer una casa allá arriba?

—A montones de gente —replicó Dick—. No a todo el mundo le gusta vivir en las ciudades, que están llenas de comercios, de coches y todo eso. A mí me parece que un artista se construiría una casa en esas montañas aunque sólo fuese por la vista. Estoy seguro de que sería completamente feliz con sólo contemplarla y pintarla todos los días.

—Bueno, pues yo prefiero un poco de compañía —reconoció Julián—. Esto lo encuentro estupendo para una semana o dos. Pero se necesita ser un pintor, o un poeta, o un pastor, o algo por el estilo, para querer vivir aquí —acabó con un bostezo.

Los dos muchachos habían terminado de comer y se sentían muy a gusto con los estómagos llenos y en medio de aquella paz. Dick bostezó también y se tendió sobre su manta. Sin embargo, Julián le obligó a levantarse.

—¡De ninguna manera! No te creas que vamos a dormir la siesta. Seríamos capaces de dormir como lirones y no despertarnos hasta el anochecer. El sol no tardará en ponerse y tenemos que

andar todavía ese largo sendero hasta la granja. Además, no hemos traído linternas ni ninguna clase de luz. Y si nos equivocamos…

—¡Bah! No te olvides de las piedras negras… —murmuró Dick volviendo a bostezar—. Bueno, bueno, de acuerdo. No me apetece en absoluto despeñarme por un barranco en la oscuridad.

De repente, Julián agarró el brazo de Dick y señaló hacia arriba, allí donde el camino serpenteaba subiendo más y más. Dick se volvió y observó atentamente. Alguien bajaba brincando por el camino hacia ellos, con un cordero retozando a su alrededor y un perro trotando tras él.

—¿Será un niño o una niña? —se preguntó Julián—. Sea lo que sea, debe de estar muerto de frío.

Era una muchachita la que se acercaba, una criatura salvaje, con una masa de enmarañado y rizado pelo negro, una cara tan morena como una castaña y… ¡muy poca ropa! Llevaba unos sucios pantalones de chico y una blusa azul, que en otro tiempo pudo haber sido una camisa. Sus piernas estaban sucias y calzaba sus pies con unos viejos zapatones. Iba cantando mientras se acercaba, con una voz dulce y melodiosa que recordaba a un pajarillo.

De pronto, su perro rompió a ladrar y ella se calló inmediatamente. Le habló al perro, pero éste siguió ladrando en dirección a la cabaña, mientras el cordero saltaba sin cesar.

La muchacha se volvió hacia la casita y vio a Julián y a Dick. Entonces dio media vuelta y echó a correr por donde había venido. Julián la llamó a gritos.

—¡No te vayas! ¡No te haremos daño! ¡Mira, aquí hay un poco de carne para tu perro!

La niña se detuvo y miró a su alrededor, dispuesta para salir huyendo. Julián agitó un trozo de jamón que les había sobrado. El perrillo recibió el olor de lleno y se acercó corriendo ávidamente. Atrapó el trozo de carne con la boca y volvió a toda velocidad junto a la muchacha. Sin embargo, no intentó comérselo, sino que se mantuvo a la expectativa, mirando a su dueña.

Ésta se agachó ansiosamente y cogió el trozo de jamón. Lo partió por la mitad y entregó una parte al perro, que lo devoró en un instante. La otra mitad se la comió ella, sin apartar los ojos de los chicos. El cordero se acercó olisqueando y ella le rodeó el cuello

con su delgado brazo.

—¡Qué chiquilla más rara! —murmuró Julián a Dick—. ¿De dónde habrá salido? ¡Debe de estar completamente helada!

Dick la llamó:

—¡Oye! ¡Ven a hablar un rato con nosotros!

Cuando Dick gritó, ella dio un respingo y escapó. Pero no se alejó demasiado. Se escondió tras un matorral, atisbando de vez en cuando por entre las ramas.

—Coge galletas —dijo Julián a Dick— y ofrécele algunas. Es una pequeña salvaje. En efecto, Dick se llenó una mano de galletas y la agitó en alto, llamándola:

—¡Mira! ¡Galletas! ¡Aquí hay galletas para ti y para tu perro!

Pero sólo el cordero se acercó brincando. Era una adorable criatura, que se agitaba y rebullía constantemente. Trató de subirse a las rodillas de Dick y las lamió con su pequeño hociquillo.

—¡*Fany*, *Fany*! —gritó la chiquilla con voz alta y clara. El cordero intentó obedecer, pero Dick lo retuvo. ¡Parecía tener cincuenta patas!

—¡Ven a buscarlo! —chilló Dick—. ¡No vamos a hacerte nada!

Al parecer, la niña no quería dejar su cordero. Salió de los matorrales y dio unos pasos vacilantes en dirección a los muchachos. Por su parte, el perro corrió directamente hacia ellos, olisqueando sus manos en busca de más jamón. Julián le dio una galleta y él la mordió al instante, dirigiendo miradas suplicantes a su dueña como si le pidiera permiso para comérsela. Julián le acarició y él le lamió alegremente.

La muchachita se acercó. Tenía las piernas azuladas de frío. No obstante, a pesar de llevar tan poca ropa no temblaba. Julián le ofreció otra galleta. El perro saltó, la cogió limpiamente con la boca y la llevó corriendo a su ama. Los chicos se echaron a reír y la chiquilla sonrió de pronto, iluminándosele todo el rostro.

—¡Ven aquí! —la llamó Julián—. Ven a recoger tu corderito. Tenemos más galletas para ti y para tu perro.

Por fin la niña llegó junto a ellos, atenta como una liebre y presta para echar a correr a las primeras de cambio. Los muchachos aguardaron pacientemente hasta que la muchacha se hubo acercado lo bastante como para agarrar la galleta y retroceder a toda prisa.

Se sentó sobre una de las piedras negras que marcaban el camino y se comió la galleta, contemplando a los niños con sus grandes ojos negros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dick sin moverse, temiendo que, de hacerlo, ella escapara como un gamo asustado.

No pareció comprender. Dick repitió la pregunta hablando lentamente.

—¿Cómo… te… llamas…? ¿Cuál… es… tu… nombre?

—Yo… Aily —dijo. Señaló a su perro.

—*Dave* —afirmó, y el perro la cubrió de cariñosos lametones. Luego señaló al cordero que retozaba ahora en torno a los niños y añadió—: ¡*Fany*!

—¡Ah, muy bien! Aily, *Dave* y *Fany* —repitió solemnemente Julián, señalando a uno y a otro. Luego se señaló a sí mismo—: ¡Julián! —dijo, y a su hermano—: ¡Dick! —La muchachita lanzó una fuerte carcajada y de pronto rompió a hablar, soltando un largo discurso. Los chicos no consiguieron entender ni una palabra.

—Está hablando en galés, supongo —dijo Dick, desconcertado—. ¡Qué lástima! Suena muy bien pero no le encuentro ni pies ni cabeza a lo que dice.

Al darse cuenta de que no la entendían, la chiquilla frunció el ceño, como si pensara muy intensamente.

—Mi padre, arriba, con ovejas —explicó.

—¡Ah! Tu padre es un pastor —asintió Dick—. Pero tú no vives con él, ¿verdad? Aily consideró la pregunta y por último meneó la cabeza con gesto negativo.

—¡Abajo! —dijo señalando—. Aily, abajo. —Luego se volvió hacia el perro y el cordero y los abrazó—. *Dave*, mío —añadió orgullosamente—. *Fany*, mío.

—Un bonito perro y un bonito cordero —dijo Julián cortésmente. La niña sonrió encantada. De súbito, sin ninguna razón aparente, se levantó y echó a correr montaña abajo, desapareciendo con su perro y su cordero.

—¡Qué extraña criatura! —comentó Dick—. Parece un gnomo de los bosques o un duendecillo de las montañas. Casi esperaba que se convirtiera en humo o algo por el estilo. Parece que vive de un modo completamente salvaje, ¿no crees? Preguntaremos por ella a

la señora Jones cuando bajemos.

—¡Caray! Casi se ha puesto el sol —advirtió Julián, levantándose de forma apresurada—. Debemos guardarlo todo, doblar las mantas y cerrar. Levántate en seguida. Tan pronto como se ponga el sol oscurecerá muy de prisa y aún nos queda mucho camino.

No tardaron mucho en arreglar y cerrar cuidadosamente la casita. Luego bajaron a toda velocidad por el sendero. El sol casi había fundido toda la nieve y el camino era fácil. Los chicos se sentían alegres después de su día al aire libre y cantaban al andar hasta que se quedaron sin aliento.

—Allí está la granja —exclamó Dick. En verdad se alegraron mucho de verla. Sus piernas estaban fatigadas y se sentían ansiosos de comer algo y descansar en la cálida granja.

—Espero que *Jorge* se haya recuperado un poco y que no se haya marchado de la granja —dijo Julián con una risita—. ¡Nunca se sabe lo que puede pasar con *Jorge*! Supongo que le gustará lo de la cabaña. Le pediremos permiso a la señora Jones esta noche, cuando hayamos hablado con *Jorge* y Ana.

—Ya hemos llegado —gritó Dick alegremente cuando entraron en la casa—. ¡Ana! ¡*Jorge*! Estamos de vuelta. ¿Dónde estáis?



# Capítulo VII

DE NUEVO EN LA GRANJA

Ana llegó corriendo para recibir a Dick y Julián.

—¡Cuánto me alegro de que ya estéis de vuelta! —exclamó—. Empezaba a oscurecer y tenía miedo de que os hubierais perdido.

—¡Hola, *Jorge*! —saludó Julián al verla asomar detrás de Ana por el oscuro pasillo—. ¿Cómo está *Tim*?

—Bien, gracias —contestó *Jorge*. Su voz sonaba bastante alegre —. ¡Aquí llega!

*Tim* ladró fuertemente y saltó hacia los muchachos en señal de bienvenida. Estaba muy contento de verlos porque ya empezaba a temer que se hubieran vuelto a casa. Entraron en la sala, donde ardía alegremente un enorme fuego que caldeaba la habitación.

—¡Vaya! ¡Esto es estupendo! —exclamó Dick—. Ya no podía dar ni un paso más. Ni siquiera seré capaz de subir las escaleras para lavarme. ¡Hemos andado kilómetros y kilómetros!

Ambos contaron a las niñas su excursión. Cuando les hablaron del chalet de verano, las dos escucharon con gran atención.

—¡Qué pena! ¡Ojalá se me hubiera ocurrido ir con vosotros! —exclamó Ana ansiosamente—. *Tim* está ya casi bien, ¿verdad, *Jorge*? Hemos comprobado que sólo es un rasguño. Apenas si se ve ya.

—Es verdad. Pero de todas maneras me vuelvo a casa mañana —anunció *Jorge* con determinación—. Siento haber armado tanto jaleo esta mañana, pero creía sinceramente que *Tim* estaba malherido. Gracias a Dios no tenía importancia. Pero no quiero volver a correr riesgos. Si nos quedamos aquí, seguro que esos tres perros volverán a atacarle de un momento a otro. Hasta podrían matarle. No quiero estropear vuestras vacaciones, pero no me

puedo quedar aquí con *Tim*.

—Está bien, chica —la calmó dulcemente Julián—. No te lo tomes tan a la brava. ¿Ves? Ya estas tosiendo otra vez. ¿Sabéis una cosa? Dick y yo no hemos tosido ni una sola vez en todo el día.

—Pues yo tampoco —respondió Ana—. El aire de aquí es maravilloso… De todas formas, creo que me iré con *Jorge*, Julián. Estará muy triste allá sola en casa.

—Escuchad —interrumpió Julián—. Dick y yo hemos tenido una idea. Si lo conseguimos *Jorge* no tendrá que volver a casa mañana.

—Nada hará que me quede aquí —afirmó *Jorge* rotundamente—. ¡NADA!

—¡Escucha! Al menos déjame que te explique la idea que me he sacado de la manga —protestó Julián—. Es sobre la cabaña donde hemos estado hoy. Dick y yo hemos pensado que sería maravilloso irnos allí los cinco, solos, a pasar estos días, en lugar de quedarnos aquí. Estaríamos completamente solos, tal como nos gusta a nosotros.

—¡Maravilloso! —exclamó Ana, encantada. Los tres miraron a *Jorge* que sonrió de repente.

—Sí, sería estupendo. Me gustaría. No creo que esos perros suban hasta allí. ¡Y sería fabuloso estar solos!

—La señora Jones me ha contado que Morgan ha dicho que va a nevar mucho — explicó Ana a los otros—. O sea que nos podremos pasar el día fuera con los esquís y los trineos. *Jorge*, ¡que pena que *Tim* no pueda esquiar! Tendremos que dejarlo en la cabaña cuando salgamos.

—¿Creéis que la señora Jones nos permitirá ir? —inquirió Dick.

—Imagino que si —opinó Ana—. Me ha estado contando que, en verano, los niños van solos en grupo, mientras sus padres se quedan aquí tranquilamente. No veo porqué no habría de dejarnos a nosotros. Se lo podemos pedir cuando nos traiga la merienda- cena. No sabíamos cuando regresaríais, y *Jorge* y yo hemos comido tanto a mediodía, que sabíamos que no podríamos tomar el té.

—Bueno, pues a mí no me iría nada mal ahora una buena comida —replicó Julián con un enorme bostezo—. Me temo que lo único que me apetecerá después será irme a la cama y dormir y dormir… Me siento tan terriblemente cansado, que podría

dormirme ahora mismo. Supongo que vosotras habréis estado todo el día encerradas por culpa de *Tim*.

—No. Nos hemos turnado para pasear sin él —respondió Ana—. *Jorge* no le ha dejado ni asomar la nariz. Pobre *Tim*, no entendía nada de nada, y no hacía más que chillar.

—Da igual, ya se divertirá bastante si nos vamos a esa cabaña —dijo *Jorge*, que ahora se mostraba muy alegre—. Estoy segura, será divertidísimo.

—Julián, ven a lavarte —sugirió Dick viendo que a Julián se le cerraban los ojos—. ¡Julián! Levántate y ven a lavarte, te digo. No querrás perderte la cena…

Julián gruñó y se arrastró, literalmente, escaleras arriba. Pero una vez se lavó con agua fría se encontró mejor y con tanta hambre como Dick.

—No les hemos hablado a las niñas de aquella extraña chiquilla. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Aily. Ni de su perro *Dave*, y su cordero *Fany*. No debemos olvidarnos de preguntar por ellos a la señora Jones —dijo su hermano.

Bajaron más espabilados y se sorprendieron de ver la mesa puesta. Se acercaron y vieron lo que había para comer.

—Empanada de cerdo, casera, claro… —observó Dick—. ¿Qué es eso? ¡Ostras! Es un queso. ¡Qué grande! Huélelo, Julián. Tiene un olor como para lanzarte a comer a toda prisa. Y más pan casero. ¿Podemos empezar ya?

—No, os habéis olvidado de que hay huevos pasados por agua para el principio — dijo Ana riendo—. Y un pastel de manzana y crema para terminar. Espero que estéis verdaderamente hambrientos, porque si no…

Entró la señora Jones con una gran tetera parda llena de té caliente. Sonrió a los muchachos y colocó la tetera sobre la mesa.

—¿Habéis pasado un buen día en la montaña? —preguntó—. Tenéis los dos un aspecto muy saludable. ¿Encontrasteis el chalet en orden?

—Sí, muchas gracias —respondió Julián—. Señora Jones, es un chalet estupendo. ¿Sabe? Nosotros…

—Sí, sí, es muy bonito —le interrumpió la señora—. Es una verdadera lástima que las niñas no fueran con vosotros. ¡Con el

buen día que hizo! Y el perro no está herido en realidad. Pero las niñas quieren volverse a casa. ¡Nunca imaginé que pasaría algo como esto!

Parecía triste y ofendida y *Jorge* ponía cara de culpable. Julián dio unos golpecitos consoladores en el brazo de la anciana.

—No se preocupe por nosotros, señora Jones. Hemos tenido una idea maravillosa. Hemos pensado que lo que nos gustaría realmente sería ir a vivir a la cabaña, nosotros, los cinco. Así no la molestaríamos y *Tim* estaría fuera del alcance de los perros de la granja, ¿qué le parece? *Jorge* no necesitaría volver a casa como había planeado.

—¡Pero bueno! ¡Ir al chalet con este tiempo! ¡Qué ideas se os ocurren! —repuso la anciana—. Sería muy incómodo para vosotros, sin nadie para cuidaros y para daros gusto y para cocinaros. Además, con este frío… No, de ninguna manera…

—Estamos acostumbrados a cuidarnos solos —intervino Dick—. Lo hacemos de maravilla. Y la comida que hay allí bastaría para todo un ejército. Y tenemos tazas y platos, cuchillos y tenedores y todo lo que hace falta para las camas.

—Nos lo pasaríamos «bomba», señora Jones —añadió *Jorge* ansiosamente—. Yo no quiero de verdad irme a casa. Es tan bonito este sitio entre las montañas. Y si nieva, como dice su hijo Morgan, podríamos practicar los deportes de invierno.

—¡Por favor, diga que sí! —suplicó Ana—. Estaremos muy bien y muy felices allí. Le prometemos que bajaremos si no podemos arreglárnoslas o si algo va mal.

—Las cosas irán estupendamente bien —terminó Julián con su voz más formal.

—Bueno, habéis tenido una idea bastante rara —murmuró la señora Jones, que había sido cogida por sorpresa—. Tengo que consultarlo con Morgan. Ahora sentaos y comed. Morgan decidirá la cuestión.

Salió de la habitación meneando la cabeza y con la boca fruncida en un gesto de desaprobación. ¡Sin fuego, sin comidas calientes! ¡Sin nadie para cuidar de ellos! ¡Qué días tan horribles pasarían aquellos pobres niños en la cabaña con un tiempo semejante!

Los cinco se sentaron a devorar la espléndida comida que había sobre la mesa. *Jorge* dejó que *Tim* se acomodara en una silla y le fue dando pedacitos de su comida. Era un perro muy bien educado.

—Casi me da la sensación de que me va a ofrecer un plato de algo —dijo Ana con una risita—. *Tim*, querido, por favor, pásame la sal.

Y *Tim* puso de inmediato la pata sobre la mesa, exactamente como si fuera a obedecer el ruego de Ana. *Jorge* se la hizo retirar precipitadamente. ¡Vaya cena! La empanada era tan buena que todos repitieron de ella, así como de los huevos. Empezaron el queso, que les gustó mucho a todos, incluso a *Tim*. ¡Verdaderamente les quedaba muy poco sitio en el estómago para el pastel de manzana que trajo como postre la señora Jones!

—¡Vaya por Dios! Me olvidé por completo de que todavía quedaba el pastel de manzana —exclamó Ana desmayadamente cuando la viejecita entró con la bandeja del pastel de manzana y una jarra de crema.

—Señora Jones, cuando estuvimos en el chalet vimos una niña muy extraña —le contó Dick—. Dijo que se llamaba Aily y tiene un cordero y un…

—¡Aily! Es una criatura alocada —repuso la señora Jones mientras recogía los platos sucios—. Es la hija de un pastor, una verdadera pilluela. Se escapa de la escuela y se esconde en las montañas con su cordero y su perro. Siempre tiene un cordero que la sigue por todas partes. No hay una madriguera de conejos, una mata de zarzamoras o un nido que ella no conozca.

—Cantaba cuando la vimos —añadió Julián—. Cantaba como un pájaro.

—Sí, tiene una voz preciosa —convino la anciana—. Pero tan poco civilizada como un pájaro del campo. No se puede hacer nada con ella. Si le riñes desaparece durante semanas sin que nadie sepa en dónde se mete. No la dejéis rondar por el chalet cuando estéis allí. ¡Os robaría cuanto pudiese!

—¡El chalet! —saltó Dick con avidez—. ¿Es que ya ha hablado usted con Morgan?

—Desde luego. Y dice que sí, que vayáis. Él tampoco quiere problemas con los perros. Dice que es muy cierto que va a nevar,

pero que estaréis seguros allí y que podréis usar los trineos. Os ayudará a llevar el equipaje.

—¡Bárbaro! ¡Gracias! —exclamó Julián. Todos se miraron unos a otros sonrientes—. Muchas gracias, señora Jones. Nos iremos mañana, después del desayuno.

¡Mañana, después del desayuno, saldrían hacia la solitaria montaña! Ellos cinco, completamente solos. ¿Podría haber algo mejor?

# Capítulo VIII

## EL PEQUEÑO CHALET

Julián y Dick estaban tan cansados después de su día al aire libre y de todo lo que habían cenado que no conseguían mantener los ojos abiertos.

—¿Por qué no os vais a la cama vosotros dos? —les propuso Ana al verlos recostados en sus sillas después de que la señora Jones hubo retirado la mesa.

—Sí, creo que será lo mejor —convino Julián levantándose—. ¡Ay, mis piernas! Están tiesas como palos. Buenas noches, chicas. Buenas noches, *Tim*. Hasta mañana. ¡Si es que podemos despertarnos!

Ambos arrastraron los pies escaleras arriba hasta llegar a su habitación. *Jorge* y Ana se quedaron abajo charlando y leyendo. Y *Tim* se tendió junto al hogar, muy atento a la conversación, dirigiendo las orejas hacia Ana o hacia *Jorge*, según fuera la que hablaba. Este movimiento las hizo reír.

—Es exactamente como si le interesase mucho lo que decimos, pero tuviera demasiada pereza para intervenir en la conversación —exclamó Ana—. Oye, *Jorge*, no sabes cuánto me alegro de que por fin no te vayas a casa mañana. Sería la primera vez que hicieras algo por el estilo. Y habría tenido que irme contigo.

—No me hables más de eso —repuso *Jorge*—. Me siento bastante avergonzada, la verdad, por haber armado tanto jaleo. De todas maneras me moriría del susto si veo otra vez a uno de esos perros estando con *Tim*. ¡Qué suerte que a los niños se les haya ocurrido ir hoy a ese chalet, Ana! Si no, ni siquiera nos hubiéramos enterado de que existía.

—Sí, suena bastante divertido —asintió Ana—. Será mejor que nos acostemos ya, *Jorge*. Mañana es posible que nos cansemos bastante. Tendremos que subir a la montaña con todas nuestras cosas.

*Jorge* se acercó a la ventana.

—Está nevando muy fuerte —anunció—, tal como dijo Morgan. No me gusta demasiado ese Morgan. ¿Y a ti?

—Yo lo encuentro normal —replicó Ana—. ¡Y qué vozarrón tiene! Por poco me muero del susto cuando llamó a sus tres perros. Debe de tener la voz más fuerte del mundo.

—*Tim*, ¿tienes sueño? —dijo *Jorge* al ver que el perro abría la boca en un enorme bostezo—. ¿Cómo está tu cuello?

*Tim* ya estaba más que harto de que examinaran su cuello a cada momento. Sin embargo, se quedó quieto mientras *Jorge* le echaba otro vistazo.

—Se está curando muy de prisa. Mañana estarás perfectamente. ¿Te gustará que nos vayamos al chalet los cinco solos?

*Tim* le dio un cariñoso lametón y bostezó de nuevo. Se levantó y trotó hasta la puerta que conducía a la escalera, mirando a *Jorge* inquisitivamente.

—Ya vamos, ya vamos —respondió ésta riendo.

Ella y Ana apagaron la lámpara que había sobre la mesa y siguieron a *Tim* por la escalera. Entraron un momento en la habitación de los niños y vieron a Julián y a Dick profundamente dormidos.

—Ni un trueno los despertaría esta noche —comentó Ana—. Anda, vámonos a la cama. Hay un fuego precioso y voy a desnudarme delante de él. Apártate de la puerta, *Tim*, no quiero quedarme en la escalera toda la noche.

Por la mañana, todo apareció completamente blanco. Tal como Morgan había profetizado, la nieve había caído copiosamente durante la noche y el campo se hallaba cubierto de una gruesa capa blanca, que brillaba y relucía al débil sol de enero.

—¡Esto es lo que a mí me gusta! —exclamó Dick, encantado al asomarse a la ventana de su habitación—. Levántate, Ju, hace una mañana maravillosa. Tenemos que subir nuestras cosas al chalet, ¿recuerdas? ¡Anda, muévete!

La señora Jones les preparó un desayuno estupendo: huevos con jamón y salchichas.

—Ésta será la última comida caliente que toméis si subís a la cabaña —les dijo—. Aunque podréis cocer huevos en una pequeña cacerola, si la ponéis sobre la estufa de petróleo. Y, por favor, tened cuidado de no jugar junto a la estufa cuando esté encendida. Podríais tirarla y provocar un incendio.

—Tendremos cuidado —prometió Julián—. Mandaré para aquí al que se atreva a tocar la estufa. Así que ándate con ojo, *Tim*.

—¡Guau! —ladró *Tim* amistosamente. Estaba encantado con los preparativos de la marcha y olisqueaba sin parar de un lado a otro.

Los niños no iban a llevarse todo su equipaje, desde luego, pero la señora Jones les empaquetó una muda completa para cada uno, junto con sus pijamas más calientes y la ropa de más abrigo. Llevaban linternas y muchas cuerdas para arrastrar las cosas montaña arriba. También les entregó seis piezas de pan recién hecho, un enorme queso, tres docenas de huevos y bastante jamón. Así que iban verdaderamente bien provistos.

—Y os he puesto mantequilla. Va junto con el pan —anunció la anciana—. Y un gran pote de nata. Trataré de mandaros leche si baja el pastor. Pasa siempre junto al chalet cuando regresa a la montaña. Aquí sólo tengo medio litro, pero encontraréis muchas botellas de naranjada y limonada en la cabaña. Además, podéis hervir nieve si queréis cacao o té.

Se veía claramente que la señora Jones no tenía ni idea de las veces que los cinco se las habían arreglado solos. Ellos sonrieron y se guiñaron los ojos unos a otros, recibiendo en silencio sus consejos. La señora empaquetó incluso algunos huesos y galletas de perro para *Tim*.

—Aquí está Morgan —anunció la anciana cuando ya todo había sido colocado en un montón junto a la puerta, los esquís y trineos también—. Trae su «carreta de nieve» para llevar vuestro equipo.

La «carreta de nieve» era una simple carreta grande, pero con patines en lugar de ruedas, una especie de trineo alargado. Los niños apilaron en él los paquetes y dos maletas. Pensaban subir todos andando mientras no llegasen a algún lugar donde la nieve se hubiera reblandecido. *Tim* danzaba excitado en torno a ellos,

aunque tanto él como *Jorge* permanecían atentos por si aparecían los otros perros. Y *Tim* no se aventuraba a separarse demasiado de su ama.

Llegó el gigantesco Morgan, formando una nube de humo con su aliento. Saludó a los niños.

—Buenas —dijo. Y eso fue todo. Cogió las cuerdas de su gran trineo y se las pasó por los hombros.

—Yo tiraré de una —se ofreció Julián—. Es demasiado pesado para que lo arrastre una persona sola.

—¡Ja! —denegó Morgan ceñudo. Y echó a andar, con las dos cuerdas de la «carreta de nieve» sobre sus hombros. El trineo se deslizó fácilmente.

—Mi Morgan es tan fuerte como un toro —exclamó la señora Jones orgullosamente.

—¡Qué como un toro! ¡Como diez toros! —corroboró Julián. Le hubiera gustado ser tan fuerte y tan alto como el granjero de anchas espaldas.

*Jorge* no dijo nada. Todavía no había olvidado el desagradable comentario del granjero acerca del mordisco de *Tim* el día anterior. Siguió a los demás llevando sus esquís y saludó a la cariñosa señora Jones, que contemplaba ansiosamente su partida.

El camino se hacía largo, como ocurre siempre que se acarrean cosas. Morgan iba delante, arrastrando su enorme trineo con facilidad. Detrás, Julián tiraba de uno de los trineos y llevaba sus propios esquís. Dick le seguía con el otro trineo y también los esquís. Por último, las niñas cargaban sólo con sus esquís. *Tim* corría tan pronto delante como detrás de ellos. Se lo estaba pasando en grande.

Morgan caminaba en silencio. Julián le dirigió varios corteses comentarios. Recibió unos gruñidos como única respuesta. Observó con curiosidad al gigantesco y fuerte granjero, preguntándose a qué se debería su silencio. Parecía inteligente e incluso amable. ¡Pero se comportaba de una manera tan dura y áspera! Bueno, pronto se despedirían de él y quedarían a sus anchas.

Por fin llegaron al pequeño chalet. Las niñas corrieron hacia él encantadas. *Jorge* atisbo por la ventana.

—¡Qué encantadora es la casita por dentro! Mirad las literas.

¡Pero si hasta hay una alfombra en el suelo! Rápido, Julián, ¿dónde está la llave?

—La tiene Morgan —replicó Julián. Y todos aguardaron a que éste abriera la puerta.

—Muchísimas gracias por ayudarnos a traer las cosas. Fue muy amable de su parte —agradeció cortésmente Julián.

Morgan gruñó complacido.

—El pastor viene a veces —dijo con su profunda voz. Los cinco se quedaron muy sorprendidos al oírle una frase tan larga—. Puede traernos mensajes vuestros si queréis.

Y con esto dio media vuelta y descendió la montaña a grandes pasos. Parecía un gigante de un cuento antiguo.

—Es extraño —comentó Ana, mientras le veía bajar—. No sé si me gusta o no.

—¿Qué importa eso ahora? —replicó Dick—. Ven, Ana, chica, échame una mano. Hay mucho que hacer. ¿Por qué no vais *Jorge* y tú preparando las camas para esta noche?

A Ana le encantaban este tipo de faenas. A *Jorge*, en cambio, no le hacían ninguna gracia. Preferiría acarrear los bultos, como hacían los muchachos. Sin embargo, se dirigió con Ana a los armarios y examinó su contenido con interés.

—Están llenos de mantas, sábanas y colchas —enumeró Ana—. Y hay bastantes cacharros y cubiertos como para una docena de familias. Supongo que vienen montones de gente aquí en el verano. *Jorge*, yo me encargo de la comida si tú haces las camas.

—De acuerdo —accedió *Jorge*, y se fue a preparar las cuatro camas. Había seis literas colocadas en grupos de tres junto a ambas paredes. Pronto estuvo dedicada a trasladar sábanas y mantas, mientras Ana sacaba de los paquetes la comida que habían traído y la colocaba ordenadamente en los estantes de la alacena. Luego fue a mirar si la estufa tenía petróleo o no, porque haría frío por la noche.

—Sí, está llena —anunció—. La encenderemos por la noche. Porque supongo que pasaremos el día fuera mientras haya suficiente luz, ¿no es verdad, Dick?

—¡Claro! —repuso Dick, sacando algunas cosas de la maleta—. De todas maneras, aquí fuera hay un pequeño depósito de madera

en el que hay una reserva de petróleo y un jarro esmaltado. Me imagino que el jarro servirá para traer agua de algún riachuelo en verano. Ahora tendremos que derretir nieve si queremos agua. ¿Os falta mucho aún, Ana?

—No, ya casi hemos terminado —respondió su hermana—. ¿Queréis comer algo antes de salir? ¿O nos llevamos un poco de pan con jamón y luego, cuando volvamos, tomamos una buena comida?

—Será mejor que nos llevemos bocadillos —sugirió Julián—. No quiero perder tiempo en comer. Así que prepara algunos bocadillos, porque pronto tendremos hambre. También podríamos llevarnos algunas manzanas.

Pronto estuvieron dispuestos los bocadillos y los niños se llenaron los bolsillos de manzanas. *Tim* saltaba a su alrededor lleno de alegría.

—No te hará tanta gracia cuando te caigas en la nieve, *Tim* —le advirtió Dick—. ¿Tú crees que le gustará bajar la montaña en trineo, *Jorge*?

—Claro que sí —asintió *Jorge*—. ¿Verdad, *Tim*? ¿Estamos listos? Anda, Ju, cierra la puerta y vámonos.



# Capítulo IX

UNA HISTORIA SINGULAR

Los niños no tocaron los esquís durante el primer día. Por una parte, la nieve no estaba lo suficientemente lisa y, por otra, se sentían ansiosos por deslizarse a gran velocidad con sus trineos. Dick llevaba a *Jorge* en el suyo y Julián a Ana. *Tim* se negó a subir a ninguno de los dos.

—¡Os echamos una carrera hasta abajo! —anunció Julián—. Uno… dos… y tres, ¡ya!

Y se lanzaron montaña abajo a toda velocidad. Casi volaban sobre la limpia e inmaculada nieve, riendo y gritando.

Julián y Ana ganaron fácilmente, porque el otro trineo tropezó con una raíz o un arbusto oculto bajo la nieve que había surgido de pronto. Dick y *Jorge* cayeron de cabeza y quedaron sentados, pestañeando y escupiendo la nieve que se les había metido en la boca.

*Tim* estaba terriblemente excitado. Bajaba dando volteretas detrás de los trineos y ladrando desaforadamente. Se asombró aún más al ver salir volando a *Jorge* y a Dick cuando su trineo tropezó. Se acercó a ellos y empezó a retozar a su alrededor, a lamerlos y a saltar sobre ellos de un modo exasperante.

—¡Lárgate, *Tim*! —protestó Dick que, al tratar de levantarse, había sido empujado por el excitado perro—. Vete a darle la lata a *Jorge* y déjame a mí. ¡Llámale, *Jorge*!

Tener que arrastrar los trineos cuesta arriba suponía un trabajo pesado. ¡Pero la emoción de volar sobre la nieve compensaba todas las cuestas! Los cuatro niños pronto tuvieron el rostro ardiendo y los miembros agarrotados. Les hubiera gustado poder librarse de los

abrigos y las bufandas.

—No seré capaz de subir el trineo ni una sola vez más —aseguró Ana por fin—. De verdad que no puedo. Tendrás que subirlo tú solo, Julián, si quieres bajar otra vez.

—Como querer, claro que quiero. Son mis piernas las que no quieren subir la montaña otra vez —repuso Julián jadeando—. ¡Eh, Dick! Ana y yo ya tenemos bastante. Nos quedamos aquí en esta pendiente para comernos nuestros bocadillos. Aquí os esperamos.

Los otros se reunieron con ellos muy pronto. También *Tim* se alegró de descansar. Le colgaba la rosada lengua y su aliento salía como una pequeña neblina. Al principio se había extrañado de este raro humo qué salía continuamente de su boca, mas en vista de que a todos les ocurría lo mismo ya no se preocupaba.

Los cinco se acomodaron en la cima de la pendiente y comieron llenos de apetito sus bocadillos, agradeciendo el descanso. Julián los contempló a todos.

—¡Qué lástima que mamá no nos vea ahora! Estamos estupendamente. Y nadie ha tosido ni una sola vez. Aunque apuesto a que mañana todos tendremos agujetas.

Dick estaba observando la montaña de enfrente, un escarpado saliente que alcanzaba poco más o menos mil metros de altura.

—Mira, allí está el edificio que te señalé ayer —dijo a Julián—. ¿No es una chimenea lo que asoma por encima?

—Tienes una vista extraordinaria —alabó *Jorge*—. Nadie sería capaz de ver una casa a esa distancia, cubierta por la nieve, además.

—¿Nos hemos traído los gemelos? —preguntó Julián—. ¿Dónde están? Con ellos veremos en seguida si es una casa o no.

—Los dejé en el armario —dijo Ana levantándose—. ¡Ay! Estoy completamente tiesa. Voy a buscarlos.

Pronto volvió con los gemelos y se los tendió a Dick. Éste miró a través de ellos y los ajustó hasta que quedaron perfectamente enfocados.

—Sí, es una casa. Estoy casi seguro de que se trata de «Viejas Torres». ¿Os acordáis? Donde fuimos a parar por equivocación hace dos noches.

—Déjame mirar —pidió Ana—. Me parece que yo puedo reconocerlas. Vi un momento las torres al tomar una curva en el

camino de la montaña. —Miró a través de los gemelos y añadió—: Sí, estoy segura de que ése es el sitio. ¡Qué extraño!, ¿verdad? Con aquel antipático aviso y el perro ladrando tan furioso. Y no había nadie por allí. ¡Qué solitaria debe sentirse la señora que vive en esa casa!

De pronto, mientras empezaban a comerse las manzanas, *Tim* empezó a ladrar. Se levantó y miró hacia el camino que conducía montaña arriba.

—Quizá sea Aily, aquella chiquilla tan divertida —sugirió Julián, esperanzado.

Pero no lo era. Era una mujer pequeñita y nerviosa, aseadamente vestida, con un chal sobre la cabeza, que caminaba rápidamente.

No pareció muy sorprendida al ver a los niños. Se detuvo y saludó.

—Vosotros debéis de ser los niños de los que me habló anoche mi Aily. ¿Estáis en el chalet de los Jones?

—Sí —respondió Julián—. Primero estuvimos en la granja. Pero nuestro perro no se entendía con los otros, así que nos vinimos para aquí. ¡Y esto es fabuloso! Tiene una vista maravillosa.

—Si veis a mi Aily, decidle que no se quede fuera esta noche —pidió la mujer, envolviéndose más en su chal—. ¡Ella y su cordero! Está tan loca como la anciana de aquella casa —y señaló a «Viejas Torres».

—¿Sabe usted algo sobre ese lugar? —quiso saber Julián inmediatamente—. Cuando vinimos, el coche se extravió. Llegamos allí y…

—Y seguro que no entrasteis —repuso la madre de Aily—. ¡Carteles en la puerta y demás! Y pensar que antes iba yo allí tres veces por semana y sólo recibía amabilidades. Ahora, en cambio, la anciana señora Thomas no vería un alma si no fuera por los amigos de su hijo. ¡Pobre señora! Dicen que está fuera de sus cabales. Tiene que estarlo, porque si no me hubiera llamado. La he servido durante muchos años.

Todo aquello era muy interesante.

—¿Por qué han puesto ese letrero de «Se prohíbe el paso» en la puerta? —preguntó Julián—. Además, aquel perro tan salvaje.

—Bueno, señorito. También a algunos de los amigos de la anciana dama les gustaría saber lo que ocurre —dijo la mujer—. Pero nadie puede hacer nada. Es un lugar muy extraño. Se oyen ruidos por la noche y gritos. Y se ven raros humos y…

Julián pensó que todo aquello no era sino un cuento de viejas inventado por los aldeanos porque temían lo que pudiera ocurrir en el caserón. Sonrió.

—Puede usted reír lo que quiera, hombrecito —comentó la mujer, enojada—. Pero desde octubre pasado están sucediendo cosas muy extrañas. Y lo que es más, han venido camiones a altas horas de la noche. Para qué, me gustaría saberlo. Si me lo preguntan, creo que se han estado llevando las pertenencias de la pobre anciana, muebles, cuadros y esas cosas. ¡Pobre señora! Es tan dulce y tan amable… ¡Y sabe Dios lo que le estará ocurriendo!

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se los enjugó rápidamente.

—No debería haberos contado todo esto. Ahora os dará miedo dormir aquí solos por la noche.

—No se preocupe, no tendremos miedo —aseguró Julián, divertido al pensar que una historia de aldeanos pudiera asustarlos —. Háblenos de Aily. ¿No tiene frío yendo por ahí con tan poca ropa?

—¡Esa cría! ¡Es un demonio! —dijo la madre de Aily—. Corre por las montañas como una salvaje, hace novillos en la escuela, se va a ver a su padre por muy lejos que esté pastoreando las ovejas y no vuelve a casa por las noches. Si la veis, podéis decirle de mi parte que le espera una buena azotaina si no vuelve a casa esta noche. Es como su padre. Le gusta estar sola, hablar con los corderos y los perros como si fueran personas. ¡En cambio, a mí no me dirige la palabra!

Los niños empezaban a sentirse incómodos y desearon no haber hablado con aquella mujer gruñona y charlatana. Julián se levantó.

—Bueno, si vemos a Aily le diremos que vuelva a casa. Pero no le hablaremos de la paliza, porque entonces seguro que no querría volver a casa. Si pasa usted por la granja, ¿sería tan amable de decirle a la señora Jones que estamos bien y que nos divertimos mucho? Le quedaremos muy agradecidos.

La mujer agitó la cabeza y, murmurando algo que no se

entendió, bajó la montaña tan de prisa como la había subido.

—Dijo cosas bastante extrañas —murmuró Dick cuando hubo desaparecido—. ¿Qué tontería es esa historia de aldea que nos contó? ¿O crees que habrá algo de verdad en ella, Ju?

—¡Bah! Una leyenda, nada más —aseguró Julián, comprendiendo que a Ana no le había gustado demasiado—. ¡Qué familia más rara! Un pastor que se pasa la vida en las montañas, una niña que vaga por el país con un perro y un cordero y una madre que se detiene a contar desagradables historias a los extraños.

—Está oscureciendo —advirtió Dick—. Creo que lo mejor será que entremos y encendamos la luz y la estufa para calentar la cabaña. Estaremos más cómodos. Yo ya he cogido frío de pasar sentado aquí fuera tanto tiempo.

—Bueno, pues no empieces a toser o te mando a la granja —le amenazó Julián—. ¡Adentro, *Tim*! ¡Vamos!

En un momento estuvieron todos en la casita, con la estufa calentándolos y la lámpara despidiendo una brillante luz.

—Juguemos a algo —propuso Dick—. Y luego tomaremos una especie de merienda-cena. Podemos jugar a las cartas, un juego que sea bien divertido, como al «burro» o algo por el estilo.

Se sentaron a jugar y pronto Dick se deshizo de todas sus cartas. Bostezó y se acercó a la ventana, mirando hacia la oscuridad. Durante un minuto permaneció observando sorprendido. Después habló a los otros sin volverse.

—¡De prisa! ¡Venid todos! Decidme qué pensáis de ESO. ¡Nunca he visto nada tan extraordinario! ¡De prisa!



# Capítulo X

## EN MEDIO DE LA NOCHE

—¿Qué es, Dick? ¿Qué es lo que ves? —chilló *Jorge*, soltando sus cartas al oír el grito de Dick. Julián corrió junto a él, imaginando toda clase de cosas. Ana también acudió, mientras *Tim* la lamía excitado. Todos miraron por la ventana. Ana parecía un poco asustada.

—¡Ha desaparecido! —anunció Dick con disgusto.

—Pero, ¿qué era? —quiso saber *Jorge*.

—No lo sé. Estaba allí, en la ladera opuesta, cerca de «Viejas Torres» —repuso Dick—. No sé cómo describirlo. Era como… como un arco iris. No, no era así exactamente… ¿Cómo os lo podría explicar?

—Pruébalo —apremió Julián, excitado.

—Bueno, dejadme pensar… Por ejemplo, cuando hace mucho calor, el aire resplandece, ¿verdad? —explicó Dick—. Pues eso es lo que vi en la montaña. Subió hacia el cielo y luego desapareció. ¡Un resplandor!

—¿De qué color? —inquirió Ana, asombrada.

—No lo sé. Parecía de todos los colores —aseguró Dick—. Todavía no consigo describirlo. Es algo que nunca había visto antes. Apareció de repente, se elevó hacia el cielo y desapareció. Eso es todo.

—¡Vaya! Es lo que dijo la madre de Aily: humos y resplandores —comentó Julián recordando—. ¡Cielos! Así que lo que nos dijo no era sólo un cuento. Había algo cierto en ello. Pero, ¿qué diablos puede ser ese resplandor?

—¿No sería mejor volver a la granja y explicarlo? —inquirió

Ana, esperanzada. No le apetecía demasiado quedarse aquella noche en el chalet.

—¡No! Probablemente ya conocen la historia —aseguró Julián —. Además, esto es emocionante. Podemos tratar de averiguar algo más. Desde aquí podemos observar «Viejas Torres» fácilmente. Es uno de los pocos sitios desde los cuales se domina ese caserón. A vuelo de pájaro, hay menos de un kilómetro, aunque por carretera hay mucho más.

Todos volvieron a observar la montaña de enfrente. De momento no podían ver nada, pero esperaban que pasara algo. Sin embargo no sucedió nada. El cielo aparecía negro como la boca de un lobo porque estaba cubierto de nubes. Y la montaña ya no se veía.

—Bueno, ya estoy harta de observar la oscuridad —dijo Ana dando media vuelta—. Sigamos jugando.

—De acuerdo —asintió Julián.

Se sentaron de nuevo. Dick contemplaba el juego de los otros, pero, de cuando en cuando, echaba una ojeada a la oscuridad exterior a través de la ventana.

Ana fue la siguiente en emparejar sus cartas. Se levantó y se dirigió a la alacena de las provisiones.

—Me parece que voy a empezar a preparar la comida. Tomaremos huevos pasados por agua para empezar. Después pondré agua a hervir y haré cacao, ¿o preferís té?

—Cacao —dijeron todos, y Ana sacó el pote.

—Voy a buscar nieve para derretirla —anunció.

—Ahí junto a la puerta hay nieve limpia —señaló Dick—. Oye, Ana, espera un momento. No te hace ninguna gracia salir a la oscuridad, ¿verdad? Iré yo. Si me oís gritar, ya sabréis que algo pasa.

*Tim* salió con él para alivio de Ana. Sostenía la tetera, esperando la nieve. De pronto se oyó un gran chillido.

—¿Qué es eso?

Ana dejó caer la tetera, que chocó contra el suelo, sobresaltando a los otros dos violentamente. Julián corrió a la puerta.

—Dick, ¿qué ha pasado?

Dick apareció en el umbral haciendo una mueca, con *Tim* a su lado.

—Nada de importancia. Siento haberos asustado. Pero es que cuando estaba cogiendo nieve en aquel rincón, algo corrió hacia mí y tropezó conmigo.

—¿Qué era? —inquirió *Jorge* estremeciéndose—. ¿Y cómo es que *Tim* no ha ladrado?

—Porque sabía que era algo inofensivo —repuso Dick guiñando el ojo—. Toma, Ana, aquí tienes la nieve para la tetera.

—¡Dick! No seas pesado —exigió *Jorge*—. ¿Quién estaba ahí fuera?

—Bueno, en realidad no pude ver mucho porque había dejado la linterna en el suelo para coger la nieve —explicó Dick—. Pero estoy casi seguro de que era *Fany*, el cordero. Se marchó antes de que pudiera llamarle. ¡Me llevé un susto fenomenal!

—¡El cordero *Fany*! —repitió Julián—. Eso quiere decir que la pequeña Aily anda por aquí. ¿Qué diablos puede estar haciendo en la oscuridad a estas horas de la noche?

Abrió la puerta y gritó:

—¡Aily, Aily! Si estás ahí, ven con nosotros. Te daremos algo de comer.

No hubo respuesta. Nadie salió de la oscuridad, ni apareció el corderillo retozando.

*Tim* permanecía junto a Julián, observando las tinieblas con las orejas enhiestas. Se había sorprendido cuando el corderito llegó trotando en la oscuridad y estuvo a punto de ladrar. Pero, ¿quién iba a ladrar a un cordero? *Tim.*, no. ¡Desde luego!

Julián cerró la puerta.

—Si esa cría anda por ahí en esta noche tan fría, vestida sólo con las pocas ropas que llevaba ayer, estoy seguro de que se morirá de un resfriado —aventuró—. Anímate, Ana, y por todos los diablos no te asustes si oyes un ruido fuera o ves una cara atisbando por la ventana. ¡Sólo será esa criatura loca, Aily!

—No me hace la menor gracia ver caras por las ventanas, tanto si es Aily como si no —aseguró Ana, poniendo la nieve en el cacharro—. Debe de estar completamente loca, vagando por esas montañas nevadas, en medio de la noche y sola. No me extraña que su madre estuviera enfadada.

No tardaron mucho en estar todos sentados alrededor de la

mesita, consumiendo una agradable cena. Huevos pasados por agua, preparados aquella misma mañana, queso y pan con mantequilla y un tarro de compota que encontraron en la alacena. Bebieron humeantes tazones de cacao caliente, en cada uno de los cuales Ana había disuelto una cucharada de nata.

—Ningún rey ni reina del mundo han podido disfrutar de su comida más de lo que yo lo he hecho con la mía —afirmó Dick—. Ana, puedo sacar la leche y la nata afuera. Así se conservarán siglos y siglos.

—De acuerdo. Pero, por favor, ten cuidado de no dejarlas al alcance del cordero, suponiendo que fuera de verdad un cordero lo que chocó contigo— suplicó Ana—. Y no vuelvas a gritar, si puedes.

De todos modos, Dick no vio nada esta vez. Nadie se acercó ni tropezó con él.

¡Estaba bastante decepcionado!

—Lavaré los platos y las tazas mañana con un poco de nieve —anunció Ana—. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros levantados? Ya sé que es prontísimo todavía, pera yo estoy medio dormida. ¡El aire de aquí es tan especial…!

—Está bien. Vamos a acostarnos —dijo Julián—. Estas dos literas son para vosotras. Nosotros nos quedaremos con aquéllas. ¿Dejamos la estufa encendida o no?

—Sí —opinó Dick—. Esto se quedaría como una nevera en cuanto la apagáramos.

—Yo también la prefiero encendida —convino Ana—. Porque, con todos esos resplandores y golpes y chillidos, me sentiré mejor con una luz en la habitación, aunque no sea más que la de la estufa.

—Ya sé que os creéis que es mentira lo de mis «resplandores» —intervino Dick—. ¡Pero os juro que fue verdad! Y apuesto a que todos los veremos otra vez antes de irnos del chalet. Buenas noches, niñas, me voy a la cama.

A los pocos minutos las literas crujían mientras los niños se instalaban en ellas. No eran tan cómodas como una cama, pero no se estaba mal en ellas. La litera de *Jorge* crujía mucho más que las otras.

—Seguro que tienes a *Tim* en tu litera. ¡Vaya jaleo que armáis! —advirtió Ana con voz de sueño—. Bueno, me alegro de estar

encima de vosotros y no debajo, *Jorge*. Seguro que *Tim* se cae durante la noche.

Uno a uno se fueron durmiendo. La estufa ardía con un ruidito constante. El fuego había perdido fuerza y las sombras cubrían el techo y las paredes. De pronto algo hizo que *Tim* irguiera sus orejas, mientras dormía a los pies de *Jorge*. Primero alzó una y luego la otra. De súbito se levantó y gruñó quedamente. Nadie se despertó. Todos estaban sumidos en el más profundo sueño.

*Tim* gruñó una y otra vez. Por fin ladró secamente: ¡Guau!

Todos se despertaron de inmediato. *Tim* ladró de nuevo y *Jorge* le puso la mano encima.

—¡Chist! ¿Qué pasa? ¿Hay alguien aquí, *Tim*?

—¿Qué le pasa, lo sabes? —preguntó Julián desde el otro extremo de la habitación. Ninguno oía o veía nada extraordinario. ¿Por qué ladraba *Tim* entonces?

La estufa todavía ardía, reflejando un pequeño círculo de luz amarilla sobre el techo. Producía un ruidito confortante, como un burbujeo. No se oía nada más.

—Puede ser alguien que ronde por ahí fuera —sugirió Dick por último—. ¿Dejamos que *Tim* vaya a ver?

—No. Será mejor que nos acostemos otra vez, a ver si vuelve a ladrar —decidió Julián—. Por lo que sabemos, puede haber sido un ratón que cruzara la habitación. *Tim* le ladraría con la misma fuerza que ladraría a un elefante.

—Tienes razón —corroboró *Jorge*—. De acuerdo. *Tim*, acuéstate tú también. ¡Por los santos! Si hay un ratón en algún sitio, déjalo jugar en paz. ¡No nos despiertes!

*Tim* le lamió la cara. Mantuvo las orejas erguidas durante un rato. Los demás se durmieron, excepto Ana. Permaneció con los ojos abiertos, preguntándose qué es lo que habría asustado a *Tim*. ¡Estaba segura de que no se trataba de un ratón! Así que fue Ana la que oyó de nuevo el ruido. Primero pensó que eran imaginaciones suyas, como le sucedía a veces cuando estaba acostada y la habitación permanecía en silencio. Pero pronto se convenció de que no eran tales imaginaciones. ¡El ruido era real! ¡Pero qué ruido más extraño!

«Es como un profundo quejido», pensó Ana, sentándose en su

litera. *Tim* lanzó un suave gruñido, como para advertir que él también lo estaba oyendo. «Una especie de trueno. Pero se oye muy, muy lejos, y hacia abajo, no por encima de mí».

El ruido aumentó ligeramente y *Tim* gruñó de nuevo.

—Está bien, *Tim* —susurró Ana—. Deben ser truenos, una tempestad. Pero está lejana.

¡Pero entonces empezó el temblor! Aquello era algo tan asombroso que Ana no sabía qué pensar. Primero creyó que era ella misma la que temblaba de frío. Pero no. También su litera vibraba cuando puso la mano en la parte de madera. Realmente asustada, llamó a gritos:

—¡Julián! ¡Dick! Despertad. Está ocurriendo algo muy extraño. ¡Despertad!

Y *Tim* rompió a ladrar con progresiva fuerza. ¡Guau, guau, guau! ¡GUAU, GUAU, GUAU!

# Capítulo XI

OCURREN COSAS EXTRAÑAS

Todos se despertaron con los gritos de Ana. Medio dormido aún, Julián creyó que estaba en su cama y saltó fuera, olvidando que se hallaba en la litera de arriba. Aterrizó con estrépito en el suelo, alarmado y dolorido.

—¡Caramba, Ju! No te acordaste de que estabas en la litera —exclamó *Jorge*, medio asustada, medio divertida—. ¿Te has hecho daño? Ana, ¿qué ocurre? ¿Por qué has gritado? ¿Has visto alguna cosa?

—No. He oído y he sentido algo raro —explicó Ana. Se alegraba mucho de que todos estuvieran despiertos—. También *Tim*. Ahora ya se ha terminado.

—Sí, pero, ¿qué era? —inquirió Julián. Sentado en el borde de la litera de Dick, se frotaba la rodilla que se había golpeado al caer.

—Era… un… un… una especie de retumbar muy fuerte y muy lejano —expuso Ana. Un retumbar a lo lejos y hacia abajo. Y luego una especie de… de temblor. El borde de mi litera se movía cuando lo toqué. No puedo explicarlo bien. Estaba terriblemente asustada.

—Parece como si hubiera sido un pequeño terremoto —comentó Dick, preguntándose si Ana no lo habría soñado—. De todos modos ahora no se oye ni se siente nada, ¿verdad? ¿Estás segura de no haber soñado todo eso, Ana?

—¡Segurísima! —replicó Ana—. Yo…

¡Y justamente entonces empezó de nuevo! Primero como un quejido, un ruido sordo tal como Ana había dicho, sonando hacia abajo, y luego la igualmente extraña vibración. Penetró en sus cuerpos hasta que todos comenzaron a temblar sin poder detenerse.

—Es como si estuviéramos temblando de pies a cabeza —exclamó Dick—. Como si tuviéramos un pequeño motor en marcha dentro de nosotros.

—¡Sí! Eso es —convino *Jorge*—. ¡Sopla! ¡Cuando pongo la mano sobre *Tim* noto sus sacudidas como si tocara un aparato eléctrico! Acordaos de que siempre vibran…

—¡Se acabó! —anunció Dick en el momento en que *Jorge* acababa de hablar—. Ya no hay vibración. Ha parado de repente. Y tampoco oigo ningún ruido. ¿Y vosotros?

Todos se dieron cuenta de que tanto el temblor como el ruido habían terminado.

¿Qué diablos podía ser aquello?

—Debe de estar relacionado con aquel curioso resplandor que vi antes sobre

«Viejas Torres» —recordó Dick—. Voy a mirar por la ventana que da a la montaña de enfrente para ver si está allí de nuevo.

Saltó de su litera y fue hacia la ventana. En seguida gritó:

—¡Venid a mirar! ¡De prisa, venid a mirar!



Todos, incluido *Tim*, corrieron a la ventana. El perro se sostuvo sobre sus patas traseras apoyado en el alféizar. ¡Realmente era un extraño espectáculo el que se ofrecía a la vista!

Sobre la montaña opuesta había una nube, una extraña niebla brillante, que resplandecía en la oscuridad de la noche. Se mantenía

compacta y no se extendía como la niebla común.

—¡Mirad eso! —gritó Ana, maravillada—. ¡Qué color tan extraño! Ni rojo, ni azul, ni amarillo, ni naranja. ¿Qué color es ese?

—Nunca lo había visto —aseguró Julián solemnemente—. Esto es verdaderamente extraño. ¿Qué está pasando aquí? No me asombra que la madre de Aily nos contara todas aquellas historias. ¡Al parecer tienen un fundamento! ¡Será mejor que mañana investiguemos un poco!

—Es curioso que tanto el resplandor que vi como la nube estén sobre «Viejas Torres» —comentó Dick—. ¿No podría ser que estuviera pasando algo extraño en esa casa?

—De ninguna manera —replicó Julián—. ¿Qué podría ocurrir allí que nos hiciera sentir los efectos aquí, en el chalet? Por ejemplo, ¿cómo íbamos a sentir aquí el temblor? ¿Y cómo demonios podríamos oír un retumbar que no es del trueno a un kilómetro de distancia? Aunque desde luego no era ningún trueno.

—La niebla se va —señaló Ana—. ¡Mirad! Está cambiando de color. No, sólo se está desvaneciendo. ¡Ya se ha ido!

Se quedaron mirando un poco más, hasta que Julián sintió que Ana temblaba violentamente a su lado.

—¡Estás helada! —exclamó—. Venga, vuelve en seguida a la cama. ¡No querrás pillar otro catarro! Esto es muy extraño. ¡Palabra! Bueno, supongo que tiene que haber una explicación para todo esto. Probablemente hay minas por aquí alrededor y trabajan de día y de noche.

—Ya lo averiguaremos —concluyó Dick.

Se volvieron a las literas, sintiendo mucho frío. Julián dio más fuerza a la estufa para que se caldease un poco la habitación.

*Jorge* se abrazó a *Tim* y pronto entró en calor. Pero los otros permanecieron despiertos, intentando calentarse de nuevo las manos y los pies. Julián estaba asombrado. Así que, al fin y al cabo, había mucho de cierto en la historia de aquella mujer.

Al día siguiente se despertaron tarde, ya que estaban agotados por los ejercicios de la tarde y por las emociones de la noche. Julián se apresuró a saltar de su litera al comprobar que ya eran las nueve menos diez y se vistió a toda prisa llamando a los otros. Después salió en busca de nieve para derretirla en la tetera.

Ana fue la segunda en levantarse y se apresuró a preparar algo de comer, así que el desayuno pronto estuvo listo: huevos duros, jamón, pan con mantequilla y compota y cacao caliente. Al cabo de un rato se hallaban todos comiendo y charlando, comentando los sucesos de la noche, que ya no parecían tan extraños a la luz del día, con la nieve brillando y un sol que trataba de asomarse entre las nubes.

Estaban aún comiendo y hablando cuando *Tim* corrió a la puerta y empezó a ladrar.

—¿Y ahora qué pasa? —inquirió Dick.

¡Entonces un rostro asomó por la ventana! Era un rostro muy personal. Se mostraba lleno de arrugas y hoyuelos, como el de un viejo, pero al mismo tiempo parecía el de un joven. Los ojos eran tan azules como el cielo de verano. Se trataba de una cara de hombre, con una barba y unos bigotes largos y descuidados.

—¡Qué gracioso! Parece exactamente uno de los profetas de la Biblia —comentó Ana, algo asustada—. ¿Quién será?

—Supongo que será el pastor —dijo Julián dirigiéndose a la puerta—. Le invitaremos a una taza de cacao. Quizá nos aclare algunas cosas. —Abrió la puerta—. ¿Es usted el pastor? Entre. Estamos desayunando. ¿Quiere usted acompañarnos?

El pastor entró y sonrió. Al hacerlo, aparecieron muchas más arrugas en su rostro curtido por el sol. Julián se preguntó si hablaría inglés o solamente galés. Era un hombre agradable, alto y delgado y sin duda alguna mucho más joven de lo que aparentaba.

—Es muy amable, señorito —dijo, mientras se quedaba de pie, apoyado en su bastón.

Ana pensó de pronto que debían de haber existido hombres como aquel en toda la historia del mundo, desde que se domesticaron las ovejas y se necesitaron pastores. El pastor hablaba lentamente, ya que las palabras inglesas no le resultaban familiares.

—¿Queréis mandar… mandar un recado a la granja? —preguntó con el suave acento galés, tan agradable al oído.

—Sí, por favor. Lleve un mensaje a la granja —dijo Julián tendiéndole pan con mantequilla y un plato de queso—. Sólo dígales que todo va bien.

—Todo va bien, todo va bien —repitió el pastor y rehusó la

comida—. No, no tengo gana. Pero sí que beberé y mucho os agradeceré porque fría es la mañana.

—Pastor —inquirió Julián—, ¿oyó usted anoche aquellos extraños ruidos, como quejidos y retumbos, y sintió los temblores y vio la niebla de color, allá, en la montaña?

El pastor escuchaba atentamente, tratando de comprender las extrañas palabras inglesas. Al fin entendió que Julián le preguntaba algo sobre aquella montaña. Bebió un sorbo de cacao y mirando hacia allí dijo:

—Siempre ha sido un monte extraño. —Hablaba muy despacio, pronunciando de un modo raro algunas palabras, lo que hacía difícil entenderle—. Mi abuelo decía que un perro estaba allí abajo gruñendo por la comida, y mi «buela» decía que vivían brujas y que gritaban y que «fumo» salía y…

—¿«Fumo»? ¿Qué significa eso? —interrumpió *Jorge*.

—Significa «humo», supongo —repuso Julián—. No interrumpáis. Dejadle hablar, que es muy interesante.

—El «fumo» subía y lo veíamos en el cielo —siguió el pastor con la frente contraída por el esfuerzo de usar unas palabras que no le eran familiares—. ¡Y aún viene, jovencitos, aún viene! El enorme perro gruñe, las brujas cocinan en sus marmitas y el «fumo» sube.

—Oímos gruñir al perrazo anoche y vimos el humo de las brujas —dijo Ana impresionada por las explicaciones que daba el pastor con su suave voz.

El hombre la miró y sonrió.

—Sí, sí. Pero ahora el perro es mucho peor y las brujas son más malas, más «perversas», mucho más «perversas»…

—¿Más perversas? —repitió Julián—. ¿Cómo es eso? El pastor agitó la cabeza.

—No soy inteligente, conozco pocas cosas: mis ovejas, el viento y el cielo, pero sé que esta montaña es más «perversa», sí, más «perversa». ¡No cerca de ella vayáis, jovencitos! Por allí el arado no ara, la azada no cava y de nada sirven las herramientas.

Sonaba casi como un trozo sacado del Antiguo Testamento. Los niños lo escuchaban con solemnidad. ¡Qué hombre más extraño e impresionante! ¡Y, sin embargo, sólo era un pastor!

«Es natural —pensó Julián observándole—. No tiene

absolutamente nada que hacer excepto pensar y pensar todas las horas que permanece vigilando las ovejas. No me extraña que diga cosas tan extraordinarias. Pero, ¿qué quiere decir con eso de que los arados no aran los campos?».

El hombre dejó su taza sobre la mesa.

—Me voy —anunció—. Le daré vuestro recado a la señora Jones. Y gracias por vuestra amabilidad. ¡Adiós!

Salió con gran dignidad y los niños le contemplaron por la ventana mientras se alejaba a grandes zancadas, con la barba volando al viento.

—¡Caramba! —exclamó Dick—. ¡Vaya un personaje! Casi me parecía estar en la iglesia escuchando al predicador. Me gusta, ¿y a vosotros? Pero, ¿qué quiso decir con eso de los arados que no labran y las azadas que no cavan? ¡No tiene sentido!

—Bueno, puede que sí lo tenga —contestó Julián—. Después de todo, acordaos de que nuestro coche casi no podía bajar la cuesta y que la madre de Aily, la esposa del pastor, dijo que el cartero tenía que dejar la bicicleta al pie de la montaña porque no podía usarla. Así que es bastante probable que los arados antiguos vayan también muy mal y que no se pueda labrar con ellos y que pase lo mismo con las azadas.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Ana, asombrada—. Tú no creerás esas cosas, ¿verdad? Ya sé que nuestro coche bajó resbalando, pero pudo ser que el motor se estropeara durante algún tiempo.

—Ana no quiere pensar en azadas, arados y demás herramientas que no funcionen —sonrió Dick—. Vamos, olvidemos lo que ha pasado esta noche y cojamos los esquís. Me siento un poco tieso aún después del ejercicio que hicimos ayer, pero esquiar un poco por esas pendientes me pondrá bien. ¿Qué os parece?

—Sí, vamos —asintió Julián—. Venga, termina de fregar los cacharros, Ana. Dick y yo sacaremos los esquís. ¡De prisa!

# Capítulo XII

EN LAS MONTAÑAS

*Tim* no encontró ninguna diversión en esquiar, porque, al no disponer de esquís, no podía alcanzar a los niños cuando se deslizaban montaña abajo a toda velocidad.

Primero trató de correr tras ellos, pero, cuando cayó en un gran hoyo y quedó completamente enterrado en la nieve, decidió que aquel deporte invernal no estaba hecho para él. Salió del hoyo, se sacudió la nieve de encima y observó a los vociferantes niños, sintiéndose muy desamparado.

Ya habían esquiado otras veces y lo hacían bastante bien. El lugar que habían elegido formaba una larga y lisa pendiente que descendía con suavidad hasta ir a juntarse con la ladera de la montaña contigua, donde se alzaba «Viejas Torres». Julián bajó con maravilloso estilo y se acercó hasta el punto en que ambos montes se juntan. Llamó a los otros.

—Oíd una cosa. ¿Por qué no subimos hasta la cima de esta montaña? Hemos recorrido ya gran parte del camino. Así podremos bajar de nuevo esquiando hacia nuestra ladera. Nos ahorraríamos tiempo y tendríamos una segunda pista.

Todos pensaron que aquélla era una buena idea. Todos, excepto Ana. No dijo nada, pero Dick se dio cuenta en seguida.

—¡Le da miedo ir a la montaña de «Viejas Torres»! —anunció—. ¿Es que te asusta el gran perrazo, Ana, el que gruñe allí por las noches, o las brujas despeinadas que cuecen sus extrañas y humeantes recetas?

—No seas tonto —replicó Ana enojada al ver que Dick casi había leído sus pensamientos. En realidad no creía ni en el perro ni en las

brujas, pero de todos modos no le gustaba aquella montaña—. Iré también, si vais vosotros.

Así que trepó montaña arriba con sus compañeros, dispuesta a disfrutar después del descenso y a recorrer luego medio camino de su propia montaña.

—Mira, se ve bastante bien «Viejas Torres» —advirtió *Jorge* a Julián.

Era cierto. No muy lejos se divisaba un gran caserón con torres, construido en la ladera de la pendiente de la montaña. Se quedaron mirándola.

—Incluso se puede ver el interior de algunas habitaciones —señaló Julián—. Me pregunto si aún seguirá ahí la anciana señora Thomas, esa para quien acostumbraba trabajar la madre de Aily.

—¡Pobre viejecita! Lo siento por ella si tiene que vivir ahí —dijo *Jorge*—. Sin ver a nadie y sin dejar que la visiten sus amigos. Ojalá pudiéramos ir a preguntar cualquier cosa, por ejemplo diciendo que habíamos perdido el camino. Así curiosearíamos un poco por allí… Pero está el perro aquel tan salvaje…

—Además, no quiero que nos metamos en jaleos —replicó Julián—. Bueno, ya casi hemos llegado arriba. Esperemos a los otros y echaremos una carrera. ¡Qué pendiente más fenomenal!

—¡Julián, mira! ¡Hay alguien en la ventana de la torre, allí en la de la derecha! — avisó *Jorge* de pronto, mientras permanecían observando desde cierta distancia el viejo edificio. Julián miró al instante hacia la torre, justo a tiempo para ver como alguien desaparecía.

—Sí, había alguien —confirmó—. Me parece que nos estaba mirando. Supongo que, como nunca viene nadie a esta montaña, debe de haberle sorprendido asomarse y descubrirnos a nosotros. ¿Pudiste ver si era un hombre o una mujer?

—Creo que era una mujer —dijo *Jorge*—. ¿Tú crees que sería la anciana señora Thomas? ¡Julián! Supón que esté prisionera en esa torre, mientras su horrible hijo y sus amigos van robándole poco a poco todo lo que tiene. Recuerda que nos dijeron que llegaban camiones muy de noche…

—¡Eh, hola a los dos! —gritó Dick, apareciendo con Ana—. ¡Vaya subidita! De todos modos la bajada vale la pena. Pero será

mejor que descansemos un poco primero.

—Dick, *Jorge* y yo creemos haber visto a alguien en la ventana de la torre. La de la derecha —explicó Julián—. Otra vez que volvamos traeremos nuestros gemelos para enfocar la ventana. Puede que así distingamos la cara de alguien.

Dick y Ana observaron atentamente la ventana de la torre… ¡Las cortinas se cerraron repentinamente!

—Ya veis. No hacíamos más que mirar. Y no nos invitan precisamente a continuar —exclamó Julián—. No me extraña que corran leyendas sobre la casa. Vamos, empecemos la carrera.

Salieron al mismo tiempo trazando cada uno su camino. ¡Zum! El viento los golpeaba en la cara mientras volaban por la pendiente y gritaban excitados por la velocidad. Julián y Ana se deslizaban raudamente montaña abajo y con el impulso que llevaban subieron parte de su propia montaña. Dick y *Jorge* no tuvieron tanta suerte. Ambos tropezaron con algo y saltaron en el aire cayendo sobre la blanda nieve. Quedaron estirados, sin aliento, desorientados por la brusca parada.

—¡Uf! —resopló Dick—. ¡Qué tortazo! ¿Eso eres tú, *Jorge*? ¿Estás bien?

—Me parece que sí —repuso *Jorge*—. Siento una cadera un poco rara… No, está bien. ¡Caramba, aquí viene *Tim*! Debe de habernos visto caer y ha venido corriendo a ayudarnos. Ya estamos bien, *Tim*, no ha pasado nada. ¡Esto forma parte del ejercicio!

Se quedaron allí un momento tumbados en la nieve para reponerse. De pronto, una voz gritó a lo lejos, desde la mitad de la ladera:

—¡Eh, vosotros! ¡Marchaos de aquí!

Dick se sentó de un salto. Vio que un hombretón con cara de enojo se dirigía hacia ellos desde «Viejas Torres».

—No hacíamos nada malo —repuso Dick—. Sólo esquiábamos. ¿Quién es usted?

—Soy el guarda —explicó el hombretón, señalando hacia «Viejas Torres»—. Este terreno pertenece a la casa. Así que ¡largaos!

—Iremos a pedir permiso a los propietarios —anunció Dick levantándose y pensando que éste sería un buen método para echar una ojeada a la casa.

—Imposible. No hay nadie más que yo —replicó el hombre—. Soy el guarda, ya os lo dije. Y os echaré mi perro si no me obedecéis.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Dick a *Jorge* mientras el hombre regresaba a la finca—. Dice que es el único habitante de la casa. Pero nosotros vimos a alguien en la torre hace unos segundos. El guarda no ha tenido tiempo de bajar desde la torre, así que es mentira eso de que está solo. Hay alguien más en la torre. Algo muy extraño, ¿verdad?

*Jorge* había mantenido a *Tim* sujeto por el collar mientras el hombre hablaba. *Tim* gruñía ante su desagradable voz y su ama temía a cada momento que se lanzara contra él. Si aparecía el otro perro, habría lucha. ¡Sería terrible! Podía morder a *Tim*. Dick y ella comprobaron si sus esquís seguían aún bien sujetos a sus pies después de la caída y descendieron suavemente esta vez. Los otros les esperaban en lo alto de su propia montaña.

—¿Quién era aquel hombre? ¿Qué os decía? —inquirió Julián—. ¿Venía de «Viejas Torres»?

—Sí, y es un tipo bastante mal educado —explicó Dick—. Nos ordenó salir de la ladera. Dijo que pertenece a «Viejas Torres» y que él es el guarda. Cuando le dijimos que iríamos a pedir permiso a los dueños nos contestó que estaba solo en la casa. ¡Pero nosotros sabemos que no es verdad!

—Sí, desde luego —confirmó Julián, asombrado—. ¿Qué puede importarles que esquiemos en esa montaña? A lo mejor temen que veamos algo en la casa, como en efecto vimos. ¿Y por qué decir aquella mentira de que no había nadie en la casa? ¿Parecía de verdad un guarda?

—Bueno, por de pronto no era galés —aseguró *Jorge*—.Y lo más lógico era que los dueños de la casa escogieran a alguien del pueblo, un galés o algo así, ¿no creéis? Esto es muy misterioso.

—Y si a eso le añades los extraños ruidos y demás, resulta extremadamente curioso —exclamó Dick—. En realidad, saldríamos ganando si fuéramos a investigar.

—No —saltó Ana inmediatamente—. No estropeemos nuestras vacaciones. ¡Son tan cortas!

—Bueno, no veo cómo vamos a poder investigar este asunto —

comentó *Jorge*—. Yo no me acerco a esa casa mientras el perro esté allí, desde luego. Y no hay otro método de averiguar cosas, aun suponiendo que nos dejasen entrar, y estoy segura de que no nos dejarán.

—Oíd, ¿sabéis que ya es casi la una? —intervino Ana, deseosa de cambiar de tema—. ¿Es que ninguno tiene gana de comer todavía?

—¡Desde luego que estoy hambriento! —exclamó Julián—. Pero como pensaba que sólo serían las once y media no te había dicho nada. ¡Vayamos a comer! Voto porque nos terminemos el jamón.

Se dirigieron al pequeño chalet. En la puerta, sobre la nieve, encontraron dos botellines de leche y un enorme paquete al que se acercó *Tim* meneando el rabo. Ladró suavemente.

—Dice que es carne y que, por lo tanto, debe ser para él —comentó *Jorge* con una carcajada.

Julián deshizo el paquete y rió a su vez.

—Pues *Tim* tenía razón. Es un gran trozo de carne de cerdo, frío. Renuncio al jamón. Comeré de esto.

—¡Qué lástima que no tengamos salsa de manzana! —se lamentó Dick—. Me encanta con el cerdo…

—Si eres capaz de esperar mientras yo preparo la salsa con algunas manzanas que nos quedan… —empezó Ana. Pero todos se apresuraron a protestar. ¡No iban a esperar ni un minuto más para comer, con salsa o sin ella!

Fue una comida alegre y ciertamente el cerdo estaba muy bueno. *Tim* obtuvo su parte, aunque pensó que *Jorge* se portaba muy mal por no darle el cerdo que sobró cuando terminaron de comer.

—¡De ninguna manera, *Tim*! —exclamó *Jorge* cuando notó su pata sobre su rodilla—. Desde luego que no. Lo terminaremos mañana y entonces te daremos el hueso.

—Va a nevar otra vez —advirtió Julián mirando por la ventana—. ¿Quién traería la leche y la comida?

—Supongo que sería el pastor al regresar —repuso Dick—. Un tipo simpático de veras. Me pregunto por dónde andará Aily. No me hace ninguna gracia que ande por ahí entre la nieve y duerma en las montañas.

—Me imagino que sabe cuidarse muy bien sola y también de su

cordero y de su perro —opinó Julián—. Me gustaría volver a verla. Pero, a menos que tenga hambre, no creo que le echemos otra vez la vista encima.

—Pues hablando de Aily, ¡aquí la tenemos! —anunció Ana. Y, en efecto, allí estaba Aily mirando por la ventana y sosteniendo a su cordero para que pudiera curiosear también.

—Que entre y que coma. Le preguntaremos si sabe quién vive en «Viejas Torres» —sugirió *Jorge*—. Puede que ella haya visto también a la persona de la torre de la derecha.

—De acuerdo, la voy a llamar —convino Julián dirigiéndose a la puerta—. Seguramente sabe algo. Siempre anda rondando por aquí.

Tenía razón. Aily sabía algo. ¡Algo que les interesó mucho!

# Capítulo XIII

AILY ES DESCONCERTANTE

Aily no se mostró tímida esta vez. No echó a correr cuando Julián abrió la puerta. Todavía llevaba poca ropa, pero su rostro resplandecía y no parecía sentir el menor frío.

—¡Hola, Aily! —saludó Julián—. Entra, estábamos comiendo, pero queda mucho para ti.

El perro entró corriendo tan pronto como olió la comida. Sorprendido, *Tim* lanzó un suave gruñido.

—No, *Tim*, es tu invitado —advirtió *Jorge*—. Por favor, pórtate bien. —El perrito meneó su rabo vigorosamente.

—¿Lo ves, *Tim*? Te está diciendo que no le tengas miedo, que no te va a hacer daño —tradujo Ana, haciendo reír a todos. *Tim* también agitó con fuerza el rabo y con ello los dos se hicieron amigos.

Aily entró con el cordero en brazos, por si *Tim* tenía algo que objetar. Pero *Tim* no dijo nada. Se interesó mucho por el corderillo y, cuando Aily lo dejó suelto y empezó a corretear por la habitación, *Tim* corrió tras él, olisqueándolo y moviendo aún el rabo a toda velocidad.

Ana ofreció un pedazo de carne a la desaliñada niña, pero ésta agitó la cabeza y señaló el queso. «Aily gusta», dijo. Y quedó encantada cuando Ana le entregó un buen trozo. Se sentó en el suelo para comérselo y el corderillo se acercó a mordisquear también. Verdaderamente resultaba un cuadro encantador.

—¡*Fany* bach! —exclamó la chica, y le besó la punta del hocico.

—Bach quiere decir querida en galés, ¿verdad? —exclamó Ana. Puso una mano en el brazo de Aily—. ¡Aily bach! —dijo. Y la

chiquilla le dirigió una inesperada y dulce sonrisa.

—¿Dónde dormiste anoche, Aily? —quiso saber *Jorge*—. Tu madre te anduvo buscando.

Pero había hablado tan de prisa que Aily no entendió nada. *Jorge* repitió sus palabras más lentamente. Aily respondió:

—En el pajar. En «La Cañada Mágica».

—Aily, escucha, ¿quién vive en «Viejas Torres»? —preguntó Julián hablando lo más lenta y claramente que pudo.

—Mucha gente —repuso Aily, al tiempo que señalaba el queso para que le dieran otro trozo—. Hombres grandes, hombres pequeños. También el perro grande. ¡Más grande que él! —terminó señalando a *Tim*.

Los niños se miraron unos a otros asombrados. ¡Muchos hombres! ¿Qué diablos hacían en «Viejas Torres»?

—¡Y el guarda dijo que estaba solo allí! —recordó *Jorge*.

—Oye, Aily, ¿hay… también… allí… una… anciana… señora? Aily asintió.

—Sí, una señora vieja. Aily la ve en la torre cuando ella no ve a Aily. Aily escondida.

—¿Dónde te escondiste? —curioseó Dick.

—Aily no dice, nunca dice —denegó la chica mirando a Dick con los ojos semicerrados, como si así pensara ocultar mejor sus secretos.

—¿Viste a la señora cuando estabas en las laderas? —preguntó Julián. Aily consideró la pregunta y al fin respondió que no.

—Bueno, pues entonces, ¿dónde? —insistió Julián—. Mira, te daré parte de este chocolate si me lo dices.

Le mostró la tableta de chocolate, aunque conservándola fuera de su alcance. Ella la miró con ojos brillantes. Estaba claro que el chocolate era algo que pocas veces había conseguido. Intentó cogerlo de pronto, pero Julián fue más rápido que ella.

—No. Contesta a mi pregunta y tendrás el chocolate.

De pronto Aily alargó los brazos y le pegó un puñetazo en las mejillas. Él rió y sujetó las dos manitas con la suya.

—No, Aily, no. Soy tu amigo. No se pega a los amigos.

—¡Ya sé dónde estabas cuando viste a la señora! —aventuró Dick astutamente—. ¡Estabas dentro, en los jardines!

—¿Cómo lo sabes? —chilló Aily. Se libró de la mano de Julián y se levantó encarándose con Dick, furiosa y asustada.

—Pero, ¿por qué te pones así? —le dijo Dick, atónito.

—¿Cómo lo sabes? —repitió Aily—. ¿No se lo has dicho a nadie?

—Desde luego que no se lo he dicho a nadie —aseguró Dick, a quien se le había ocurrido la idea justo en aquel momento—. ¡Muy bien! Así que te metiste en los jardines de «Viejas Torres», ¿no? ¿Cómo entraste?

—Aily no dice. —Y de pronto se echó a llorar.

Ana le rodeó los hombros con un brazo para consolarla, pero la chiquilla se apartó bruscamente.

—Él, *Dave*, entró allí, no yo, no Aily. Pobre *Dave*… El gran perro ladró, ¡guau, guau!, Así. Y… y… yo…

—Conque entraste a rescatar a *Dave*, ¿verdad? —continuó Dick —. ¡Buena chica, Aily valiente!

La chiquilla se secó los ojos con su sucia manita, dejándose extraños churretes en las mejillas. Sonrió a Dick asintiendo.

—¡Valiente Aily! —repitió. Y cogiendo al perrillo en sus brazos lo acarició—. ¡Pobre *Dave* bach!

—¿Así que consiguió entrar en la propiedad? —dijo Julián a Dick, en voz baja—. Me pregunto cómo lo lograría. Quizás a través del seto. Aily —continuó en voz alta—, vamos a ir a ver a la anciana señora. ¿Podemos atravesar el seto que rodea el jardín?

—No —aseguró Aily meneando la cabeza—. Hay una valla, valla muy alta que muerde.

Todos se rieron al imaginar una valla que mordía. Pero pronto *Jorge* adivinó lo que quería decir.

—¡Una valla eléctrica! Eso es lo que han puesto. ¡Caramba! Ese sitio es una verdadera fortificación. Puertas cerradas, un perro salvaje, una valla eléctrica…

—¿Y cómo diablos entró Aily? —quiso saber Dick.

—Aily, ¿has visto muchas veces a la señora? ¿Te ha visto ella a ti?

Aily no entendió y Julián tuvo que repetirle otra vez su pregunta más sencillamente. La niña asintió.

—Aily ha visto muchas veces la señora allá arriba y una vez ella vio Aily. Tiró papeles, trocitos de papeles por la ventana.

—Aily, ¿los cogiste? —Julián se incorporó súbitamente—. ¿Estaban escritos? Todos aguardaron ansiosos la respuesta de Aily.

—Sí, estaban escritos como en la escuela, con tinta.

—¿Los leíste? —intervino Dick.

Aily puso una cara extraña. Primero negó y luego asintió.

—Sí, Aily los leyó. Decían: «Buenos días, Aily. ¿Cómo estás, Aily?»

—¿Te conocía la anciana señora? —inquirió Dick, sorprendido.

—No, no conoce a Aily, sólo la madre Aily —respondió la chiquilla—. Decía en sus papeles: «Aily, eres buena chica, Aily, eres muy buena.»

—No está diciendo la verdad ahora —observó Dick notando que la niña procuraba no mirarles a los ojos mientras hablaba—. ¿Por qué será?

—Creo que yo lo sé —intervino Ana. Cogió un trozo de papel y escribió claramente: «Buenos días, Aily.» Se lo enseñó a la niña—: Léelo, Aily.

¡Pero Aily no pudo! No tenía ni idea de lo que decía el papel.

—¡No sabe leer! —anunció Ana—. Y le daba vergüenza confesarlo, así que pretendió hacernos creer que sí sabía. ¡No importa, Aily! Escucha, ¿tienes alguno de los trozos de papel que tiró la señora?

Aily rebuscó entre sus ropas y, por último, sacó un pedazo de papel que parecía arrancado de la parte superior de la página de un libro. Se lo tendió a Dick.

Los cuatro se inclinaron sobre él, descifrando las palabras escritas en una apretada y casi ilegible letra.

> *NECESITO AYUDA. ESTOY PRISIONERA AQUÍ, EN MI PROPIA CASA, MIENTRAS PASAN COSAS TERRIBLES. HAN MATADO A MI HIJO. ¡SOCORRO, SOCORRO!*
>
> *BROWNEN THOMAS.*

—¡Dios mío! —exclamó Julián, sobrecogido—. ¡Esto es extraordinario! ¿Creéis que deberíamos enseñárselo a la policía?

—Bueno, es probable que sólo haya un policía para cada tres o

cuatro pueblecillos de éstos —opinó Dick—. Además, la vieja señora puede estar chiflada y haberse inventado toda esa historia.

—¿Cómo podríamos averiguar si es cierto o no? —inquirió Julián. Dick se dirigió a Aily:

—Aily, queremos ver a la señora. Queremos llevarle algo bueno para comer. Está sola y está triste. ¿Puedes enseñarnos el camino para entrar en la finca?

—No —replicó Aily agitando violentamente la cabeza—. Está el gran perro, perro con dientes así.

Y mostrando sus blancos dientecillos, imitó el gruñido del perro, ante la sorpresa de *Tim*. Los niños rieron.

—No podemos obligarla a que nos lo diga —reconoció Julián—. De todas maneras, aunque consiguiéramos meternos en el jardín, el perro estará allí. No me apetece en absoluto tropezarme con él.

—Aily enseñará el camino para entrar en la casa —anunció la muchacha de pronto ante la sorpresa de todos. La miraron asombrados.

—¡A la casa! —exclamó Dick—. Pero primero tendrás que enseñarnos el camino que lleva al jardín si queremos entrar en la casa, Aily…

—No —denegó ella—. Aily enseña la entrada a la casa. Aily lo hace. ¡No está el gran perro allí!

En aquel momento, *Tim* empezó a ladrar y alguien se asomó por la puerta, mirando hacia el interior. Era la madre de Aily, que iba a llevar algunas cosas a su marido, el pastor. Al ver a Aily sentada en el suelo, le gritó enfadada. Y en seguida le lanzó una retahíla de palabras en galés, de las que los niños no entendieron nada. Aily, aterrorizada, corrió hacia la alacena con su perro y su cordero.

Fue inútil. Su madre entró en el chalet y la agarró por el brazo, sacudiéndola fuertemente. *Tim* gruñó, pero el perrito de Aily estaba tan asustado como ella y el cordero balaba desesperadamente en los brazos de la chiquilla.

—¡Me llevo a Aily! —exclamó la mujer, mirando a los niños como si fueran responsables de la escapada de su hija—. ¡Os aseguro que le daré una buena paliza!

Y salió, llevando firmemente sujeta a su rebelde hija.

Los niños se quedaron quietos. No podían hacer nada. Al fin y al

cabo, era la madre de Aily y, realmente, ésta era una verdadera golfilla que no hacía sino vagar todo el día por la montaña.

—Oíd, creo que lo mejor sería que fuéramos a la granja y le explicáramos a Morgan todo lo que sabemos —anunció Julián expresando su pensamiento en palabras—. Sí, eso será lo mejor. Si todo esto es verdad y la señora está verdaderamente prisionera, no creo que nosotros podamos hacer nada. En cambio, Morgan sabrá lo que hay que hacer. Él llamará a la policía. Andad, vámonos ya. Pasaremos la noche en la granja si oscurece antes de volver. ¡Daos prisa!

# Capítulo XIV

MORGAN TAMBIÉN ES DESCONCERTANTE

A *Jorge* no le apetecía demasiado bajar a la granja. Tenía miedo de que *Tim* se encontrara de nuevo con los perros y que éstos lo atacaran otra vez. Julián vio su cara de duda y comprendió.

—¿Prefieres quedarte aquí sola con *Tim* hasta que regresemos? —le propuso—. Estarás bien con *Tim*, él te cuidará. Lo malo es que… ¿No te asustarás si vuelven a oírse ruidos y vuelve a haber temblores y resplandores esta noche?

—Yo me quedaré con *Jorge* —decidió Ana—. Será mejor que vayáis vosotros dos solos. Estoy un poco cansada y no creo que pueda andar tan de prisa como vosotros.

—De acuerdo. Dick y yo nos iremos y os dejaremos a las dos con *Tim*. Ven, Dick, si bajamos corriendo podremos estar de vuelta antes de que oscurezca.

Salieron y avanzaron rápidamente por el serpenteante y blanco camino. Se alegraron cuando por fin vieron la granja. La cocina tenía la luz encendida, como una señal de bienvenida.

Se acercaron y se encaminaron a la cocina, donde encontraron a la señora Jones fregando la vajilla. Al verlos entrar, los contempló atónita, mientras se sacudían la nieve de las botas.

—¡Qué sorpresa! —exclamó, secándose las manos en un paño—. ¿Pasa algo malo? ¿Dónde están las niñas?

—Están bien, se han quedado en el chalet —explicó Julián.

—¡Ah, ya sé! Habéis venido a buscar más comida —repuso la señora Jones, convencida de haber acertado la verdadera razón de su repentina visita.

—No, gracias. Nos queda aún bastante —repuso Julián—. Sólo

queríamos hablar con su hijo Morgan. Tenemos algo bastante urgente que contarle.

—¿A Morgan? ¿Y qué tenéis que decirle? —preguntó curiosamente la anciana—. Vamos a ver…, Morgan debe de estar en el granero grande. —Señalaba a través de la ventana un enorme y pintoresco granero cuya silueta se recortaba en el cielo de la tarde —. Allí encontraréis a Morgan. Os quedaréis a dormir, ¿no? Os daré una buena cena.

—Bueno, muchas gracias —aceptó Julián, recordando de pronto que no habían merendado—. Vamos a buscar a Morgan.

Se dirigieron al enorme granero. Los tres perros de Morgan corrieron hacia ellos al oír sus pasos. Primero gruñeron, pero, al reconocer a los niños, se limitaron a rodearlos ladrando.

El gigantesco Morgan salió a averiguar por qué ladraban sus perros. Se sorprendió mucho al ver allí a los chicos.

—¿Eh? —preguntó—. ¿Algo malo?

—Creemos que sí —confirmó Julián—. ¿Podemos hablar un momento con usted?

Morgan los hizo entrar en el oscuro granero. Había estado rastrillándolo y reanudó su trabajo antes de que Julián empezara a hablar.

—Es sobre «Viejas Torres» —inició Julián. Morgan detuvo en seco su rastrillar. En seguida siguió trabajando y escuchó en silencio el relato.

Julián se lo contó todo. Le habló de los ruidos y los truenos, del resplandor que Dick vio en el cielo, del temblor que todos pudieron notar, de la anciana que habían visto en la torre y de que Aily les había explicado lo de los papeles y les había enseñado uno que probaba que la señora Thomas estaba prisionera en su propia casa.

El hombretón habló ahora por primera vez:

—¿Dónde está el papel? —preguntó con su profunda voz de bajo. Julián se lo tendió. Morgan encendió una lámpara para verlo, ya que era prácticamente de noche. Lo leyó y se lo guardó en el bolsillo.

—Preferiría que me lo devolviese —protestó Julián, sorprendido —. A no ser que quiera llevárselo a la policía. ¿Qué piensa usted de todo esto? ¿Hay algo que nosotros podamos hacer? No me gusta

pensar que…

—Os diré lo que vais a hacer —le interrumpió Morgan—. Vais a dejarlo todo en mis manos. Yo lo arreglaré, yo, Morgan Jones. Vosotros no sois más que unos niños y no sabéis nada de estas cosas. Este asunto no es para niños. Debéis volver al chalet y olvidar todo lo que habéis visto y oído. Y si Aily vuelve junto a vosotros, me la mandáis aquí. Quiero hablar con ella.

Su tono era tan duro y tan resuelto que los niños le miraron asustados.

—Pero, oiga, Morgan —empezó Julián—. ¿No va a hacer usted nada…? ¿Avisar a la policía o…?

—Ya os he dicho que esto no es cosa de críos —repitió Morgan —. No diré más. Regresad al chalet y no digáis nada a nadie. Si no estáis conformes, os volveréis a casa mañana.

El gigante cogió su rastrillo, se lo echó a la espalda y dejó a los muchachos solos en el granero.

—¿Y ahora qué hacemos? —exclamó Julián, muy enfadado—. Bueno, nos volveremos al chalet. No quiero ir a cenar a la granja. No tengo ganas de volver a encontrarme con este Morgan, con el mal genio que gasta.

Sintiéndose molestos, los chicos salieron del granero y se dirigieron al caminito que llevaba a la montaña. Casi había oscurecido y Julián buscó su linterna.

—¡Caramba! Se me ha olvidado la linterna. ¿Tienes tú la tuya, Dick?

Dick tampoco la llevaba y ninguno de los dos se sentía con fuerzas para subir la montaña a oscuras. Así que Julián decidió volver a la granja, deslizarse hasta su dormitorio y coger una linterna de repuesto que había dejado en el cajón.

—Vamos —susurró a Dick—. Trataremos de cogerla y largarnos sin que nos vean la señora Jones o Morgan.

Se dirigieron silenciosamente a la granja, evitando encontrarse con Morgan. Julián subió hasta la habitación donde habían dormido unas noches antes y rebuscó en el cajón. ¡Ah! Allí estaba la linterna.

Al bajar, tropezó con la señora Jones. Ella dejó escapar un chillido.

—¡Ah! Eres tú, Julián, bach. ¿Qué le habéis dicho a Morgan para

ponerlo de tan mal humor? Tiene una cara como para agriar la leche. Esperad un poco, voy a prepararos la cena. ¿Queréis un poco de tocino y…?

—Hemos decidido volver a la cabaña —le anunció Julián, esperando que la amable viejecita no se preocupara—. Las niñas están solas y ya es de noche.

—Claro, claro, debéis regresar —asintió comprensiva la señora Jones—. De todos modos, esperad un minuto. Os llevaréis pan recién hecho y un pedazo de empanada. Esperad.

Los chicos se quedaron en la puerta esperando y deseando que a Morgan no se le ocurriera aparecer por allí. Le oyeron de pronto a lo lejos, llamando a sus perros con su potente y brusca voz.

—Sale con sus perros, supongo —dijo Julián a Dick—. ¡Caray! No me atrevería nunca a llevarle la contraria si fuera empleado suyo. Ese gigante puede con una docena de hombres o con una jauría de perros.

La señora Jones llegó con un cesto lleno de comida.

—Tomad. Y cuidad bien a las niñas. No os acerquéis a Morgan ahora. Tiene muy mal genio y no resulta agradable oírle cuando está enfadado.

Los muchachos estaban totalmente de acuerdo. Era muy cierto que Morgan no resultaba agradable de oír. Se alegraron cuando se vieron en el camino, fuera del alcance de su vozarrón.

—Bueno, esto está claro —comentó Julián—. No podemos esperar ayuda por este lado. Y nos han prohibido meternos en este asunto. ¡Como si nosotros fuéramos unos bebés!

—Dijo que sólo éramos unos críos —añadió Dick, con voz de disgusto—. Lo que no comprendo, Ju, es por qué se enfadó tanto. ¿Tú crees que no nos creyó?

—Sí que nos creyó —afirmó Julián—. Si quieres saber mi opinión, sabe mucho más sobre esto de lo que nosotros podríamos contarle. Algo muy raro está pasando en «Viejas Torres», algo muy extraño y sospechoso. Y Morgan está metido en ello. Está metido en el ajo, estoy convencido.

Dick silbó.

—¡Pues claro! Por eso se enfadó tanto. Creyó que íbamos a descubrirle. Y precisamente lo que no quería era que se lo

contáramos a la policía. ¿Qué vamos a hacer, Ju?

—No lo sé. Primero hablaremos con las chicas —respondió Julián, preocupado—. ¡Tenía que ocurrirnos esto ahora que estábamos disfrutando tanto de nuestras tranquilas vacaciones!

—Julián, ¿qué piensas tú que está pasando en «Viejas Torres»? —prosiguió Dick, perplejo—. Yo creo que no se trata sólo de tener encerrada a esa anciana y vender a escondidas sus propiedades. Acuérdate de los ruidos, los temblores y la extraña niebla.

—Bueno, aparentemente hace bastante tiempo que suceden esas cosas —replicó Julián—. Puede que no haya nada más que ese asunto en el que Morgan está metido, los robos a la señora. Las antiguas leyendas les deben de haber venido muy bien para mantener alejada a la gente del pueblo. En el campo le tienen mucho miedo a todo lo que se sale de lo corriente.

—Tal como tú lo dices, suena como si fuera verdad —continuó Dick—. Pero no me convences. Yo sigo creyendo que hay algo más en todo esto, algo que no sabemos.

Caminaron en silencio uno tras otro por el sendero, guiados por las piedras negras que iban apareciendo a la luz de la linterna de Julián. En la oscuridad el camino parecía interminable, mucho más largo que de día.

Por fin vieron brillar la luz en la ventana del chalet. ¡Gracias a Dios! Se sentían muy hambrientos y se alegraron de que la señora Jones les hubiera regalado más comida. Ahora podrían satisfacer su apetito.

*Tim* ladró al oírles y *Jorge* abrió en seguida la puerta, ya que por el ladrido había conocido que eran los chicos los que se acercaban.

—¡Cuánto nos alegramos de que hayáis vuelto en lugar de quedaros en la granja! —exclamó Ana—. ¿Qué ha pasado? Contadnos. ¿Ha ido Morgan a avisar a la policía?

—No, se enfadó —explicó Julián—. Nos ordenó que no nos metiéramos en nada. Además, se quedó con el pedazo de papel. Nosotros creemos que anda metido en el asunto.

—Muy bien —dijo *Jorge*—. Pues tendremos que arreglarlo nosotros. Averiguaremos qué pasa y sacaremos a la pobre señora Thomas de su torre. No sé cómo, pero lo haremos, ¿verdad, *Tim*?

# Capítulo XV

¿QUÉ OCURRE, *TIM*?

Los cuatro niños se sentaron junto a la estufa y hablaron y hablaron durante mucho tiempo, mientras cenaban. ¿Qué sería mejor hacer primero? Estaba muy bien apasionarse como *Jorge* y decir que irían a averiguarlo todo y a rescatar a la vieja dama. Pero, ¿cómo? Ni siquiera sabían por dónde empezar. En primer lugar, ¿cómo iban a entrar en la casa? ¡Nadie quería arriesgarse a tener que pelear con aquella fiera de perro!

—¡Si por lo menos Aily quisiera ayudarnos! —suspiró Julián por último—. Es nuestra única esperanza. No conseguiríamos nada acudiendo a la policía. Tardaríamos años en llegar al pie de la montaña y buscar la comisaría. Y nunca conseguiríamos hacerle creer nuestra historia a un policía de por aquí.

—Me extraña que los aldeanos no hayan hecho nada todavía —intervino Dick—. Me refiero a todas esas vibraciones, a los ruidos y la niebla luminosa sobre la montaña.

—Bueno. Seguro que todo eso se oye y se ve más claramente aquí en la montaña que allá abajo, en el valle —dijo Ana con sensatez—. No creo que ni las vibraciones ni los ruidos lleguen al valle y, probablemente, ni siquiera se ve desde allí la niebla de «Viejas Torres».

—Tienes razón —asintió Julián—. No lo había pensado. Nosotros podemos verlo y posiblemente el pastor. Y me atrevería a decir que desde la granja también se puede ver algo. ¡No había más que fijarse en la manera de reaccionar de Morgan! Sabía muy bien de qué estábamos hablando.

—Está claro que es uña y carne con los hombres de allí, los

hombres grandes y los hombres pequeños de que habló Aily. ¡Cielo santo! Me gustaría que nos enseñara el camino para entrar en la casa. ¿Cómo pudo entrar ella? No se me ocurre por dónde. Con una valla eléctrica rodeándolo todo parece completamente imposible.

—La «valla que muerde» —apuntó *Jorge* riendo—. Me imagino que esa niña la tocó y recibió una descarga. ¡Es extraordinaria! Aunque medio salvaje…

—Espero que su madre no le haya dado una paliza demasiado grande —comentó Ana—. Es una pícara y muy traviesa, desde luego, pero no podrán hacerla cambiar a golpes. ¿Alguien quiere más queso? Y todavía quedan manzanas. O podemos abrir una lata de peras, si os parece.

—Voto por las peras —contestó Dick—. Necesito algo dulce. Nuestra estancia aquí se está volviendo muy emocionante, ¿no creéis?

—Siempre nos estamos metiendo en líos —murmuró Ana sacando la lata de peras de la alacena.

—No lo llames líos, pequeña —replicó Dick—. ¡Es mejor decir aventuras! Siempre nos ocurre algo fuera de lo corriente. No podemos evitarlo. Hay gente que atrae a las aventuras, y nosotros somos así. Esto nos proporciona una vida muy emocionante.

De repente, *Tim* empezó a ladrar y todos permanecieron a la escucha. ¿Qué pasaba ahora?

—Dejad salir a *Tim* —propuso Dick—. Con todo lo que está pasando, creo preferible que *Tim* se entere de quién es el que ronda por aquí.

—De acuerdo —asintió *Jorge*, y se dirigió hacia la puerta. Pero, al llegar a ella, oyó a un perro ladrar fuera. Inmediatamente dio media vuelta.

—¡No voy a dejar salir a *Tim*! Me parece que es Morgan con sus perros. He reconocido el ladrido.

—Alguien viene —exclamó Ana, medio asustada—. ¡Es Morgan!

En efecto, era Morgan. Pasó junto a la ventana y pudieron ver sus anchos hombros y su gran cabeza cara al viento mientras subía. Ni siquiera les echó una ojeada, pero los perros empezaron a ladrar furiosamente al oler a *Tim* en la cabaña. *Tim* ladró con fiereza a su vez.

Pronto se hizo el silencio. Morgan y sus perros ya estaban lejos.

—¡Uf! Me alegro de que *Tim* no saliera —respiró Dick—. Lo hubieran hecho pedazos.

—¿Adonde suponéis que va? —preguntó Ana—. Es raro que suba por nuestra montaña y no en dirección a «Viejas Torres».

—Seguro que va a hablar con el pastor —opinó Julián—. Está más arriba, con sus ovejas. Me pregunto si no estará también mezclado en esto.

—No —aseguró Ana—. Me lo dice el corazón. Es bueno. No puedo imaginármelo mezclado en una banda o algo semejante.

Ninguno se lo imaginaba, claro. A todos les gustaba el pastor. Pero, ¿por qué subiría Morgan a verle a altas horas de la noche?

—Puede que vaya a decirle que nosotros sabemos demasiado y que sería conveniente nos vigilase —sugirió Julián.

—O puede que vaya a quejarse de Aily y de sus paseos por los terrenos de «Viejas Torres» —aventuró Dick—. ¡Demonios! ¿Creéis que habremos metido a esa chiquilla en un lío al hablarle de ella a Morgan y darle el papel que encontró?

Se miraron unos a otros con desmayo. Ana meneó la cabeza, muy seria.

—Sí, eso es. Aily se va a ver en apuros por nuestra culpa. ¡Dios mío! ¿Por qué se nos habrá ocurrido decirle a Morgan lo que sabíamos? ¡Pobre Aily!

Se sentían muy mal al pensar en Aily. Todos querían a aquella chiquilla semisalvaje, con su corderillo y su pequeño perro. Ahora quizá recibiese una gran paliza a causa de lo que ellos habían contado a Morgan.

Ninguno de ellos se sentía con ánimos para jugar a las cartas. Se sentaron y estuvieron hablando, preguntándose si oirían volver a Morgan. Sabían que *Tim* ladraría a su paso.

Hacia las ocho y media empezó a ladrar de repente, haciéndoles pegar un brinco.

—Debe de ser Morgan que regresa —dijo Julián. Y todos permanecieron atentos para verlo pasar por la ventana. No obstante, no lo vieron. Tampoco oyeron a ningún perro.

*Jorge* observó que *Tim* estaba sentado, con las orejas erguidas y la cabeza inclinada en una dirección determinada. ¿Por qué lo

hacía? Y si oía algo, ¿por qué no ladraba de nuevo? Estaba muy extrañada.

—Mirad a *Tim*. Está oyendo algo y sin embargo no ladra. Y no parece muy asustado. ¿Qué ocurre, *Tim*?

El perro no le hizo el menor caso. Continuó escuchando atentamente en la misma dirección. ¿Qué sería lo que oía? Esto era lo más enojoso, puesto que ninguno percibía el menor sonido. Todo parecía sumido en el más absoluto silencio.

¡De pronto *Tim* saltó y rompió a ladrar alegremente! Corrió hacia la puerta y gimió rascándola con su pata. Se volvió a *Jorge* ladrando como si dijese: «Vamos, ¿qué haces? ¡Abre la puerta!»

—Bueno —exclamó Dick, sorprendido—. ¿Qué te pasa, *Tim*? ¿Es que ha llamado tu mejor amigo? ¿Abrimos la puerta, Julián?

—Yo iré —respondió Julián, y abrió cautelosamente. *Tim* se deslizó por la abertura al momento, ladrando y gimiendo.

—No hay nadie —dijo Julián, atónito—. ¡Nadie en absoluto! *Tim*, ¿por qué armas tanto jaleo? Dame una linterna, Dick, por favor. Voy a seguirle para ver qué es lo que lo ha excitado tanto.

Salió e hizo girar la linterna a su alrededor para localizar a *Tim*. ¡Ah! Allí estaba rascando la tapa del pequeño cajón de madera donde guardaban las latas de petróleo y el gran jarro esmaltado. Julián estaba asombradísimo.

—Pero, ¿qué te pasa, *Tim*? —inquirió—. No hay nada ahí dentro. Mira, voy a levantar la tapa para que lo compruebes por ti mismo.

Levantó la tapa e iluminó el interior para mostrar a *Tim* que el cajón estaba vacío.

¡Pero no lo estaba! Julián por poco deja caer la tapa con la sorpresa. Alguien estaba allí, una pequeña y medio helada figura. ¡Era Aily!

—¡Aily! —exclamó Julián sin creer lo que veían sus ojos—. ¿Qué diablos haces aquí, Aily?

Aily pestañeó. Parecía atemorizada. Abrazaba al perro y al cordero sin decir una palabra. Julián comprobó que estaba temblando y que lloraba amargamente.

—¡Pobre Aily bach! —exclamó, usando la única palabra galesa que conocía—. Ven al chalet, anda. Entrarás en calor y te sentirás

mejor.

La niña negó con la cabeza, estrechando más hacia sí sus animalitos. Sin embargo, Julián no estaba dispuesto a dejarla en el cajón durante aquella noche tan fría. Así que la levantó, animalitos incluidos, y se la llevó hacia la casa. Aily forcejeó para soltarse, pero los brazos de Julián eran fuertes y la tenían bien sujeta.

La voz impaciente de *Jorge* llegó hasta ellos.

—¡Ju! ¡*Tim*! ¿Dónde estáis? ¿Habéis encontrado algo?

—Sí —repuso Julián—. Ahora mismo lo llevamos. ¡Es una sorpresa!

Y entró en el chalet con la temblorosa chiquilla. Sus tres compañeros la miraron atónitos. ¡Aily! ¡Una Aily fría, desamparada, miserablemente pálida y temblorosa! ¡Y también el cordero y el perrito!



—Tráela junto a la estufa —indicó Ana, tomándole del brazo—. ¡Pobre Aily!

Julián trató de dejarla en el suelo, a ella y a sus animales, pero Aily se aferró a él. Sentía que era bueno, amable y fuerte y sus brazos resultaban muy consoladores. Entonces Julián se sentó,

conservando en sus brazos a la niña. El perro y el cordero se deslizaron de sus rodillas y corretearon husmeando por la habitación.

—Los encontré a los tres en el cajón donde guardamos el petróleo, ahí fuera — explicó Julián—. Los tres abrazados, supongo que en parte para ocultarse mejor y en parte para calentarse. Puede que hayan dormido allí otras veces los tres. ¡Aily es tan pequeña! Y parece muy desgraciada. Vamos a darle algo que comer.

—Le prepararé cacao caliente —dijo Ana—. *Jorge*, tú tráete pan, mantequilla y queso. Tendremos que darle algo también al perro y al cordero, ¿no? ¿Qué comen los corderos?

—Leche —respondió Dick—. Pero no tenemos biberón. Bueno, creo que será capaz de lamerla. ¡Caray! ¡La de cosas que pasan por aquí!

Aily se sentía cálida y confortable en los brazos de Julián. Permanecía allí como un animalito, demasiado frío y cansado para tener ningún temor. Julián era feliz al poder consolarla. ¡Pobrecilla! ¿Qué la habría obligado a venir desde tan lejos en la noche?

—Debe de haberse ido a casa con su madre —aventuró Julián, observando cómo jugaba el perrito con el encantado *Tim*—. Probablemente le dio una paliza y la encerró en alguna parte. Y pienso que Morgan fue a ver si estaba allí para regañarla y para decirle a su madre que es mejor que no la deje salir y…

—¡Morgan! —repitió Aily, incorporándose asustada y mirando a su alrededor como si estuviera a punto de aparecer allí—. ¡Morgan! ¡No, no!

—No te preocupes, chiquilla —la tranquilizó Julián—. Nosotros nos ocuparemos de ti. ¡Morgan no podrá cogerte! ¿Veis? —dijo dirigiéndose a los otros—. Yo tenía razón. Él fue a su casa y la asustó. Y tan pronto como él se marchó, ella se escapó y vino a nosotros; debió de asustarla mucho. Apuesto a que Morgan tiene miedo de que, si no la tienen encerrada, pueda echarle a rodar sus planes, enseñándonos el camino que lleva a la vieja casa.

De pronto *Tim* volvió a ladrar. Pero ahora no lo hizo alegremente como antes. Ana gritó en seguida:

—¡Debe de ser Morgan que vuelve! ¡Esconded a Aily, por Dios! Si la encuentra aquí se la llevará fuera y la arrastrará por la fuerza.

¡Rápido! ¿Dónde la escondemos?

# Capítulo XVI

AILY CAMBIA DE IDEA

Al oír que venía Morgan, Aily saltó de los brazos de Julián tan rápida y veloz como un gato. Miró a su alrededor como un animalillo atrapado y por fin se fijó en las literas. De un salto se subió a una de las más altas y se cubrió con una manta. Permaneció absolutamente quieta. El cordero la miró sorprendido y baló. De repente también él trepó a la litera, tan seguro como un gamo, y se acomodó junto a su amita. Sólo *Dave* se quedó abajo, gimiendo tristemente.

—¡Vaya! —exclamó Dick, asombrado ante aquellos imprevistos acontecimientos—. ¿Os habéis fijado? ¿Habíais visto a alguien en vuestra vida trepar así? Para ya de ladrar, *Tim*. Queremos enterarnos cuándo llega Morgan. Julián, ¿dónde metemos al perro de Aily? No conviene que lo vean ni lo oigan siquiera.

Julián subió el perro a la litera, junto a los otros dos.

—Es el único lugar donde estará tranquilo —dijo—. Aily, quédate completamente quieta hasta que vengamos a decirte que todo va bien.

No llegó respuesta de la litera, ni una palabra, ni un balido, ni un ladrido. *Tim* empezó a ladrar de nuevo fuertemente y corrió hacia la puerta.

—¡Voy a cerrar con llave! —anunció Julián—. No quiero que Morgan y sus perros entren aquí en busca de Aily. Yo creo que sabe ya que se escapó. O puede que ella se escapara mientras le estaba riñendo y él piense que se fue con su padre, el pastor. ¡Y va en su busca para evitar que diga lo que sabe!

—¡Por lo que más queráis, no dejéis entrar a los perros aquí! —

suplicó *Jorge* desesperadamente—. Ya los oigo ladrar a lo lejos.

—¡Rápido! Sentémonos a la mesa con las cartas y hagamos ver que estamos jugando —urgió Dick, cogiendo la baraja de un estante —. Si Morgan mira dentro y lo encuentra todo normal, no se le ocurrirá pensar que Aily pueda estar aquí. Apuesto a que es lo bastante astuto para espiarnos sin que le veamos, y averiguar así si estamos ocultando a Aily.

Se sentaron a la mesa y Dick repartió las cartas. Los dedos de Ana temblaban y *Jorge* sentía debilidad en las rodillas. Ana dejó caer sus cartas y Dick se rió de ella.

—¡Tienes dedos de mantequilla! ¡Anda, anímate, Morgan no te va a comer! Escuchad: si yo digo de pronto «¡Qué risa! » es que he visto a Morgan espiando por la ventana. Entonces echaos a reír y jugad como si no pasara nada.

Dick era el único sentado frente a la ventana y, mientras jugaban a «atrapar», echaba rápidas ojeadas al exterior. No se oía a los perros ahora, aunque la actitud de *Tim*, sentado con las orejas tiesas junto a la puerta, daba a entender que él sí que oía algo.

—¡Atrapadas! —gritó Julián, apoderándose de las cartas. Siguieron jugando.

—¡Atrapadas! No te me tires encima. Casi me has roto una uña.

—¡Atrapadas! ¡Si yo lo he dicho primero!

—¡Qué risa! —exclamó Dick de pronto, poniendo a todos en guardia.

Siguieron jugando, aunque ahora sin prestar demasiada atención al juego. ¿Qué estaría viendo Dick?

Dick veía algo muy importante. Veía un rostro sombrío junto a la ventana, mirando hacia el interior. Era Morgan, naturalmente.

—¡Qué risa! —repitió Dick para advertir a los otros de que aún duraba el peligro—. ¡Qué risa!

La cara de Morgan estaba ahora pegada a la ventana. Evidentemente pensaba que no podían verle y que los niños estaban demasiado entretenidos con el juego para darse cuenta de nada más. Sus ojos registraban la habitación de cabo a rabo. Al fin su cara desapareció.

—Ya no está en la ventana —anunció Dick en voz baja—. Sigamos jugando. Seguro que se dirige hacia la puerta.

¡POM, POM!

—Sí, aquí está —prosiguió Dick—. Ju, ahora te toca a ti.

—¿Quién está ahí? —chilló Julián.

—Morgan. Dejadme entrar —anunció la profunda y ronca voz de Morgan.

—No podemos. Tenemos a nuestro perro aquí y no queremos de ninguna manera que vuelvan a hacerle daño —contestó Julián, resuelto a no dejarle entrar a ningún precio.

Morgan movió el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Gruñó de nuevo.

—Lo siento, pero no puedo abrirle —explicó Julián—. Nuestro perro saldría corriendo y podría morderle. Está gruñendo muy furioso.

—¡Ladra, *Tim*! —ordenó *Jorge* en voz baja, y *Tim* respondió tan satisfactoriamente que… ¡por poco echa la casa abajo!

Morgan habló:

—Si veis a Aily, mandadla a casa —advirtió—. Se ha escapado de nuevo y su madre está preocupada. Llevo buscándola toda la noche.

—De acuerdo —respondió Julián—. Si viene por aquí, le prepararemos una cama.

—No, mandadla a casa —gritó Morgan—-. Y acordaos de lo que os dije en el granero o será peor para todos vosotros.

—Para todos nosotros. ¡Tiene gracia! —rezongó Dick, disgustado —. Será peor para él y sus amigos cuando se descubra todo. ¡Tío más antipático! ¿Ya se ha ido, *Tim*?

*Tim* se alejó de la puerta y se tendió plácidamente. Ladró una vez suavemente, como para decir: «Todo está bien». Y cuando los perros ladraron en la lejanía, no les hizo el menor caso.

—Eso significa que vuelven a la granja con Morgan —interpretó *Jorge,* aliviada—. Podemos sacar a Aily de su escondite y darle algo de comer. —Se dirigió a las literas y la llamó—. ¡Aily! Morgan se ha ido. Ya se ha marchado. Ven a comer algo. Le daremos leche a tu cordero y carne y galletas a tu perro.

La cabeza de Aily atisbo cautelosamente por debajo de la manta. En seguida saltó al suelo, seguida por el corderillo, que aterrizó firmemente sobre sus cascos. El perro tuvo que ser bajado. Estaba

demasiado asustado para saltar.

Con gran diversión de todos, Aily corrió hacia Julián y le tendió los brazos para que la cogiera. Se sentía a salvo con aquel muchacho grande y amable. Se apretó contra él como un gatito. El se sentó con ella sobre sus rodillas.

*Jorge* puso pan con mantequilla y queso en la mesa frente a ella y Ana colocó un plato de leche en el suelo para el cordero, que la lamió ávidamente, esparciéndola por el suelo. Al principio, el perro quiso también participar de la leche, pero pronto se dirigió al plato de carne y galletas que Ana le ofrecía.

—Bueno, ya hemos alimentado a la familia de Aily —dijo ésta—. ¡Caramba!

¡Cuántas emociones! Julián, haz el favor de impedir a Aily que trague de esa manera. Nunca había visto a nadie comer a esa velocidad. Es posible que no haya tomado nada desde aquel pedazo de queso que le dimos ayer.

Cuando hubo terminado la última migaja de su comida, Aily se recostó satisfecha en los brazos de Julián. Le miró como deseosa de complacerle.

—Aily te dice cómo entrar en la gran casa —anunció de pronto, sorprendiendo a todos. Julián la miró. Ahora tenía al perro sobre sus rodillas, pero se negaba a que subiera también el cordero.

—¿Aily me lo dice? —repitió gravemente—. ¡Buena chica, Aily bach! Aily empezó:

—Gran agujero. Hondo, baja hondo…

—¿Dónde está el gran agujero? —inquirió Julián.

—Allá arriba —explicó Aily—. Baja, baja mucho…

—Pero, ¿dónde está? —repitió Julián.

Aily inició una larga perorata en galés y los niños la escucharon desilusionados. Resultaba enloquecedor que Aily les estuviera contando su secreto y que ellos no pudieran entender ni media palabra de lo que decía.

—Buena chica, Aily —repitió Julián cuando ella se detuvo por fin—. Pero, dime, ¿dónde está el gran agujero?

Aily lo contempló con reproche.

—¡Aily te lo dijo, te lo dijo, te lo dijo!

—Ya lo sé, pero yo no entiendo el galés —replicó Julián,

tratando de hacérselo comprender a la chiquilla—. Sólo quiero saber dónde está el gran agujero.

Aily lo observó un momento y luego sonrió.

—¡Aily lo enseña! —exclamó descendiendo de sus rodillas—. ¡Aily lo enseña! Ven.

—¡Bueno, ahora no! —dijo Julián—. No puede ser ahora, en la oscuridad y con la nieve. No, Aily. Mañana por la mañana. No ahora.

Aily miró por la ventana y asintió.

—No ahora. ¿Por la mañana sí? Aily enseña por la mañana.

—¡Vaya! Menos mal que estás de acuerdo —suspiró Julián—. Me encantaría ver ese gran agujero, o lo que sea, inmediatamente. Pero lo único que conseguiríamos sería perdernos en la oscuridad. Iremos mañana.

—De acuerdo —convino Dick, bostezando—. También yo creo que eso es lo mejor que podemos hacer. Es una suerte que Aily te esté agradecida. Parece que no hay nada en el mundo que ella no hiciera por ti.

—También yo pienso lo mismo. Es una niña muy extraña —asintió Julián, viendo como Aily se enroscaba sobre la alfombra junto a la estufa, con su perro y su cordero junto a ella—. ¿Cómo pudo Morgan asustar así a una chiquilla indefensa? ¡Es un verdadero bruto!

—Tuvimos suerte de que no la descubriera cuando miró por la ventana —exclamó *Jorge*—. Probablemente hubiera derribado la puerta. ¡Con sólo un puñetazo la hubiera hecho añicos!

Todos rieron. Julián dijo:

—¡Me alegra de que no sucediera nada de eso! Ahora será mejor que nos acostemos. Mañana nos esperan muchas emociones.

—¡Ojalá podamos sacar a la pobre señora de su torre! —deseó Ana—. Eso es lo más importante. Aily, puedes dormir en la litera donde te ocultaste. Te daré mantas, sábanas y una colcha.

Al poco rato, el chalet había quedado en silencio y en paz. Los cinco chiquillos dormían en sus literas. *Tim* estaba con *Jorge*, Y el cordero y el perrito con Aily. Julián asomó la cabeza y sonrió. ¡Vaya colección de niños y animales! Bueno, se alegraba de que hubiera allí dos perros aquella noche.

Nadie se despertó durante toda la noche a excepción de *Jorge* al sentir a *Tim* removerse y alzarse junto a su brazo. Pero no ladró. La lamió suavemente y permaneció un momento escuchando.

El extraño trueno se oía de nuevo y se sentía también el temblor, aunque no eran tan fuertes como la vez anterior. *Jorge* notó que su litera temblaba como si hubiera bajo ella un motor que la hiciera vibrar.

Se deslizó de la litera y atisbo por la ventana. Y vio lo mismo que Dick había visto, un resplandor en el cielo. No encontraba nombre para la extraña luminosidad que subía hasta perderse en las estrellas que brillaban extraordinariamente.

No despertó a los otros. Tan pronto como terminaron los extraños acontecimientos, se acostó de nuevo. Quizá mañana conseguirían averiguar cuál era la causa. ¡Iba a ser un día muy emocionante!

# Capítulo XVII

«GRAN, GRAN AGUJERO»

Por la mañana todos se despertaron temprano. Habían dormido bien y se sentían llenos de expectación y muy excitados al pensar que iban a correr una aventura. Entrarían en la vieja casa y descubrirían sus secretos. ¡Sería una aventura maravillosa!

Aily seguía a Julián por la habitación como un perrito. Se empeñó en tomar el desayuno sentada en sus rodillas, tal como había cenado, y él se lo permitió. Estaba dispuesto a hacer todo lo que ella quisiera con tal que les enseñara el camino para poder entrar en «Viejas Torres».

—Será mejor que salgamos pronto —les urgió Ana, mirando hacia el exterior—. Está nevando bastante y podríamos perdernos.

—Es verdad. Si Aily nos lleva campo a través no tendremos ni idea de hacia dónde vamos con esta espesa nevada —advirtió Julián con ansiedad.

—Voy a arreglar esto un poco y en seguida nos vamos —continuó Ana—.

¿Llevamos algo de comer, Ju?

—Sí, no faltaba más. Prepara lo suficiente para todos —asintió Julián al instante—.

¡Sabe Dios cuándo volveremos al chalet! *Jorge* te ayudará a preparar los bocadillos, ¿verdad, *Jorge*? Y mete también algunas tabletas de chocolate en el paquete, y manzanas, si es que aún no se han terminado.

—¡Y por todos los santos! Acordaos de las linternas —advirtió Dick.

Aily observó a sus amigas mientras preparaban los emparedados,

pescando los trocitos que sobraban para dárselos a *Dave*. El cordero parecía sentirse como en su casa y retozaba entorpeciendo el paso a todos. Pero a nadie le importaba. ¡Era un animalito tan encantador!

Por fin tuvieron los bocadillos listos y repartieron todos los comestibles entre dos mochilas. Limpiaron y adecentaron la cabaña y se pusieron ropa de abrigo.

—Creo que lo mejor será bajar en trineo. Con el impulso subiríamos casi hasta medio camino de la ladera de «Viejas Torres» —comentó Julián, mirando la nieve—. Andando tardaríamos siglos. Y no podemos ir esquiando porque no tenemos esquís para Aily. Además, tampoco creo que supiera usarlos.

—Sí, vamos en los trineos —convino *Jorge*, complacida—. ¿Y qué hacemos con el cordero? ¿Lo dejamos aquí? A *Dave*, en cambio, podemos llevarlo.

De todos modos, no hubo necesidad de discutirlo. Aily se negó rotundamente a salir sin su perro y su cordero. Los cogió en brazos y frunció el ceño cuando Julián sugirió dejarlos en la cálida casita. También se negó a que la abrigaran y sólo consintió en ponerse una bufanda y un gorro de lana, y eso porque eran exactamente iguales a los que llevaba Julián.

Por último salieron. Todavía nevaba y Julián dudaba muchísimo de que fueran capaces de bajar su propia ladera y subir la siguiente sin perder el sentido de orientación.

Los trineos iban cargados hasta el tope, Julián y Dick montaron en uno con Aily y el cordero entre ellos. Las niñas subieron en el otro colocando en el medio a *Dave* y a *Tim*. *Jorge* iba delante y Ana detrás, cargando con la pesada tarea de dirigir la marcha y evitar al mismo tiempo que cayeran los dos perros.

—Lo más seguro será que volquemos —dijo a *Jorge*—. ¡Huy! Ojalá hubiéramos esperado un poco. Está nevando muy fuerte ahora.

—Mejor —repuso Julián—. Así nadie nos descubrirá cuando nos acerquemos a

«Viejas Torres». No podrán ver nada a través de la nieve.

El trineo de Julián partió velozmente por la nevada ladera. Cogió velocidad y los muchachos gritaron felices al sentir el viento chocando contra la cara. Aily se agarró fuertemente a la espalda de

Julián, medio asustada. El cordero no osaba moverse de su lugar. Encajonado entre Aily y Julián, lo observaba todo con ojos atónitos.

¡Zummm! Llegaron al pie de su ladera y subieron un trozo de la otra, perdiendo velocidad gradualmente, hasta que al fin el trineo se detuvo. No muy lejos, el de *Jorge* también se paró. *Jorge* saltó y lo arrastró hasta dejarlo junto al de su primo.

—¡Bárbaro! —exclamó con el rostro resplandeciente— ¿Qué hacemos ahora? ¡Fue un descenso maravilloso!

—¡De película! —asintió Julián—. ¡Ojalá tuviéramos tiempo para repetirlo! ¿Te gustó, Aily?

—No —replicó Aily, colocándose el gorro de lana para que estuviese exactamente como lo llevaba Julián—. No. Me pone la nariz fría, muy fría.

Se cubrió la nariz con la mano para calentarla. *Jorge* rió.

—Me da risa oírla quejarse de tener la nariz fría cuando apenas lleva ropa sobre su cuerpo, tan delgado. A mí me parece que debe de tener frío en todo el cuerpo, no sólo en la nariz.

—Aily, ¿puedes encontrar el gran agujero? —preguntó Julián mirando a su alrededor.

Caían gruesos copos de nieve y sólo se alcanzaba a ver a pocos metros. Aily permanecía con los pies enterrados en la nieve, observando en torno suyo. Julián temió que dijera que no sabía qué dirección tomar. ¡Incluso tenía serias dudas sobre si sabría encontrar el camino de vuelta!

Pero Aily era como un perrito. Tenía un gran sentido de la orientación y podía ir de un sitio a otro en una noche oscura o nevando sin la menor dificultad. Al fin dijo:

—Aily lo sabe. *Dave* también lo sabe.

Dio unos pasos hacia delante, pero se hundió en la nieve hasta las caderas y sus ligeros zapatos quedaron calados.

—Debe de tener los pies helados —dijo Dick—. Será mejor que se siente en un trineo y que la llevemos, Ju. Qué pena que no tuviéramos botas de goma de su tamaño para dejárselas. ¿Sabes lo que te digo? Esta expedición es una locura. Espero por nuestro bien que Aily sepa adonde nos lleva. En este momento no tengo la más remota idea de dónde está el Este, el Oeste, el Norte o el Sur.

—Espera. Tengo una brújula en uno de mis bolsillos —le

respondió Julián. Y empezó a rebuscar entre sus ropas. Por último, sacó una pequeña brújula y la consultó—. Por ahí está el Sur —señaló—. Así que «Viejas Torres» se encuentra en aquella dirección. El Sur está justo frente a nuestro chalet. Recuerda que el sol brilla directamente delante de nuestras ventanas a mediodía. O sea, que hemos avanzado hacia el Sur.

—Veamos hacia dónde nos señala Aily —propuso Dick. La sentó en su trineo y la envolvió en la bufanda—. Ahora, ¿por dónde, Aily?

Aily señaló inmediatamente hacia el Sur. Todos se quedaron muy impresionados.

—Está bien —asintió Julián—. Oye, Dick, yo llevaré a Aily en mi trineo. Tú puedes arrastrar el de las niñas.

Empezaron a subir el trecho de la ladera que faltaba para llegar a «Viejas Torres», Aily con *Fany* y *Dave* en el trineo y *Tim* sentado en el trineo de *Jorge*. Las niñas caminaban tras de ellos. *Tim* se divertía muchísimo. No le gustaba andar sobre la nieve porque sus patas se hundían cuando intentaba correr. ¡Era mucho más cómodo sentarse en el trineo y dejar que le arrastraran!

—¡Perezoso! —le regañó su ama. Pero *Tim* se limitó a menear el rabo. No le importaba lo más mínimo lo que pudieran decirle.

Julián miraba su brújula de vez en cuando. Se dirigían hacia el Sur directamente. De pronto, Aily dio un grito y señaló a la derecha.

—¡Por aquí, por aquí!

—Quiere que vayamos hacia el Oeste —comentó Julián deteniéndose—. No sé si no se equivocará. Según mis cálculos, nos dirigimos directamente hacia «Viejas Torres». Si seguimos sus indicaciones, terminaremos en lo alto de la montaña, a la derecha.

—¡Por aquí, por aquí! —repitió Aily con voz de mando. Y *Dave* ladró como para confirmar que estaba en lo cierto.

—Será mejor obedecerla —opinó Dick—. Parece sentirse muy segura.

Así que Julián se desvió hacia la derecha y los otros le siguieron. Subieron un buen trecho por la empinada ladera, hasta que Julián empezó a jadear por el cansancio.

—¿Falta mucho? —le preguntó a Aily, que acariciaba a su cordero sin fijarse al parecer en el camino. La verdad es que tampoco había mucho que ver excepto la nieve que cubría el suelo

y los copos de nieve que danzaban en el aire.

Aily miró hacia arriba. Luego volvió a señalar un poco más a la derecha, diciendo algo en galés y agitando la cabeza.

—Parece como que ya nos encontramos cerca del lugar al que nos lleva, de ese «gran agujero», o lo que sea —supuso Julián mientras seguían el camino.

Un minuto después, Aily saltó del trineo y se detuvo mirando al suelo con el ceño fruncido.

—Aquí —afirmó—. El gran agujero aquí.

—Puede ser. Pero la verdad es que me gustaría verlo un poco más claro, Aily — exclamó Julián.

Aily empezó a escarbar en la nieve e inmediatamente *Tim* y *Dave* acudieron en su ayuda, imaginando sin duda que buscaba conejos o alguna madriguera oculta.

—Me temo que esta chiquilla se ha dejado llevar por su imaginación —comentó Dick—. ¿Cómo va a haber aquí un gran agujero?

*Tim* y Aily habían ido apartando la nieve hasta dejar al descubierto los enterrados matorrales de brezos que crecían por toda la comarca. Julián observó los rectos brezos que se erguían en el claro que Aily y los perros habían despejado.

—*Tim*. Coge a *Tim* —dijo Aily de repente a *Jorge*—. Caerá abajo, abajo. Caerá como *Dave* un día, abajo, abajo.

—¡Ya sé! —exclamó Dick—. Creo que se trata de una sima natural. Ya sabéis, esos extraños pozos que se encuentran a veces en las montañas y que descienden rectamente bajo tierra. En algunos sitios les llaman «pozos mortales». Una vez encontramos uno en la isla de Kirrin, ¿os acordáis?

—Sí. Y también estaba entre los brezos —añadió *Jorge* recordándolo—. Y conducía a la caverna de más abajo, junto a la playa. ¡Eso es lo que Aily quería decir con un «gran, gran agujero»! Un pasadizo natural en el suelo. *Tim*, por lo que más quieras, ven acá. ¡Puedes caer por él!

En efecto, *Tim* estuvo a punto de caer. *Jorge* lo agarró por el collar justo a tiempo. *Dave* era más prudente. ¡Ya había caído una vez!

—El agujero —anunció Aily complacida—. El gran, gran

agujero. Aily lo ha encontrado para vosotros.

—Desde luego que lo encontraste. Pero, ¿cómo nos conducirá a «Viejas Torres»?

—quiso saber Dick.

Aily no pareció entenderle. Se arrodilló para mirar hacia el fondo del pozo que había descubierto bajo los brezos y la nieve.

—Te has portado maravillosamente —alabó Julián—. Has sabido venir directamente y encontrar el pozo cuando no se podía ver a través de la nevada. Eres mejor que un sabueso. ¡Buena chica, Aily bach!

Aily esbozó una de sus repentinas sonrisas y puso su mano sobre la de Julián.

—Bajamos, ¿sí? —preguntó—. ¿Aily enseña el camino?

—Bueno, creo que lo mejor será bajar cuanto antes si es que podemos —aceptó Julián. No acababa de gustarle la idea, pues no podía ver nada en la oscuridad e ignoraba lo que les aguardaba abajo.

*Fany*, el cordero, estaba harto de esperar. Se deslizó hasta el borde del agujero y metió en él la cabeza. Dio un salto sobre sus patitas y desapareció.

—Ha saltado por el agujero —exclamó *Jorge*, asombrada—. Espera, Aily. No saltes tú también. Puedes hacerte daño.

Pero Aily se metió en el agujero y desapareció a su vez.

—Aily aquí —se oyó su voz desde abajo—. Venid de prisa.

# Capítulo XVIII

«VIEJAS TORRES»

—Bueno, ya lo visteis. Se dejó caer y saltó adentro —comentó *Jorge* con asombro—. Espero que no se haya roto una pierna. Julián, enfoca tu linterna.

Julián iluminó la entrada.

—Es bastante profundo —aseguró—. Será mejor que vayamos a buscar las cuerdas de nuestros trineos y bajemos con ellas. No me apetece en absoluto romperme una pierna o torcerme un pie en estos momentos.

—Si atravesamos los trineos sobre el hueco y dejamos colgar las cuerdas dentro podremos bajar con facilidad —propuso Dick.

Así lo hicieron. Colocó su trineo sobre el agujero y luego Julián hizo lo mismo. Pronto las cuerdas colgaron dispuestas a ayudar a bajar a los cuatro niños.

—¿Y *Tim*? —inquirió *Jorge* ansiosamente—. *Dave* ha saltado también. Espero que no se haya roto una pata…

—Lo envolveré en mi chaquetón y lo ataré a una de las cuerdas —resolvió Julián—. Así podremos bajarlo tranquilamente. Ven, *Tim*.

Una vez *Tim* estuvo preparado, Dick descendió por la otra cuerda y llegó al fondo del agujero, listo para recoger al perro. En realidad, no resultó nada difícil. Aily los miró desdeñosamente al ver que usaban cuerdas.

—Nosotros no somos unos corzos como tú, ¿sabes? No estamos acostumbrados a pasarnos todo el día correteando por las montañas, Aily. Bueno, pues, ya estamos en el gran, gran agujero. ¿Y ahora qué? —Iluminó todo el recinto con la linterna—. Sí, es un pozo natural. Una pequeña caverna bajo tierra. ¡Eh! ¿No es eso un

túnel?

—*Sí* —convino *Jorge*. Aily y el cordero se metieron juntos en el oscuro túnel—. Mirad eso. Sin linterna ni luz de ninguna clase y se mete en la oscuridad sin ningún miedo. ¡En su lugar, yo me sentiría bastante asustada!

—Tiene ojos de gato —comentó Ana—. ¿La seguimos? Me parece que será lo mejor, si no queremos perdernos de ella.

—Ven, *Tim* —llamó *Jorge*.

Y los cinco avanzaron por el oscuro y serpenteante túnel, siguiendo a Aily. Ana observó el techo rocoso y pensó maravillada en las masas de brezos que crecían sobre él, cubiertos de gruesa nieve. ¡Ya no veían a Aily! Julián empezó a preocuparse.

—¡Aily, vuelve! No hubo respuesta.

—No importa —le tranquilizó Dick—. Probablemente sólo hay un camino y ya sabe que tenemos que seguirla a la fuerza. Si encontramos una bifurcación la llamaremos otra vez.

Pero no encontraron ninguna. El pasadizo seguía serpenteando y bajando invariablemente. El techo y las paredes eran rocosos, pero bajo sus pies había arena sucia alternando con trozos de roca, lo cual los obligaba a avanzar a trompicones.

Julián consultó su brújula.

—Hemos estado siguiendo la dirección nordeste, poco más o menos. Por ahí debe encontrarse «Viejas Torres». Creo que ya sé cómo entró Aily en la casa.

—Sí. Sin duda el pasadizo pasa por debajo de la «valla que muerde» y bajo los jardines y termina cerca de las dependencias de la casa. O puede que dentro de ellas — explicó Dick—. ¿Por dónde andará esa cría?

La vieron en aquel momento a la luz de la linterna de Julián. Los estaba aguardando en una esquina con *Dave* y *Fany*. Señaló hacia adelante.

—El camino hacia el jardín —anunció—. Un pequeño agujero, grande para Aily, pero no para vosotros.

Julián enfocó la linterna en su dirección. Descubrió un agujero pequeño, cubierto de brezos o cizaña, no podía asegurarlo. Observó los bordes rocosos del estrecho pasadizo y comprendió que a Aily le fue muy fácil subir por allí para deslizarse por el hueco y entrar en

los jardines. Así pudo recoger los papeles que la pobre anciana había ido tirando esperanzada. Seguramente Aily era la única persona que había logrado introducirse en los jardines sin permiso.

—Por aquí —ordenó Aily—. Y los condujo más allá del agujero, siempre hacia abajo.

—Ya debemos de estar bajo la casa —aventuró Julián—. Me pregunto si…

Pero antes de que terminara su frase, vio que el pasadizo les había llevado a una antigua y casi arruinada caverna. Atravesaron una pared semiderruida y Aily los llevó orgullosamente a un oscuro y desordenado sótano lleno de toneles y viejas botellas. En otros tiempos debió de haber servido como bodega.

—¡Cuántos sótanos! —observó Dick, asombrado mientras pasaban de uno a otro—. ¡Hay docenas de ellos! ¿Qué es esto, Aily?

Habían llegado a, un lugar donde aparecía una pared totalmente derrumbada. Sin embargo, parecía haber sido derribada por manos humanas, puesto que el hueco era nuevo y no estaba cubierto de musgo y líquenes como los otros.

Un gran boquete había sido abierto en lo que a primera vista parecía una caverna herméticamente cerrada.

Entonces les llegó un extraño ruido, un sonido de agua que gorgoteaba y salpicaba. Julián dio un paso adelante para poder curiosear en la caverna de la pared derribada.

Aily tiró de su mano, aterrorizada.

—¡No, no! ¡No vayas ahí! Hombres malos, hombres muy malos. ¡Es un sitio malo!

—¡Mirad! —exclamó Julián, extrañado, sin hacer caso de la advertencia de Aily—. Un río subterráneo. No un arroyuelo. ¡Un río! Corre bajo la montaña. Probablemente recoge los arroyos que encuentra en su camino. Y apuesto a que desemboca en el mar por algún lado. Sabemos que el mar no está lejos.

—Malos hombres aquí abajo —advirtió Aily presa de pánico, tirando de Dick y de *Jorge*—. ¡Bang, bang! Gran fuego, gran ruido. Venid a la casa, de prisa.

—¡Demonios! Esto sí que es extraordinario —comentó Julián, atónito—. ¿Qué está ocurriendo aquí? Tenemos que averiguarlo. ¿Qué diablos quiere decir Aily?

Ana y *Jorge* también estaban asombradas. Sin embargo, no sentían el menor deseo de seguir el río para investigar.

—Es mejor que dejemos eso por ahora y que entremos en la casa —propuso *Jorge*—. Al fin y al cabo, lo más importante por el momento es salvar a la señora. No me extraña que la encerraran en una de las torres. Así no puede enterarse de lo que está pasando.

—Bueno, que me cuelguen si lo entiendo —dijo Dick—. No estoy seguro de que esto no sea una especie de pesadilla.

—Venid a la casa —repitió Aily.

Y esta vez, para su alivio, la siguieron. *Tim* trotaba junto a *Jorge* sin acabar de entender todo aquello. Aily los condujo sin equivocaciones a través de las derribadas murallas, cruzando bodegas llenas de moho, hasta llegar a una que daba muestras de haber sido usada recientemente como almacén. Latas de comida, muebles antiguos, viejas cajas, latas y bañeras, barriles de todos los tamaños y modelos aparecían esparcidos por allí.

—No hagáis ruido —advirtió Aily, obligándolos a caminar silenciosamente. La siguieron por un largo tramo de escaleras de piedra, que los llevó a una gran puerta semiabierta. Aily se detuvo para escuchar. Probablemente trataba de averiguar si se encontraba por allí el alto guarda, pensó Julián. ¡Ojalá que el feroz perro no anduviera por la casa! Le susurró a Aily:

—¿El gran perro está en la casa, Aily?

—No. Gran perro en el jardín, gran perro en el jardín todo el día y toda la noche — le respondió la chiquilla. Julián se sintió más tranquilo.

—Aily encuentra hombre —exclamó Aily. Y salió haciendo señas a sus amigos de que aguardaran.

—Ha ido a ver dónde está el guarda —informó Julián—. ¿Habéis visto alguna vez a alguien como ella? ¡Caray! Ya está de vuelta.

En efecto, allí estaba con su traviesa sonrisa.

—Hombre duerme —anunció—. Hombre seguro.

Los llevó a través de la puerta hasta una enorme cocina. Tenía una chimenea colosal en un extremo, ahora vacía y negra. Aily abrió la puerta de la despensa y se metió dentro. Sacó un pastel de carne y se lo ofreció a Julián, pero éste se negó a tomarlo.

—No, no puedes cogerlo.

Aily no entendió o no quiso entender y se comió con todo gusto un trozo del pastel, poniendo el resto en el suelo para que se lo terminaran los perros, que no le hicieron ningún remilgo.

—Aily, llévanos con la señora —urgió Dick, que no quería desperdiciar el tiempo en cosas como aquélla—. ¿Estás segura de que no hay ninguna persona más en la casa?

—Aily sabe —declaró la chiquilla—. Un hombre que vigila, allí. —Y señalaba una puerta cercana—. Vigila a la vieja señora y el perro vigila el jardín. Los otros hombres no vienen aquí.

—Bueno, y entonces, ¿dónde viven esos extraños «hombres»? —preguntó Julián.

Pero Aily no comprendió. Los llevó a un gran recibidor con dos tramos de escalera que subían y se encontraban en un ancho corredor. El cordero saltaba y *Dave* ladró alegremente.

—¡Chist! —exclamaron los cuatro a coro. Aily se echó a reír. Se sentía en su casa y Dick se preguntó cuántas veces habría bajado por el agujero para rondar por allí. No le extrañaba que desapareciera tantas noches de su casa. Sin duda acostumbraba ir a esconderse a cualquier rincón del caserón. Subieron por las escalinatas. Aily se negó a seguir más arriba del segundo piso. Habían subido dos tramos de escalera y ahora aparecía ante ellos un corredor con pinturas que desembocaba en otra escalera, situada en el fondo. La niña se volvió y rechazó la mano de Julián.

—¿Qué pasa? —preguntó éste.

—Aily no va allí —repuso ella retrocediendo—. No va allí nunca más. ¡Estas gentes ven a Aily! —Y señaló a los grandes cuadros, cada uno de los cuales representaba a uno de los antiguos propietarios de la casa.

—Tiene miedo de los retratos —exclamó Ana—. Miedo de sus ojos que la siguen cuando corre por la galería. ¡Qué niña más divertida! De acuerdo, Aily, tú te quedas aquí. Vamos a las torres.

Aily se escondió con *Dave* y *Fany* tras una cortina. Ana observó los graves retratos, mientras los cuatro, seguidos por *Tim*, avanzaban en silencio por la larga galería. Se estremeció ligeramente. Los ojos parecían seguirlos, mirándolos sería y desaprobadoramente.

Un tramo de escalera y otro más. Y se encontraron en un pasillo

que unía ambas torres. ¿Cuál era la habitación que ellos buscaban?

Fue muy fácil saberlo. Todas, excepto una, tenían las puertas abiertas.

—¡Tiene que ser ésta! —aventuró Julián, al tiempo que llamaba con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una voz débil y melancólica—. Seguro que no eres tú, Matthew. Tú no tienes educación. ¡Abre la puerta como siempre y no te burles de mí!

—La llave está en la cerradura —observó Dick—. Abre ya, Ju. ¡De prisa!



# Capítulo XIX

INSTANTES DE EMOCIÓN

Julián dio una vuelta a la llave y abrió la puerta. Una anciana señora estaba sentada junto a la ventana leyendo un libro. No se movió.

—¿Por qué vienes a estas horas de la mañana, Matthew? —preguntó sin volverse—

. ¿Y cómo te acordaste de tu educación para llamar? ¿Es que recordaste los tiempos en que sabías cómo comportarte con tus superiores?

—No es Matthew —dijo Julián—. Somos nosotros. Hemos venido a liberarla.

La anciana se volvió al instante, estupefacta. Inmediatamente se levantó y se dirigió a la puerta. Los cinco pudieron comprobar que temblaba.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? Dejadme salir en seguida, antes de que llegue Matthew. ¡Dejadme salir, os digo!

Empujó a los cuatro niños y al perro y se detuvo perpleja en el pasillo.

—¿Qué haré, Dios mío? ¿Adónde puedo ir? ¿Aún andan por aquí aquellos hombres?

Volvió a entrar en la habitación y se dejó caer de nuevo en su sillón, cubriéndose la cara con las manos.

—Me siento desfallecer. Dadme un poco de agua.

Ana cogió un vaso y lo llenó con el agua de un jarro que había sobre la mesa. La señora lo cogió y bebió. Luego observó a Ana.

—¿Quién eres tú? ¿Qué significa todo esto? ¿Dónde está Matthew? ¡Oh! Debo de estar volviéndome loca.

—Señora Thomas… Porque usted es la señora Thomas, ¿verdad? —comenzó Julián—. La pequeña Aily, la hija del pastor, nos trajo aquí. Ella sabía que estaba usted encerrada. Recuerda usted a la madre de Aily, ¿no? Ella nos dijo que en otro tiempo venía a hacer faenas para usted.

—La madre de Aily, Maggy, sí, sí. Pero, ¿qué tiene que ver Aily con todo esto? No. No os creo. Esto es otro engaño. ¿Dónde están los hombres que mataron a mi hijo?

Julián y Dick se miraron. Era claro que la anciana no estaba del todo en sus cabales. O quizá su repentina aparición la había trastornado.

—Los hombres que trajo mi Llewellyn querían comprar mi casa —les explicó entonces ella—. Pero yo no quería venderla. ¡No quiero! ¿Sabéis qué me dijeron? Que en esta montaña, debajo de mi casa, existe un raro metal, un metal muy potente que vale una fortuna, ¿cómo se llama?

Miró a los niños como esperando que ellos lo supieran. Después meneó la cabeza al no recibir respuesta.

—¿Cómo ibais a saberlo vosotros? Sólo sois unos niños. Pero yo no quería venderla. ¡No quería vender mi casa ni el metal que hay abajo! ¿Sabéis para qué lo querían? ¡Para fabricar bombas para matar gente! Y yo dije no. Nunca venderé este lugar para que esos hombres vengan a buscar el metal y fabriquen bombas. Va contra la ley de Dios, dije. Y yo, Bronwen Thomas, nunca haré una cosa así.

Los niños la escuchaban horrorizados. La anciana señora no parecía estar muy cuerda y se balanceaba hacia delante y hacia atrás mientras hablaba.

—Entonces se lo preguntaron a mi hijo. Él se negó como yo, y ellos se lo llevaron y lo mataron. Ahora trabajan aquí abajo. ¡Sí, yo los oigo! Oigo ruidos y trepidaciones, mi casa tiembla y veo cosas extrañas… Pero, ¿quiénes sois vosotros? ¿Dónde está Matthew? Él fue quien me metió aquí y me encerró. Me explicó que Llewellyn, mi pobre hijo, había muerto. Es un hombre horrible ese Matthew. Trabaja para esos hombres, para esos hombres tan malvados.

Por un momento pareció olvidar a los cuatro niños. Éstos se

preguntaban qué podían hacer. Julián comprendía que la pobre anciana no sería capaz de bajar las escaleras con ellos, ni pasar por el túnel y, desde luego, era completamente imposible que saliese por la boca del pozo. Deseó no haberse precipitado tanto en sus planes de rescate. Era preferible volver a cerrar la puerta y dejarla a salvo hasta que pudieran avisar a la policía. Porque ahora, sin ninguna duda, tenía que intervenir la policía.

—Vamos a dejarla —dijo a la señora Thomas—. Pero mandaremos pronto a alguien para sacarla de aquí. Sentimos haberla molestado.

Y ante la estupefacción de sus compañeros, los empujó fuera del cuarto, cerró la puerta con llave y se guardó ésta en el bolsillo.

—¿Vamos a dejarla aquí? —preguntó *Jorge*, muy sorprendida—. ¡Pobre, pobrecilla!

—Sí. ¿Cómo crees que íbamos a poder sacarla? —repuso Julián, turbado—. Tenemos que avisar a la policía, no importa lo que diga Morgan. Ahora ya lo comprendo todo. La madre prohibió al hijo vender la casa, a pesar del enorme precio ofrecido, el hijo se negó a su vez, y los hombres decidieron que de todos modos conseguirían extraer el metal y…

—Y entonces mataron al hijo —terminó Dick—. Sí, pudo ocurrir así. Aunque creo que ésa sería una medida demasiado peligrosa. La gente se hubiera dado cuenta de su desaparición y la policía hubiera hecho investigaciones. Nadie nos ha dicho nada sobre que el hijo hubiera muerto o desaparecido, excepto la señora Thomas.

—Bueno, dejemos eso ahora— propuso Julián—. Tenemos que hacer algo en seguida. Siento mucho tener que dejar a la anciana señora Thomas encerrada en esa habitación, pero creo sinceramente que allí estará mejor que en ningún otro sitio.

Bajaron los dos tramos de escalera hasta llegar a la galería de los cuadros. Aily los esperaba allí acariciando a sus animalitos. Contenta de verlos, les sonrió. No pareció darse cuenta de que volvían sin traerse con ellos a la anciana.

—El hombre abajo está muy enfadado —dijo riendo—. Se ha despertado y grita y maldice.

—¡Dios mío! ¡Ojalá no nos descubra! —exclamó Julián—. Tenemos que salir rápidamente de aquí y avisar a la policía. Espero

que no se le ocurra subir hasta aquí, ni hacer entrar al perro en la casa.

Bajaron a toda velocidad, aunque tratando de esconderse de Matthew. Pero no había señales de él, aunque se oía en algún lado un terrible estruendo de gritos y golpes.

—Aily cerró la puerta —declaró Aily de pronto señalando en la dirección de donde procedía el ruido—. El hombre encerró a la anciana, pues Aily encerró al hombre.

—¿De veras? ¿De verdad hiciste eso? —dijo Julián, entusiasmado—. ¡Eres un diablillo! ¡Qué idea más genial! Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

Se acercó a la puerta de la habitación donde estaba encerrado el enojado Matthew.

—¡Matthew! —llamó severamente.

Se hizo un silencio y luego se oyó la atónita voz de Matthew:

—¿Quién está ahí? ¿A quién se le ha ocurrido encerrarme? Si es uno de los hombres se arrepentirá de esto. Es una estupidez ponerse a gastarme bromas cuando saben que tengo que subir a vigilar a la señora Thomas.

—Matthew, no soy ninguno de los hombres —replicó Julián. Y todos escucharon con admiración el tono sereno y determinado de su voz—. Hemos venido a rescatar a la señora Thomas de esa torre. Y ahora nos vamos para explicarle todo esto a la policía. Le diremos que su hijo ha sido asesinado por unos hombres que ahora trabajan bajo la casa.

Hubo un silencio. Luego Matthew comenzó a hablar impaciente:

—¿Qué significa todo esto? No entiendo una palabra. La policía no tiene nada que hacer aquí. El señor Llewellyn, el hijo de la señora Thomas, no está muerto, palabra. Está vivito y coleando. Y no se sentirá muy contento cuando os vea, quienquiera que seáis. Largaos en seguida… No, un momento. Dejadme salir primero. Lo que no me explico es cómo el alsaciano no os ha atrapado ya.

Ahora les había tocado el turno de asombrarse a los niños. ¿Así que el hijo de la señora Thomas no estaba muerto…? ¿Dónde estaba entonces? ¿Y por qué le habría contado Matthew a la señora Thomas aquella cruel mentira?

—¿Por qué le dijo a la señora Thomas que su hijo había muerto?

—¿Y qué diablos os importa a vosotros? El señor Llewellyn me ordenó que le dijera eso a su madre. La anciana no quería permitirle vender el yacimiento que hay bajo la casa, el yacimiento que actúa sobre los coches y bicicletas y arados y los hace pesados como el plomo. Los imanta, según dijeron. Bueno, y si quería venderlo, ¿por qué no había de hacerlo? Aunque lo que yo digo es que no debía de habérselo vendido a unos extranjeros. No, no debía. Si yo lo hubiera sabido antes… Si lo hubiera sabido no hubiera aceptado dinero para actuar como lo hice.

La voz aumentaba de volumen a medida que Matthew contaba la historia. El hombre volvió a golpear frenéticamente la puerta.

—¿Quiénes sois? ¡Dejadme salir! He sido amable con la anciana, ¡preguntádselo a ella! Aunque… es difícil y extraña a veces. He sido leal con el señor Llewellyn, cosa que no es fácil, no. ¿Quiénes sois, digo? ¡Dejadme salir dejadme salir! Si el señor Llewellyn me pesca aquí encerrado me matará. Dirá que he revelado su secreto. ¡DEJADME SALIR!

—Parece un poco chiflado —comentó Julián, agradeciendo que estuviera encerrado—. Debe de ser bastante tonto para creer todo lo que le dijo el hijo y obedecerle. Bueno, hay que avisar a la policía. ¡Daos prisa! Volveremos por donde vinimos.

—Echemos primero una ojeada al río que vimos antes para averiguar qué hacen esos hombres —solicitó Dick—. Sólo tú y yo, Julián. Es nuestra oportunidad. No nos verán y sólo estaremos unos minutos. Las niñas pueden esperarnos en cualquier parte acompañadas de *Tim*. —No creo que debamos detenernos. Estoy seguro de que será peligroso —dijo Julián.

—No, no lo hagamos —suplicó Ana—. No me gusta esta casa. Me siento muy mal en ella. Y no quiero ni pensar qué pasará cuando los hombres empiecen a trabajar y la casa tiemble.

—Bueno, vámonos —apremió Julián. Así lo hicieron. Ignorando por completo los golpes y chillidos de Matthew, se fueron a través de la cocina y descendieron hacia el sótano, iluminando el camino con sus linternas.

—Apuesto a que Matthew se merece que le hayamos dejado encerrado —comentó Dick, mientras pasaban por los sótanos—. ¡Le está bien empleado! Aceptar el soborno del hijo para decirle

mentiras a la pobre señora… ¡Vaya! Ya llegamos a donde echaron abajo la pared para alcanzar el río subterráneo. Supongo que no encontraron otro modo más fácil de llegar hasta el metal.

Por un instante, se quedaron mirando el paso de la corriente a través del hueco de la pared.

—Ven, ven —urgió Aily tirando del brazo de Julián—. ¡Hombres malos aquí!

Llevaba sujeto a su perrito *Dave* para que no se cayera en el ruidoso río. *Fany*, el cordero, retozaba suelto, como siempre. Repentinamente se dirigió hacia el túnel del río, meneando locamente la colita.

—¡*Fany*, *Fany*! —gritó Aily—. ¡*Fany* bach!

Pero el cordero, creyendo que se hallaba en el buen camino, siguió adelante ensordecido por el rugir del agua corriente. Aily corrió tras él con pies seguros, saltando por la rocosa ribera.

—¡Vuelve, idiota! —chilló Julián. Aily no lo oyó, o no quiso oírle, y desapareció en la oscuridad.

—No tiene linterna, Ju. Se caerá y se ahogará —gritó *Jorge*, llena de pánico—. *Tim*, síguela. ¡Tráela aquí!

*Tim* partió obediente, corriendo a toda la velocidad posible junto a la negra e impetuosa agua que bajaba rápidamente en su camino hacia el mar.

Julián y los otros aguardaban ansiosamente. Aily no volvía, ni tampoco los animales. Y *Jorge* empezó a sufrir por *Tim*.

—¡Ay, Julián! ¿Qué les habrá pasado a *Tim* y a los otros? No llevan linternas. ¿Por qué habré hecho marchar a *Tim*? ¡Debíamos de habernos ido!

—Volverán perfectamente —la tranquilizó Julián—. Esa chiquilla, Aily, puede ver en la oscuridad y sabe orientarse como un sabueso.

Pero pasados cinco minutos sin que ninguno de los cuatro hubiera vuelto, *Jorge* se echó a andar, iluminando la orilla del río con la linterna.

—Voy a buscar a *Tim* y nadie me detendrá.

Y antes de que los niños pudieran detenerla, ya se había ido. Julián gritó:

—¡*Jorge*, no seas loca! ¡*Tim* sabrá encontrar el camino! No te

vayas, no sabes con lo que puedes tropezar.

—Ven —dijo Dick, emprendiendo la marcha a su vez—. *Jorge* no volverá hasta que encuentre a Aily y a *Tim*. Mejor será que la sigamos rápidamente, antes de que ocurra algo horrible.

Ana siguió a los muchachos. Su corazón latía con fuerza. ¿Qué habría pasado? Sin duda lo peor que podía suceder.

# Capítulo XX

EN EL CORAZÓN DE LA MONTAÑA

Aquello parecía una pesadilla. Los niños se veían obligados a avanzar por el estrecho pasadizo rocoso que bordeaba el río. Sus linternas tenían buenas pilas, afortunadamente, y daban una luz brillante que les permitía ver un buen trecho del río. A veces el caminillo rocoso se estrechaba demasiado.

—¡Madre mía! —suspiró Ana tratando de mantenerse tras los niños—. Me parece que voy a resbalar. Ojalá no llevara puestas esas pesadas botas de nieve. ¡Vaya un jaleo que arma el río! ¡Y qué velocidad lleva!

Un poco más adelante de Ana y los niños, *Jorge* no dejaba de llamar a *Tim*. Estaba muy preocupada porque no volvía junto a ella, como siempre que lo llamaba. Olvidaba que el río hacía tanto ruido que *Tim* difícilmente podía oír otra cosa que el estruendo del agua.

De pronto, el túnel se ensanchó considerablemente, formando una especie de amplio lago, antes de canalizarse de nuevo. Las paredes formaban una gran caverna, la mitad de la cual se hallaba ocupada por el agua. La otra correspondía a un trozo de suelo rocoso y áspero.

*Jorge* se quedó asombrada ante el espectáculo, pero aún le maravillaron más las otras cosas que vio.

Dos balsas toscas y extraordinariamente resistentes estaban amarradas al borde de la profunda laguna. Y en el rocoso suelo de la caverna había una especie de barriles metálicos, presumiblemente aguardando para ser cargados en las balsas.

En un rincón se agrupaba un enorme montón de botellas, latas y cajas sin abrir; y en el otro extremo, un montón igualmente grande

de latas, cajas y botellas vacías. También se veían enormes cestos de madera, aunque *Jorge* no alcanzaba a imaginar para qué servirían.

La caverna estaba débilmente iluminada, quizá por luz eléctrica, quizá por un foco colocado en alguna parte. No parecía haber nadie allí. *Jorge* voceó angustiada, esperando que *Tim* anduviera por allí.

—¡*Tim*! ¿Dónde estás?

*Tim* salió al instante de detrás de los cestos, meneando alegremente el rabo. Su ama se alegró tanto de verle que se arrodilló y lo abrazó fuertemente.

—Eres un perro muy malo —le riñó, mientras le acariciaba—. ¿Por qué no viniste cuando te llamaba? ¿Encontraste a los otros? ¿Dónde está Aily?

Una carita asomó tras el cesto de donde había salido *Tim*. Era Aily. Parecía aterrorizada y sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas. Llevaba a su cordero en brazos y *Dave* la seguía pegado a sus talones. Corrió hacia *Jorge* gritando algo y señalando al túnel por el que habían llegado. *Jorge* comprendió.

—Sí, ahora nos vamos. ¡Mira! Aquí están los demás.

Aily los había visto ya. Corrió hacia Julián sintiéndose feliz y se deslizó en sus brazos, con cordero y todo. Éste se alegró también de ver a *Jorge* y a *Tim*. Todos examinaron la caverna.

—Ya veo todo el plan —aseguró Julián—. ¡Una idea fabulosa! Extraen el metal precioso de su yacimiento, que debe estar por aquí cerca, lo colocan sobre esas balsas y el río subterráneo las arrastra directamente al mar. Apuesto a que tienen barcazas o algo así aguardando en alguna ensenada oculta, para llevarse la carga durante la noche.

—¡Caramba! —comentó Dick—. ¡Qué ingenioso! Y se sirven de los extraños ruidos y todo lo demás para asustar a la gente y mantenerla alejada de la montaña. ¡Así nadie se atreve a rondar por aquí para ver qué pasa!

—La granja más cercana es «La Cañada Mágica», donde viven los Jones — prosiguió Julián—. Realmente son los únicos capaces de averiguar algo.

—¡Cosa que hicieron, seguro! —añadió Dick—. Apuesto a que Morgan lo sabe todo y que está de acuerdo con el hijo de la señora Thomas, que vendió el metal a esos hombres, aunque pertenecía a

su madre.

—Aquí abajo no hay ningún ruido extraño. No se oye más que el río —dijo Julián—. ¿Creéis que estarán trabajando ahora?

—Bueno… —comenzó Dick.

Se paró de repente porque *Tim* y *Dave* habían comenzado a gruñir; *Tim*, con su «voz» profunda y *Dave* en tono agudo. Julián empujó a Aily y *Jorge* tras el gran cesto, mientras Dick hacía lo mismo con Ana. Escucharon atentamente. ¿Qué habrían oído los perros? ¿No sería mejor salir corriendo por donde habían venido antes de que los descubrieran?

*Tim* seguía gruñendo sordamente. Los corazones de los niños empezaron a latir apresuradamente. De pronto, oyeron voces. ¿De dónde venían? Dick atisbo cautelosamente. Los niños se hallaban en un rincón oscuro y esperaban no ser vistos.

Las voces parecían llegar de la gran laguna y Dick miró en aquella dirección. De repente, dejó escapar una gran exclamación.

—¡Ju! ¡Mira allá! ¿Ves tú lo que yo veo?

Julián miró y se quedó estupefacto. Dos hombres habían llegado por el otro lado del túnel, el que daba al mar, evidentemente andando por el borde rocoso, como lo habían hecho ellos, y ahora se movían en las sombras, junto a la laguna.

—¡Uno de ellos es MORGAN! —susurró Julián—. Pero, ¿y el otro? ¡Sopla! ¡Si es el pastor, el padre de Aily! ¿Os parece posible? Bueno, siempre pensamos que Morgan estaba mezclado en todo esto, pero nunca imaginé que el pastor también lo estuviera.

Aily había visto a Morgan y a su padre. Pero no hizo ningún ademán de acercarse a él. ¡Le tenía demasiado miedo a Morgan!

Ambos hombres estaban mirando a su alrededor, como si buscaran a alguien. Luego salieron de las sombras y cruzaron la gran caverna hacia otro túnel muy ancho que se abría en dirección al interior de la montaña. Mientras se iban comenzó a oírse un ruido extraño.

—El trueno —murmuró *Jorge*, y *Tim* gruñó de nuevo—. Aunque no suena muy cerca. ¡Qué horrible ruido! ¡Y cómo se mete en la cabeza!

Ahora era inútil susurrar. Tenían que gritar si querían oírse unos a otros. ¡Y de pronto empezó el temblor! Todo se estremecía y

vibraba. Los niños sentían las vibraciones hasta al cogerse de las manos.

—Es como si nos pasara una corriente eléctrica —comentó Dick con asombro—. Me extraña que se pueda hacer algo bueno con ese raro metal que hace las cosas tan pesadas que los arados no aran y las azadas no cavan.

—Sigamos a Morgan y al pastor —propuso Julián, tan intensamente interesado que estaba decidido a llegar hasta el final del asunto—. Podemos ocultarnos bien en las sombras. No tienen ni idea de que estamos andando por aquí; Aily, tú quédate. El ruido puede asustar a *Dave* y a *Fany*.

Aily aceptó. Se sentó tras el cesto con sus animales.

—Aily espera —dijo. No tenía el menor deseo de acercarse a los extraños ruidos. En su sencilla mente imaginaba que el propio trueno se fabricaba en la montaña. Sí. ¡Y quizás el rayo también!

Morgan y el pastor ya habían desaparecido por el túnel que se abría frente a la laguna. Los cinco se acercaron rápidamente a él y atisbaron hacia el interior. Era muy ancho y empinado, pero unos toscos escalones habían sido tallados en él y no resultaba difícil bajar.

Bajaron cautelosamente, extrañados de la difusa luz que los iluminaba, aunque no se veían lámparas ni nada parecido.

—Creo que es el reflejo de un gran resplandor que sale de abajo —gritó Julián por encima del estruendo.

El ruido era tan potente que parecía que anduvieran envueltos en un trueno. Bajaron y bajaron. El túnel se curvaba y serpenteaba, siempre rocoso, empinado e iluminado. De repente, el ruido creció y la luz se hizo más intensa. Y entonces los niños pudieron ver el final. La salida aparecía recortada por una luz brillante, una luz que resplandecía intensamente y se movía de una manera extraña.

—Estamos llegando al lugar donde trabajan, a la mina donde está ese extraño metal

—chilló Dick. Le temblaban las manos de nerviosismo—. ¡Tened cuidado de que no nos vean, Ju! ¡CUIDADO, NOS PUEDEN VER!

Llegaron cautelosamente al final del pasadizo y observaron por la abertura. Vieron un enorme pozo lleno de luz, alrededor del cual trabajaban unos hombres con unas curiosas máquinas. Los niños no

podían divisar mucho desde donde se encontraban. Además la luz era tan poderosa que sólo podían mirar con los ojos casi cerrados. Todos aquellos hombres llevaban careta.

Repentinamente el ruido cesó y la luz desapareció, como si alguien hubiera cerrado un interruptor. Pero en la oscuridad se formó un resplandor, un extraño calor que ascendía, pareciendo atravesar el techo. Dick se asió a Julián.

—Ésa es la clase de resplandor que vimos la otra noche —exclamó—. Empieza aquí abajo, sube a través de la montaña y flota sobre ella. La luz tiene que salir de aquí. Debe de ser alguna clase de rayos capaces de atravesar lo que sea, como los rayos X, o algo por el estilo.

—Es como un sueño —murmuró Ana. *Jorge* pensó que lo era verdaderamente.

—¡Como un sueño! —repitió.

—¿Dónde estarán Morgan y el pastor? —preguntó Dick—. ¡Ah! Allí, en aquella esquina. Mirad. ¡Mirad! Ya vuelven.

Los cuatro niños retrocedieron precipitadamente, temiendo que los hubieran descubierto. Oyeron gritos y ascendieron todavía más de prisa por los rocosos escalones. ¿Les habrían visto? ¡Parecía que sí!

—Oigo a alguien que trepa por el túnel detrás de nosotros —apremió Dick—.

¡Rápido! Ojalá empezase el ruido otra vez. Ahora nos van a oír.

Alguien subía velozmente tras ellos y se oían gritos y chillidos. Daba la sensación de que aquellos hombres estaban muy enfadados. ¿Para qué habrían seguido a Morgan y al pastor? ¡Podían haber vuelto tan fácilmente a los sótanos!

Llegaron a lo alto del empinado túnel y corrieron a esconderse tras las cajas, esperando poder deslizarse sin ser vistos por el camino que les había llevado hasta allí. Pero tenían que recoger a Aily antes de huir. ¿Dónde estaba?

—¡Aily, Aily! —gritó Julián—. ¿Dónde se habrá metido? ¡No podemos dejarla aquí! ¡Aily!

Era difícil recordar exactamente dónde la habían dejado en aquella oscura cueva.

—¡Aquí está el cordero! —exclamó Julián, aliviado al

descubrirlo al otro lado del cesto—. ¡Aily!

—¡Mirad! ¡Ya ha llegado Morgan! —avisó *Jorge*.

El gigante salía entonces del túnel y atravesaba la cueva. Al ver a los niños, se detuvo con el mayor de los asombros.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —rugió—. Venid con nosotros, de prisa. ¡Estáis en peligro!

Al aparecer el pastor, Aily corrió junto a él, abandonando su escondite. El pastor la miró como si no pudiera creer lo que tenía ante sus ojos. Finalmente la cogió en sus brazos, diciendo algo a Morgan en galés. Morgan volvió a dirigirse a Julián.

—Te dije que no te mezclaras en esto —le gritó—. ¡Que yo me encargaría del asunto! ¡Ahora nos capturarán a todos! ¡Pero qué pandilla de locos! Rápido, escondámonos. Esperemos que los hombres crean que hemos huido. Si tratamos de escapar nos alcanzarán.

Metió a los asombrados niños en un rincón y los rodeó con cajas, para ocultarlos.

—¡Quedaos aquí! —advirtió—. Haremos lo que podamos.

# Capítulo XXI

UN SUCESO EMOCIONANTE

Los cinco niños estaban rodeados de cestos y aun Morgan colocó otro encima de ellos, con lo que quedaron totalmente ocultos. Dick cogió a Julián por un brazo.

—¡Julián, estábamos completamente equivocados! Morgan trataba de averiguar el secreto de «Viejas Torres» por su cuenta, con la ayuda del pastor. Eran los únicos que podían sospechar que ocurría algo raro. El pastor pudo ver todas las cosas extrañas que vimos nosotros mientras vigilaba a sus ovejas en la montaña. Y sin duda se lo contó a Morgan…

Julián gruñó:

—Sí. No me extraña que se enfadara tanto cuando se dio cuenta de que pretendíamos mezclarnos en un asunto tan serio. Y que nos prohibiera meternos en esto.

¡Dios mío, qué idiotas hemos sido! ¿Dónde estará Morgan? ¿Puede verle alguien?

—No. Se habrá escondido en algún sitio. Escuchad, ya han llegado los hombres — repuso Dick—. Hay una rendija entre dos de los cestos y puedo ver a un hombre. Lleva una barra de hierro o algo así. ¡Parece muy enfadado!

Los hombres andaban con sigilo. Evidentemente no estaban seguros de a cuánta gente perseguían. Eran siete los hombres que se movían por la cueva, todos ellos armados de una manera u otra. Dos de ellos se fueron por el túnel, río arriba, y otros dos por el túnel que conducía al mar. Los demás empezaron a registrar entre las cajas.

¡Primero encontraron a los niños! Fue culpa de Aily, la pobre

cría. Asustada, no pudo contener un grito de miedo y en un segundo los hombres empezaron a apartar cestos y trastos. Uno tras otro cayeron al suelo, y los hombres se encontraron contemplando asombrados a los cinco niños. Aunque no por mucho tiempo. Con un aullido salvaje, *Tim* se lanzó contra el primero de los bandidos.

Éste chilló y trató de luchar, pero *Tim* estaba muy enfadado. Morgan surgió de las sombras y sorprendió a otro de los hombres. Saltó sobre él y lo derribó, al tiempo que cogía a un segundo hombre y lo arrojaba contra el suelo. ¡Tenía una fuerza sobrehumana!

—¡Corred! —avisó a los niños. Mas ellos no se hallaban en condiciones de hacerlo. Dos de los hombres los habían acorralado en un rincón y, aunque Julián se lanzó contra uno, fue rechazado sin esfuerzo. Aquellos hombres eran mineros fuertes y, si bien no podían vencer al gigantesco Morgan, sí podían perfectamente apoderarse de todos los demás, incluido el simpático pastor, a quien también habían acorralado. Sólo *Tim* y Morgan luchaban aún.

—¡Van a pegar a *Tim*! —chilló *Jorge* con voz temblorosa. Y trató de escapar para ayudarle—. Mira, Ju, ese hombre intenta pegarle con esa barra.

*Tim* esquivó el golpe y se lanzó contra el hombre, que echó a correr para salvarse. *Tim* saltó sobre él y lo tiró al suelo. Pero los enemigos eran demasiados y todavía llegaban más por el túnel ancho, con armas de todas clases. Y todos quedaban muy extrañados al encontrar allí a los cinco niños.

La mayoría parecían extranjeros y hablaban un idioma que los niños no entendían. Sólo uno de ellos no era extranjero. Estaba claro que era el jefe y daba órdenes como quien tiene costumbre de verse obedecido. No se había mezclado para nada en la pelea.

El pastor pronto estuvo prisionero y con las manos atadas a la espalda. Morgan todavía se batió durante un rato. Sin embargo, también tuvo que rendirse. Parecía un toro salvaje, golpeando, empujando, rugiendo de rabia mientras trataban de atarle las manos.

El jefe se acercó a él.

—Te arrepentirás de esto, Morgan —le amenazó—. Toda nuestra vida hemos sido enemigos; yo aquí arriba, en «Viejas Torres», y tú

abajo, en la granja.

Morgan le espetó súbitamente:

—¿Dónde tienes a tu anciana madre? —gritó—. Prisionera en su propia casa. ¿Quién la ha robado? ¡Tú, Llewellyn Thomas!

A esto siguió una larga perorata en galés, en tono cada vez más fuerte, en la que acusaba al hombre que tenía delante. Julián admiró sumamente la valentía de Morgan, que, con las manos atadas, desafiaba a su eterno enemigo. ¿Cuántas peleas habrían sostenido aquellos dos, viviendo en la misma región y probando siempre sus fuerzas el uno contra el otro? Julián deseó vehementemente haber obedecido la orden de Morgan y haberlo dejado todo en sus manos. ¡Pero había creído que Morgan estaba en el otro bando! ¡Qué estúpido había sido!

«Lo han cogido por nuestra culpa —pensó con remordimiento—. ¡He sido un loco!».

¡Y encima pensaba que obraba de un modo acertado e inteligente! Ahora todos estamos metidos en un buen apuro, incluso las niñas. ¿Qué harán con nosotros? Supongo que lo único que les queda es mantenernos prisioneros hasta que acaben su trabajo, recojan todo el metal y se larguen.»

Llewellyn Thomas daba órdenes que los hombres atendían. *Tim* gruñía, retenido por el collar por uno de los hombres. Si trataba de moverse, el hombre estrechaba el collar, así que el pobre *Tim* estaba medio ahogado.

*Jorge* se desesperaba. Julián tenía que retenerla para que no se abalanzara hacia *Tim*. Temía que aquellos brutos le pegaran, a pesar de ser una niña.

Mientras tanto, Aily permanecía sentada en un rincón, acariciando a *Fany* y a *Dave*. Éste, muy asustado, no había hecho ni un solo intento de atacar a los hombres. Dos fornidos mineros sujetaban a Morgan. No obstante, se lanzó de pronto hacia un lado, arrojando al suelo a uno de los hombres y luego al otro, que cayó sobre una lata.

Con un rugido, Morgan se precipitó a la laguna y la vadeó hasta el túnel que conducía al mar, aún con las manos fuertemente atadas a la espalda.

—¡Está loco! —exclamó Llewellyn Thomas—. Si se figura que

conseguirá llegar muy lejos con las manos atadas, es que está totalmente chiflado. Caerá al río y, al no poder ayudarse con las manos, se ahogará. No, no lo sigáis. Dejadle marchar. Dejadle que se ahogue. ¡Así nos libraremos de él!

El pastor se esforzó en seguir con el pensamiento a su amo, sabiendo que Llewellyn tenía razón. Nadie podría andar por el desigual borde del río sin disponer de las manos para apoyarse en la pared. Un resbalón podía precipitarle en la espumeante y rápida corriente que bajaba hasta el mar, al pie de la montaña.

Sin embargo, Morgan no intentaba escapar. No tenía la menor intención de arriesgarse caminando junto a la traidora corriente. Había venido por allí con el pastor y sabía cuán fácil era resbalar sobre las húmedas rocas. No, Morgan tenía otro plan.

Julián lo vio desaparecer por el túnel y el corazón le dio un vuelco. También él sabía que no se podía andar por allí sin ayuda de las manos, pero, ¿acaso alguno podía remediarlo?

El jefe se dirigió a sus hombres, que contemplaban todavía el lugar por donde Morgan había desaparecido. Iba a decir algo cuando les llegó el resonar de una especie de bramido.

No era el estruendo del torrente subterráneo que corría bajo el túnel. Ni el retumbar de la extraña mina. No. Era el rugido de una voz gigantesca, que provenía del túnel y retumbaba en la caverna.

Era la potente voz de Morgan, llamando a sus siete enormes perros. Los niños escucharon con emoción aquella voz de potencia increíble:

—¡*DAI*, *BOB*, *TANG*! ¡VENID A MI! ¡*DOON*, *RAFE*, *JOLL*, *HAL*!

Los nombres resonaron en la cueva como si una docena de potentísimos altavoces funcionaran a todo volumen. Aily, que estaba acostumbrada a oírle llamar a los perros, no se inmutó. Pero los otros se miraron asombrados al escuchar aquello. ¡Nadie en el mundo podía gritar tan fuerte!

—¡*DAI*, *DAI*! ¡*RAFE*, *RAFE*!

El vozarrón sonaba una y otra vez, cada vez más fuerte. Al principio, Llewellyn Thomas, el jefe, pareció asombrado, mas luego rió burlonamente.

—¿Es posible que crea que los perros van a llegar aquí desde la playa? ¿Subiendo por el túnel? ¡Está loco! ¡Dejadlo estar!

La voz gritó una vez más los nombres de los siete perros que pertenecían a Morgan y al pastor: «¡*DAI*, *BOB*, *TANG*, *DOON*, *JOLL*, *RAFE*, *HAL*!»

Por último, la voz de Morgan se desvaneció. El pastor inclinó la cabeza con desmayo. Sin duda Morgan se había roto las cuerdas vocales, y no era de extrañar. Ningún altavoz podía haber sido más potente.

Se hizo el silencio. Morgan no volvió a gritar ni apareció de nuevo. Los niños se sentían asustados y deprimidos, y Aily empezó a sollozar.

El curioso temblor empezó otra vez a agitarlo todo. El jefe se volvió rápidamente dando algunas órdenes. Dos de los hombres salieron corriendo por el túnel situado en la parte posterior de la caverna. Entonces todas las cosas se tiñeron de un extraño resplandor, como si una niebla cálida se hubiera esparcido por toda la caverna. Y al mismo tiempo se empezó a notar que hacía mucho calor.

De repente algo sucedió. Al principio, sonó muy lejos un ruido confuso, que hizo que *Tim* diera un tirón a su collar y levantara las orejas. Ladró, y el hombre que sostenía el collar le pegó.

—¿Qué significa eso? —inquirió Llewellyn Thomas secamente, mirando a su alrededor. De momento no se podía distinguir lo que era. Pero el sonido aumentaba. De pronto, Julián comprendió. ¡Era el fuerte ladrido de una jauría de siete enojados perros!

El pastor lo notó también y una alegre sonrisa iluminó su rostro. Observó a Llewellyn, para ver si éste lo había reconocido también.

Sí, también él había reconocido el espantoso sonido. Apenas podía creerlo. ¿Era posible que la voz de Morgan, por fuerte que fuera, hubiera sido repetida por el eco hasta llegar abajo y hubiera sido recogida por las agudas orejas de los perros pendientes de su amo?



¡Pues así había ocurrido! *Dai*, el más viejo de los perros, que quería a su dueño más que ningún otro, había permanecido en guardia escuchando desde el momento en que Morgan y el pastor le habían dejado. Y allí en la lejanía, brotando desde el extremo del túnel donde montaba guardia, *Dai* había percibido los débiles ecos

de la amada voz de su amo.

Sus ladridos advirtieron a los otros perros. Conducidos por *Dai*, corrieron túnel arriba, sin resbalar por el rocoso pasadizo junto al río.

Al fin llegaron al lado de Morgan, que les esperaba sentado junto al agua, no lejos de la gran cueva. ¡Fue un instante de verdadera alegría para el gigante y sus perros!

*Dai* olisqueó las manos de su dueño y mordió las cuerdas hasta hacerlas saltar.

¡Estaba libre!

—¡Venid conmigo! —ordenó Morgan. Avanzó cautelosamente hasta la cueva, empujando a los perros ante sí—. ¡Al ataque! —gritó en galés.

Y entonces, ante el horror de los hombres, los siete perros entraron en la caverna a toda velocidad, ladrando, gruñendo y alborotando, y un triunfante Morgan apareció tras ellos, tan alto que tuvo que agacharse para salir del túnel.

Los hombres huyeron. Por su parte, Llewellyn ya había escapado, aun antes de ver a los perros. *Dai* se lanzó sobre un hombre y lo derribó, mientras *Tang* hacía lo mismo con otro. La caverna estaba llena de gruñidos y excitados ladridos.

*Tim* se unió encantado a la batalla, ya que su guardián había huido. Incluso el pequeño *Dave* se incorporó a la gran lucha, mientras los niños observaban asombrados y agradecidos al ver vencidos a sus enemigos.

—¿Quién hubiera creído esto? —exclamó Dick, lanzando cestos al aire— ¡Esto es algo verdaderamente emocionante! ¡Viva Morgan y sus siete perros!

# Capítulo XXII

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA

Morgan no permitió que los niños se quedaran allí abajo mucho rato.

—Tenemos mucho que hacer —dijo con su profunda voz, ahora bastante enronquecida—. Vosotros vais a volver a la granja y telefonearéis a la policía. Decid simplemente: «Morgan ha ganado.» Y decidles que vayan con una barca a la pequeña cala que ya conocen. Yo llevaré hasta allí a esos hombres por el túnel. Andad, marchaos en seguida. ¡Obedecedme esta vez, muchachos!

—Sí, señor —respondió obedientemente Julián. ¡Ese hombre era un héroe! Y ellos que habían pensado que se trataba de un malvado. Ahora estaba dispuesto a obedecer sus menores órdenes. De pronto, se le ocurrió una idea y se volvió.

—Pero, ¿y la anciana? —exclamó—. La señora Thomas, la madre de ese tipo. ¿Qué piensa usted hacer con ella? Además, hemos encerrado al guarda en su cuarto.

—Vosotros os limitaréis a ir a la granja y telefonear —repitió Morgan severamente—. Yo haré todo lo que sea necesario. Llevad a Aily a la granja con vosotros. No debe estar aquí. Ahora, marchaos.

Y Julián obedeció. Él y los otros echaron una última ojeada a los hombres que permanecían inmóviles, muertos de pánico ante la vigilancia de los perros. Luego condujo a todos, Aily y sus animalitos incluidos, por el túnel hasta llegar al sótano.

—No me gusta dejar a la señora en la torre —comentó Dick.

—A mí tampoco. Pero está claro que Morgan tiene sus propios planes —repuso Julián, que no se sentía dispuesto a desobedecer en modo alguno—. Me parece que ya ha arreglado las cosas con la

policía. No debemos intervenir en esto. Me temo que ya hemos complicado las cosas demasiado.

Subieron al lugar donde habían dejado los trineos. Tardaron bastante y, cuando llegaron, se sentían hambrientos. Pero Julián se negó a detenerse, ni siquiera para comer unos bocadillos.

—No. Tenemos que llamar a la policía lo más pronto posible. No nos detendremos. Podemos comer cuando regresemos a la granja.

No fue difícil salir del agujero, ya que habían dejado las cuerdas colgando. Primero, Julián y Dick ayudaron a las niñas empujándolas, y éstas les ayudaron después tirando de ellos.

Aily subió con la facilidad de un mono. El cordero trepó de un modo casi milagroso, y Julián lanzó a *Dave* a los brazos de la pequeña Aily.

*Tim* fue subido por el mismo sistema que había sido bajado. Él hubiera preferido quedarse con los otros perros. Sin embargo, nada podía apetecerle lo bastante como para separarse de *Jorge*.

—Bueno, ya estamos arriba —recapacitó Julián—. Ahora podemos bajar en trineo por esa ladera y con el impulso subir medio camino de nuestra montaña. Esto nos ahorrará mucho tiempo. Y tú, Aily, vas a venir con nosotros a la granja.

—No —dijo rotundamente Aily.

—Sí, Aily, bach —insistió Julián—. Quiero que tú vengas también.

La cogió de la mano y en la cara de la niña se dibujó una de sus inesperadas sonrisas. Le gustaba ir con aquel muchacho grande y amable, aunque tenía miedo de encontrar a su madre en la granja.

—Así me gusta, Aily, eres una buena chica —afirmó Julián sentándola en su trineo—. Cuando lleguemos a la granja, Aily tendrá un gran pedazo de chocolate.

Los trineos se deslizaron montaña abajo a toda velocidad y subieron un trozo de la montaña contigua sin ningún tropiezo. Les resultaba extraño encontrarse a la deslumbrante luz del día después de pasar tanto tiempo en los oscuros túneles bajo tierra. Toda la aventura transcurrida abajo aparecía ahora como irreal.

—Dejaremos los trineos en el chalet —dijo Julián mientras tiraban de ellos—. ¿Alguno de vosotros tiene sed? Yo sí. Debe de ser algo especial que hay en la mina. Tan pronto como bajé, me quedé

con la boca seca.

Todos convinieron en ello.

—Voy a adelantarme corriendo hasta el chalet y os prepararé naranjada —decidió Ana—. Tú coloca los trineos en su sitio, Julián, y mira a ver si hay suficiente petróleo en el armarito de ahí fuera. Esta noche necesitaremos encender la estufa. Si no hay suficiente, lo subiremos de la granja.

Julián le dio la llave y ella y *Jorge* entraron en la casita. Prepararon cinco tazones de naranjada y los bebieron sedientos. Tenían la boca más seca de lo que jamás la habían tenido. Ana se sintió contenta de no tener que esperar más para beber.

—Creía que la lengua se me pegaba al paladar —comentó dejando la taza sobre la mesa—. Me ha sentado estupendamente.

—Hay suficiente petróleo —anunció Julián, entrando para tomar su naranjada—. La necesitaba, palabra. No me haría ninguna gracia tener que trabajar en esa mina.

Cerraron el chalet y bajaron hacia la granja, masticando con avidez sus bocadillos. Estaban muy buenos e incluso Aily pedía uno tras otro. *Tim* también tuvo su parte. Una vez se quedó atrás y tuvieron que llamarle.

—¿Has perdido tu trozo de carne en la nieve? —inquirió Ana.

Pero no. Él, como todos, tenía la boca seca y se había detenido para mordisquear un poco de nieve que aliviase su garganta.

La señora Jones se quedó muy sorprendida al verlos. Cuando Julián le preguntó dónde estaba el teléfono para llamar a la policía, se asustó mucho.

—No se preocupe, señora Jones. Todo va bien —la tranquilizó Julián—. Es un mensaje de Morgan. Ya le explicaremos lo ocurrido cuando él vuelva. No le gustaría que estropeáramos la noticia.

La policía no se mostró muy sorprendida ante el mensaje de Julián. Parecían esperarlo.

—Nos ocuparemos de ello —aseguró el sargento con voz profunda y severa—. Gracias. —Y colgó. Julián se preguntó qué ocurriría. ¿Qué habría planeado Morgan?

Se alegraron al ver que la señora Morgan les traía tazones de caldo caliente. Se sentaron para tomarlo junto al fuego que había encendido en la salita.

—¡Estupendo! Precisamente lo que más nos apetece —suspiró Ana, agradecida—. Todavía estoy terriblemente sedienta. ¿Y tú, *Jorge*? ¡Mira, *Tim*, qué hermoso hueso te han traído! ¡Es usted muy amable, señora Jones!

—¿Sabéis? Me siento bastante molesto ahora —anunció Julián—. No debíamos habernos metido en esto cuando Morgan nos lo advirtió. Ojalá que no lo hubiéramos hecho. No debe de tener muy buena opinión de nosotros.

—Lo mejor será que le pidamos perdón —intervino Dick—. ¿Cómo pudimos pensar que era un malvado? Ya sé que es duro y no muy charlatán, pero no parece malo ni cruel.

—Será mejor quedarnos en la granja hasta que regrese —propuso *Jorge*—. Quiero decirle que lo siento. Y también me gustaría saber lo que ha pasado.

—Y a mí —convino Ana—. Además, Aily tiene que esperar a su padre. A él le gustará saber que se encuentra bien.

Así que le preguntaron a la señora Morgan si podían quedarse hasta la vuelta de Morgan. Se mostró encantada con la idea.

—Claro que sí —exclamó—. Hoy tenemos pavo asado. Y para variar, tenéis que venir a nuestro comedor.

Todo esto sonaba muy bien. Los niños se aposentaron en torno al fuego para charlar y *Tim* apoyó su cabeza en la rodilla de su ama. Ésta le examinó el cuello.

—Aquel hombre por poco le ahoga. ¡Mira, Julián! Tiene el cuello lastimado.

—No empieces a quejarte del cuello de *Tim* otra vez, por lo que más quieras — advirtió Dick—. De verdad, *Jorge*. Estoy seguro de que *Tim* piensa que la aventura bien valía un cuello lastimado. No está triste. Fue muy valiente. Y se divirtió mucho cuando entraron los perros en la cueva y se unió a ellos para pelear.

—Me pregunto qué harán con esa pobre señora —comentó Ana—. Supongo que se alegrará de que su hijo esté vivo. Pero, ¡qué desilusión saber que le ha mentido y que ha vendido lo que le pertenecía sólo a ella, ese extraño metal que había bajo la montaña!

—Supongo que ahora no podrá seguir vendiéndolo —aventuró Julián—. ¡Vaya plan! Tantos hombres trabajando… Y luego embarcar el metal en balsas y llevarlo a barcos que aguardaban

ocultos en la bahía. Tendremos que bajar a examinar esa cala. Será interesante ver qué clase de sitio es. Debe de estar escondido al pie de la montaña.

—Sí, tenemos que ir mañana mismo —exclamó *Jorge*, emocionada—. Voto por que nos quedemos aquí esta noche. Después de la aventura, estoy un poco cansada. ¿Vosotros no?

—Sí, un poco —asintió Julián—. Bueno. Supongo que ya no habrá más ruidos, temblores ni resplandores. Es cómico que esa montaña haya sido siempre tan misteriosa. «Arados que no aran, azadas que no cavan». Debe destratarse de algún tipo de hierro que magnetiza las cosas. Bueno, la verdad es que no lo entiendo.

Morgan y el pastor volvieron al anochecer. Julián se dirigió al granjero.

—Queremos disculparnos por haber sido tan idiotas. No deberíamos de habernos entrometido desde que usted nos lo prohibió.

Morgan sonrió. Parecía de muy buen humor.

—Olvídalo, muchacho —respondió—. Todo está bien ahora. La policía subió por el túnel y toda esa chusma está ya en prisión. Llewellyn Thomas no se sentirá muy alegre esta noche. Su madre ya está libre y en casa de unos amigos. La pobre todavía no entiende lo que ha ocurrido. Ahora, personas decentes trabajarán ese extraño metal que vale cien veces su peso en oro.

—Ven a cenar, Morgan, bach. Y usted, pastor, entre también —llamó con voz suave la señora Jones—. Los niños cenarán con nosotros. Tenemos pavo asado. Es tu cumpleaños, Morgan, ¿no te acordabas?

—¡En absoluto! —exclamó Morgan. Y le dio tal abrazo a su madre que por poco la asfixia—. Vamos por el pavo. No he comido nada en todo el día.

Pronto estuvieron sentados delante del más enorme pavo que hubieran visto los niños en su vida. Morgan lo trinchó cuidadosamente. Luego le dijo algo a su madre en galés y ella asintió sonriendo.

—Sí, hazlo —dijo.

Morgan colocó algunos trozos de pavo en una enorme fuente esmaltada y se dirigió al patio. Gritó con tanta fuerza que los niños

saltaron en sus asientos. ¡Qué voz!

—¡*DAI*, *TANG*, *BOB*, *DOON*, *JOLL*, *RAFE*, *HAL*!

—Está llamando a sus perros como lo hizo en el túnel —exclamó Ana—. De verdad que se merecen una buena cena.

Los siete perros llegaron a la puerta ladrando fuertemente. Morgan les tiró los pedazos de pavo y ellos los engulleron satisfechos.

—¡Guau! —ladró *Tim* cortésmente. Morgan se volvió. Cortó un trozo grande y otro pequeño.

—Tomad —les dijo a *Tim* y a *Dave*—. También vosotros os portasteis bien. ¡Cogedlos!

—No va a quedar mucho de tu pavo de cumpleaños —advirtió su madre, entre divertida y enfadada—. Ahora llenad de nuevo vuestros vasos, niños, y bebamos a la salud de Morgan. ¡El mejor hijo que existe!

Ana sirvió limonada casera en los vasos vacíos, mientras Morgan sonreía oyendo ladrar a sus perros.

—¡Feliz cumpleaños, feliz cumpleaños! —gritaron todos haciendo entrechocar sus vasos.

Julián quiso añadir unas palabras.

—¡Feliz cumpleaños, señor! ¡Y que no pierda usted nunca su maravillosa voz!

FIN



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

# Notas

[1] La señora Jones no ha podido darse cuenta de que *Jorge* es una mujer al oírla hablar, porque en inglés los adjetivos y el participio pasivo de los verbos no varían con el género. Así, lo mismo se dice «estoy enojado» que «estoy enojada»: «I am angry». (*N. del T.*) <<